
3 1761 07287043 9

JOSÉ LEON PAGANO

EL HOMBRE QUE VOLVIÓ A LA VIDA

1922

MANUEL GLEIZER. — LIBRERO EDITOR

537 — Triunvirato — 537

BUENOS AIRES


LIBRARY
OCT 15 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

A

FRANCISCO ORTIGA ANCKERMANN

ironista de claro ingenio y hondo saber.

Fraternalmente

I. L. P.

EL HOMBRE QUE VOLVIÓ A LA VIDA

Las sierras ofrecen pocas distracciones a quienes han menester el incentivo de la vida exterior. En verano algo animan las cabalgatas, regocijo de la gente moza. También es causa de feliz esparcimiento la inevitable "kermesse", organizada a beneficio de los pobres una veces, y otras con el fin de propiciar las obras de la iglesia en construcción. Este suele ser el acontecimiento de la temporada. Se reúne, para el efecto, numerosa concurrencia, procedente de los chalets circunvecinos, que deja una extensa hilada de automóviles en la calle, sin aceras y sin empedrado. El atavío de las damas evoca las fiestas análogas que se efectúan en la ciudad. En rigor, es la metrópoli que ofrece un episodio más de la caridad mundana. Cumple consignar que los resultados financieros son

casi siempre muy significativos. También es cierto que, en su mayor parte, los produce el juego de azar, lícito en este caso, atendidos los fines. Un descontento observa que las obras del templo están siempre igual.

—En cuanto a los pobres — observa otro, — ¿para qué inquietarse? ¿No se acaba de inaugurar el cementerio grande?

A estas reuniones da realce la banda del pueblo, que, además de director, tiene un presidente y un secretario, ignorándose la causa de estas designaciones.

Pero termina el estío, y con él toda animación desaparece. Las "villas" cierran sus portones, cesan las cabalgatas, enmudecen las bocinas de los automóviles, y la calma de las sierras torna a imponer su dominio de quietud. Mas no todos los forasteros vuelven a la ciudad. Los que se quedan, huelga decirlo, son precisamente quienes más ansían abandonar las sierras, porque sus condiciones orgánicas les obliga a permanecer allí. La despedida, poco grata siempre, toma en algunos casos aspecto de resignación desgarradora. Hay, es cierto, quien sabe sobrellevar su invisible carga de angustia, y, consciente de su "estado", sonríe al saludar con la mano mientras el tren se aleja.

Otros permanecen inmóviles, con la mirada sin expresión, fija en un punto determinado... sin ver... o viendo solamente las sombras de su propio espíritu entenebrecido. Al pequeño mundo que se aleja con el último tren de la temporada, y donde van confundidos el hogar, los anhelos, las ilusiones, sucede la vida del pueblo, siempre igual, monótona, somnolienta. Y entonces, de tarde en tarde, vuelve a verse el mismo paisano, enjuto y seco, jinete en su magro rocín. Ha recorrido largas distancias, y viene a mercar los cabritos que trae enfundados en las alforjas de tejido serrano. O bien es el burrito leñatero que, después de cruzar la loma, se detiene cabizbajo delante la puerta, como esperando verse libre de la carga, cuyo valor es tan exiguo. Con frecuencia es también el chinito, descalzo y andrajoso, que pregunta si quieren comprar cinco huevos. La urgencia del apremio no le permite completar la media docena para convertir en metálico la pobre mercancía. Ni siquiera falta "el loco del pueblo", un infeliz que llama "tatita" a cuantos pide diez centavos. Es el viejo Crespo. Anda como si el suelo fuese movedizo, zangoloteando. Su indumentaria, de procedencia varia, da la impresión de

estar él metido en ella, no de vestir él las prendas que la componen. En efecto, al ver sus bragas en forma de acordeón, dijérase que ha caído dentro de ellas, sin atinar a explicarse la causa. El saco, desmesurado, mortifica al paciente, obligándole a buscar sus manos extraviadas en la inverosimil largura de las mangas. Así es cómo a cada instante deja caer el bastón, que recoge con presteza, para dejarlo caer de nuevo. El viejo Crespo tiene un don: el de llorar a lágrima viva siempre que se lo proponga. Y algunas almas caritativas se lo exigen antes de darles los diez centavos pedidos. Es una de las distracciones del pueblo. Pero la mayor de todas, es ir a la estación los días en que pasa el tren procedente de Buenos Aires. Es, sin duda, el único punto donde se ve reunida la pequeña colonia forastera. También concurren otras personas, como ser: los encargados de trasladar al correo la correspondencia, los comisionistas de hoteles y uno de los tres agentes de policía en quienes descansa toda la seguridad del villorrio. Acude, por último, algún "break", por si hay pasajeros, y el carro para trasladar las provisiones. Esquiva su paso la torcaz, que pone una nota tornasolada en la tierra

jalde, y continúa picoteando el suelo con fina elasticidad.

Y allí es donde más se ve que la vida no es muy difluída. Se ven siempre las mismas caras, se oyen idénticas palabras, y la escena es igual siempre, invariable, uniforme, monótona.

Ese día el tren tardaba más de lo ordinario. Hacía un tiempo desapacible. El otoño comenzaba con la acidia de los días sin sol, destemplados, tristes... Diluíase en la atmósfera una niebla tenue, que se intensificó por el lado del norte. Alguien observó que tardaría en llover. Bajaba de la sierra un aire húmedo, frío, y la espera se hacía penosa. El charloteo de los circunstantes fué perdiendo, poco a poco, su animación habitual. Todos buscaban un reparo contra el aire que los entumecía. Andaban de aquí para allá, con el cuello del abrigo levantado y las manos metidas en los bolsillos.

De improviso se anunció la llegada del tren, y al rato se divisó el penacho de humo que arrojaba la locomotora. Poco después, la enorme culebra ferrada se vió aparecer en la extensa curva del camino accidentado. Aun no estaba próxima al andén, cuando el vendedor de periódicos saltó del

vagón a tierra, y todos se precipitaron a él para arrebatarle los diarios y las revistas ilustradas, porque viene allí el comentario palpitante de esa vida que "ellos" no pueden vivir... Y entonces la exigua colonia rebulle, se arremolina; pero la garulla es de pocos instantes, brevísima. Luego cada uno se aleja con el periódico ansiado, y todo vuelve a su calma habitual, es decir, a una quietud de letargo.

Pero esa tarde no ocurrió así. Ayudado por dos camareros del vagón restaurant, la concurrencia vió cómo descendían del tren a un hombre que no podía tenerse en pie. Impresionaba su aspecto desmedrado. Era alto, curvo, todo huesos mal avenidos, y de una palidez tal, que excluía toda apariencia de vida.

Le sentaron sobre una maleta. Se aproximó un "break". Le subieron al vehículo, y después de cargar el equipaje, el coche se alejó.

El enfermo había dicho que le llevaran al mejor Hotel. Llegaron. Pero al ver al pasajero declararon que no tenían habitaciones. El desconocido ordenó que le llevaran a otro hotel. El cochero emprendió el viaje de mala gana. Al detenerse ante la

puerta del segundo hotel, el enfermo oyó decir:

—Aquí tampoco hay piezas.

—Vamos a otro — articuló el paciente, con voz desmayada.

—Será inútil — dijo para sí mismo el cochero. — Cuando no lo reciben éstos...

Y fué inútil.

El enfermo, no obstante, descendió ayudado por el cochero. Quiso hablar con el dueño o con el gerente del hotel. Ofreció pagar lo que fuese menester. Su aspecto era de persona acomodada. Se le contestó invocando el reglamento, según el cual estaba prohibido recibir enfermos en los hoteles.

Poco a poco fueron acercándose algunos curiosos y, entre éstos, varios forasteros que volvían de la estación. Todos comentaban el caso con voz queda. Inmediatamente llegó el comisario. Miró al enfermo, y dijo con suficiencia:

—Ya me lo maliciaba.

Y uno de los mirones replicó:

—No lo quieren recibir en ninguna parte. ¡Pucha, digo, con la herejía!

—Y no se le puede abandonar así — aña-

dió otro. — Hay que ampararle de cualquier modo.

El pobre enfermo estaba allí, xaurado, con la mirada llena de estupor.

—Lo "podimos yebar" a la comisaría. Siquiera que pase la noche bajo techo. — Y dirigiéndose al paciente: — ¿No le parece amigo?

El interpelado no contestó. Su mísero cuerpo fué sacudido por una vibración nerviosa, y un ligero tinte rosado cubrió sus mejillas.

Anochecía. El poniente manchaba de sangre las nubes, que se dilataban amenazadoras.

Uno de los curiosos, que miraba la escena montado en un jamelgo malacara, se aproximó más al grupo de mirones. El espectáculo parecía regocijarle. Su rostro tenía una expresión de malicia artera. Algo oblícuo desprendíase de su mirar avieso. Era un recovero. Una o dos veces por semana veíasele bajar de la sierra al tranco del malacara, repletas de huevos y gallinas las alforjas de cuero duro. Le apodaban "Martín Vizcacha", porque dedicábase a cazar vizcachas cuando no campaba de su comercio.

Martín Vizcacha miró al enfermo, y exclamó con voz agria:

—Ese ya no sirve más que pa lo caranchos. — Y una risa brutal puso al descubierto su dentadura ennegrecida por el tabaco. El enfermo se estremeció. Sus ojos se dilataron, y una mirada relampagueante fué a clavarse en el hombre de a caballo. El recovero quedó subyugado. ¿Qué vió en el misterio de aquellos ojos? Eran como dos abismos de luz y sombra donde se agitaran las tempestades de una tragedia sin palabras. Todos enmudecieron. El hombre de a caballo permanecía allí, rígido, inmóvil. Después el enfermo hizo un gesto brusco, como si acabara de pactar algo consigo mismo en el secreto de su alma. Y cerró los ojos.

El jinete pareció despertar de un letargo. Miró a los circunstantes, y después de picar su caballo, se alejó sin volver la cabeza.

Hubo una pausa. Luego el comisario dijo que trasladasen a la comisaría al desconocido. El cochero pareció vacilar. Hizo entonces un esfuerzo el paciente, y con voz apenas perceptible, dijo resignado:

—Vamos...

—Es lo mejor. Haremos que le traigan un

colchón de cualquier "lao", y "endespués", veremos...

El triste convoy se puso en marcha. Iba al paso. Muchos curiosos le seguían en silencio. Hubiérase dicho un cortejo fúnebre. Las sombras caían como si amortajaran la tierra; y allá, en el horizonte, desfallecía la última vislumbre del ocaso. A lo lejos, una campana plañía lenta, pausada, melancólica. Llamaba a la novena de San Antonio, patrono del pueblo.

Poco después, el coche se detuvo en un callejón orillado de copudos guaribays. Allá, en los fondos de un terreno baldío, percibíase una casucha baja. Era la comisaría Ayudaron al viajero a descender del break. Luego le sostuvieron para andar el trecho que lo separaba de la vivienda hospitalaria. Al verles llegar, los agentes acudieron. Le llevaron a una habitación amplia y obscura, donde solo había una mesa y algunos bancos de madera. La lámpara, cuyo tubo opaco permitía una luz amenguada, colgaba de una de las vigas que sostenían el techo ahumado. El piso era de tierra apisonada.

Dejaron provisionalmente al desconocido en uno de los bancos.

El comisario impartió órdenes. La postra-

ción del enfermo era agoniosa. Estaba como abismado en su propio infortunio. Sus ojos miraban llenos de estupor. La fiebre los consumía.

Cumpliendo las disposiciones del comisario, se traen un catre de lona, un jergón, unas cobijas y dos almohadas. La cama queda tendida al instante, y el enfermo es trasladado a ella con solícito miramiento.

Un detalle sorprende a todos: el silencio del paciente.

—Pa mí que no yega a mañana — dice uno de los policía al oído de un forastero.

El comisario se dirigió al desconocido:

—Sería bueno avisar a su familia. ¿No le parece, señor?

Los ojos del enfermo se fijaron en él, y su semblante se tornó sombrío.

—¿No tiene parientes "ayá", en la ciudad? ¿De dónde es usted?

Siguió una pausa. El interpelado suspiró, y con voz angustiada, repuso:

—No tengo a nadie.

—¡Sí que es un trance! Y lo malo es que no "podimos" hacerlo quedar aquí. Se v'a tener qu'ir a Córdoba no más...

El comisario calló de improviso, y todas

las miradas se fijaron en la negra silueta que aparecía en el umbral de la puerta.

—¡El señor cura! —expresó un agente. Pero a nadie extrañó verle allí.

—Buenas noches — dijo con sencillez el padre Gonzalo. Luego, dirigiéndose al comisario, mientras indicaba al enfermo que yacía en el catre: — ¿Está tan grave como dicen?

El padre Gonzalo se aproximó al enfermo, e inclinándose sobre él, profirió muy suave:

—La paz de Dios sea con nosotros, hermano.

Y aguardó un instante. El desconocido permaneció inmóvil. Entonces el sacerdote posó el dorso de la mano izquierda sobre la frente sudorosa del enfermo.

—La fiebre le abrasa — dijo en voz queda, dirigiéndose al comisario. Y tras un silencio, inclinándose sobre el cuitado, le bisbisó casi al oído: — Vengo a traerle los auxilios de nuestra santa religión.

El padre Gonzalo era un hombre recio y de arrestos varoniles. Había ido a las sierras en busca de clima propicio, años atrás, cuando su organismo amenazó desquiciarse.

Y allí continuaba. A él se debía que la iglesia fuese parroquial.

Afrontaba las situaciones según las circunstancias. "Porque hay quien no se aviene si uno se achica". Cuando subía al púlpito, convertíase en pedestal la ignominia de aquella cátedra. Los buenos feligreses no se percataron nunca de que ese púlpito semejaba un tablado de titiriteros. Eran sus peldaños tres cajones sobrepuestos, algunas tablas irregulares su piso, y cuatro palitroques forrados de bramante colorado y chillón el antepecho. Desde allí predicaba el padre Gonzalo al pintoresco grupo de sus oyentes. Por lo regular, hacíalo en tono áspero. Enrostrábales su falta de piedad, fustigando sin miramientos el desquicio moral que rebajaba a cuantos vivían sin el temor de Dios, "porque vivir sin el temor de Dios es propio de bestias, no de cristianos". Luego entraba en detalles de orden doméstico, prescribía normas de higiene, llamando a las cosas por su nombre, "para que entendiesen mejor". Ya sabía él por qué adoptaba ese tono. En efecto, el menos observador hubiera advertido que, terminada la prédica, alguna penitenta se alejaba con la cabeza gacha, encojiéndose como para ocultarse. Las

alusiones, que sóla alcanzaban al interesado, eran de efecto seguro.

Si, por mala ventura, topaba el padre Gonzalo en la calle con alguno que olvidase el respeto debido a su condición de sacerdote, "no se andaba con chicas para retrucarle y hacerlo trastabillar... ¡Qué diablos! El también era hombre como el primero".

Y así había logrado imponerse, "ajustándose al medio, y según las circunstancias".

Frisaba en los cuarentas años. Era de estatura regular. Lo inquieto de su espíritu reflejábase en el brillo de sus ojos garzos. Y este clérigo, a ratos desconcertante, era piadoso y compasivo ante el dolor y la desventura. Donde hubiese un cuitado no era menester llamarle. Acudía solícito a la cabecera del paciente, desdeñando con entereza todo temor de contagio. Entonces se transformaba. Su voz adquiría inflexiones de infinita dulzura. No eran infrecuentes sus actos de abnegación. Y muchos le vieron en las madrugadas invernales cruzar a caballo el valle, internarse en una quebrada, aparecer en la loma, recorrer la extensa curva del camino sesgo, desaparecer un trecho para divisarle después en una ladera, a cuyos pies amenazaba un precipício, y andar así, ho

ras y horas, para dulcificar los últimos instantes del pobre ser obscuro que expiraba en el rancho solitario.

—

Por eso estaba allí esa noche. ¿Quién le había dicho que acudiera? ¿Quién le informó que el desamparo y el infortunio reducían a una criatura humana a la triste condición de algo que se abandona o se rehuye en virtud de un instinto que torna implacable a los seres más sensibles?

Nadie lo sabía. Y seguramente, poco antes, ese mismo clérigo se enardecía en el púlpito y fulminaba el anatema contra los que no practicaban la caridad. Y la caridad era allí "el deber impuesto a un funcionario de cortas luces, que no podía dejar morir en la calle como a un perro a un cristiano.

... ...

El sacerdote insistía con suave acento:

—La misericordia de Dios es infinita. Tenga fe en ella, hermano. Haga acto de contrición, y disponga el espíritu para que la luz irradie en su alma. Es la salvación suprema, la que nos hace dignos de la justicia divina. Purifíquese para llegar ante ella limpio de toda culpa. Lo que se experimenta

después es inefable. Sí, hermano en Cristo, acepte los auxilios de la fe. Deje que le administre los santos óleos y Dios le acogerá en su bondad infinita. ¿Verdad que lo desea usted?

El enfermo callaba, inmóvil, fija en el sacerdote su mirada febril. El silencio era absoluto. Todo estaba allí como suspenso. Nadie parecía respirar.

Siguió una pausa. El sacerdote y el enfermo se miraban con fijeza. Algo se decían al mirarse. Algo que nadie penetraba pero que logró turbar a todos. Los ojos del enfermo se dilataban en sus órbitas profundas. Un rictus extraño contraía su boca trémula. La luz mortecina dábale el aspecto de un ser próximo ya al tránsito supremo. El misterio del más allá parecía poseerle. Estaba como en el límite de lo no sabido... Y el silencio prolongábase inquietante. ¿Qué ocurría? ¿Por qué se miraban de tal modo esos dos hombres? ¿Era acaso una revelación sin palabras? ¿Es que el sacerdote escudriñaba su alma y penetraba su misterio? ¿Era un abismo de luz o de sombra? ¿Qué veía en su fondo? Indudablemente esos dos hombres sostenían una lucha angustiosa. Eran dos conciencias que se debatían y chocaban en

un mutismo estremecedor. Por momentos el semblante de esos dos hombres se contraía. los ojos adquirían una fijeza hipnótica, y bajo sus frentes dijérase que pasaban en desorden, pensamientos rebeldes en uno y sentimientos persuasivos y piadosos en el otro.

El padre Gonzalo dijo de pronto con voz poco segura:

—Sea humilde ante la misericordia del Supremo Hacedor. Acepte el Viático. Es la vida eterna. Es Dios mismo. — Y añadió con acento más débil: — Voy a disponerlo todo y usted recibirá al Señor en los Sacramentos.

Entonces el enfermo se agitó estremeciéndose. Luego se incorporó bruscamente y dijo con firmeza:

—¡No! — y se tendió en la cama de nuevo, volviendo las espaldas. Fué una impresión de indescriptible estupor.

El sacerdote dejó caer la cabeza sobre el pecho y continuó con los ojos fijos en el desconocido. De pronto éste tuvo un sacudimiento que le agitó fuertemente. Siguió un golpe de tos, seco. Incorporóse de nuevo. Su rostro desencajado se congestionó. La tos le acometió recia, convulsa y una boca

nada de sangre pareció ahogarle. Entonces el padre Gonzalo acudió y le sostuvo la frente sudorosa.

—Es una hemoptisis. Tenga ánimo. Trate de descansar.

—Yo no sirvo pa estas cosas... — dijo el comisario. Y luego consultando la hora agregó: — Nosotros "tenimos" que salir pa la ronda. — Y dirigiéndose a uno de los agentes que parecía extraño a la escena: — Vos podís quedarte, por si acaso. ¿No le parece, padre cura?

—Yo me quedaré. Atiendan ustedes a sus deberes. El mío es velar al enfermo. — Su voz había adquirido la energía casi imperativa que le era habitual. Tomó un banco, lo aproximó a la cabecera del catre, y se dejó caer en él como quien se dispone a velar. Su actitud decía que estaba hecho a esas prácticas piadosas. Ya en el "patio" mientras los agentes cinchaban sus caballos, exclamó el comisario, lleno de asombro:

—¡Pucha, digo con el hombre ese! Miren que había sido agayudo... No querer los sacramentos... Y va a estirar la pata, no

Y en esa persuasión emprendió la marcha.
más...

Pero a la mañana siguiente sorprendieron dos noticias a la colonia forastera: el desconocido vivía aún y ya no estaba en la comisaría.

—Se fué al rancho del "negro" Jaime. No es zonzo el negro...

He aquí como se verificaron las cosas:

El enfermo pasó la noche en relativo sosiego. Descansó a ratos y se desveló por momentos. El comisario quiso "tomar significación por si acaso". Pero el paciente pidió que le dejaran en reposo. Antes de amanecer, en el galicinio, el padre Gonzalo se alejó, para disponerse a los oficios de su ministerio. Entonces el comisario preguntó al enfermo qué disponía.

Presenciaba la escena el negro Jaime, quien, hallándose detenido, pidió ver al "moribundo". Había estado cebando mate a los policías en la cocina. Allí se percatara de lo acontecido respecto al forastero. Supo, además, que éste era persona de "posibles". El dato tenía su importancia... De modo que al oirle preguntar "ande iría", el negro Jaime intervino solícito:

—Si ha de vivir que se vaya a mi rancho. ¿Ande mejor?

—Eso es — dijo el comisario, presuroso.

— Ay lo puede cuidar, y ver si va tirando... ¿No le parece?

—¡Claro, pues! Siquiera estará como en casa propia. Lo servirán a su gusto. Yo voy y traigo a la Donatila, que es de primera pa cocinar...

—Y después irá viendo si se acomoda, y de no, puede que salga otra cosa, — arguyó el comisario.

Jaime, aunque le llamaran "negro", no lo era. Tenía bronceada la color; y a pesar de que estuviera alterado por las muchas lacerías de su vivir disoluto, aun conservaba su rostro vestigios de líneas regulares y finas. Era un beodo consuetudinario. El vicio, degradándole poco a poco, habíale convertido en un rezago humano... En otros tiempos poseyó heredades y haciendas. Hoy sólo dispone del rancho que habita y eso porque una "hipoteca" no le permite enajenarlo. Vive al día, "changueando" aquí y allí, "pa mantener el vicio". Es frecuente oirle pedir unos centavos "pa chupar". Todos los sentimientos fueron apagándose en lo que persiste de su miseria orgánica, y como no sea el ansia de "chupar" ya hasta es insensible a la galga mordiente que aféale el cuello.

Cuando bebe y alborota demasiado, acude el comisario, y le intima:

—¡Ché, negro insolente, andá pa la comisaría y decile que yo te mando! — Y el negro Jaime acata la intimación, pero es cosa de oírle mientras va a constituirse prisionero "hasta que le pasan los humos".

Sus denuestos mayores se dirigen contra la "tiranía policial" que ni siquiera lo deja al pobre trabajador chupar una copa a gusto".

Por uno de esos episodios, tantas veces repetidos, veíase allí al negro Jaime desde la tarde anterior.

A la hora en que intervenía en el diálogo referido, estaba "fresco" y a punto de recuperar su libertad. Tenía el rostro abotagado, enrojecidos los ojos, cuyos párpados se abultaban empequeñeciéndolos. A consecuencia de un golpe tenía hinchada la parte superior de la nariz, por lo cual adquiría una expresión grotesca. Su voz era ronca, obligándole a carraspear con frecuencia. Accionaba sin energía. Su decaimiento era la la reacción lógica de las expansiones que habían dado con él, una vez más, donde le vimos con el desconocido y el comisario. Después que éste había dirigido al enfermo las re-

flexiones consignadas, el negro Jaime le instó diciendo:

—Espero el "contesto", patroncito.

El paciente dijo que aceptaba cuanto se le proponía y que deseaba trasladarse al rancho apenas amaneciese. Y así se hizo, con gran desahogo del comisario.

—¡Curtido el hombre! — exclamó asombrado porque el desconocido no se había muerto según sus pronósticos. Y en seguida preguntó: — ¿Sabe qué dijo el padre cuando se "fué yendo"? Pues dijo: "Este hombre es un enemigo de sí mismo". Y viera que tristón se puso mientras lo decía.

—

El rancho del negro Jaime se hallaba al pie de un altozano, medio oculto por un corpulento algarrobo. Era pequeño y tenía enjalbegadas las paredes, lo que en su tiempo debió constituir un lujo inaudito. Un tabique dividía su interior. La parte más pequeña era la cocina, y la más grande, aunque reducida también, servíale de alcoba. Pero como en la pared divisoria no hubiese puerta alguna que aislara la cocina del dormitorio, los muros de ésta y de aquél enlucidos antaño, aparecían ahora amarillentos y

fuliginosos. El moblaje de vivienda tal reducíase a muy poco.

En la cocina, junto a la hornalla que forman dos piedras de regular tamaño, puestas en el suelo, se ve un pequeño banco, rústico, de pies sumamente cortos. Y junto a la ventanilla una mesa empotrada en el muro, de suerte que sólo tiene las dos patas delanteras. Todo el menaje lo constituye una pava, una olla y dos platos de lata. En una tabla también empotrada en el muro y que sirve de alacena, se ve una taza rota, un vaso sucio y una botella vacía con un cabo de vela en lugar del tapón. En la otra dependencia, en uno de los ángulos, está el catre de tientos y encima los harapos revueltos en que se acuesta "cuando aprieta el frío". Junto a la cabecera un cajón vacío y sobre éste una vela de sebo a medio consumir. Cuelgan de la pared diversas cosas, como ser: un atadito de hierbas resecas a las que Jaime atribuye virtudes medicinales: hace de ellas infusiones "cuando está medio bichoco"; un solo estribo montero y un par de espuelas nazarenas. Su presencia ahí dice a las claras que son de valor escaso o nulo. Pingo ya no tiene desde hace rato. Por eso estaba sin alambres el corral...

Cuando el forastero entró en el rancho, ayudado por el "negro" Jaime, un agente y el cochero que lo había conocido, paseó en torno una mirada, y el desaliento más amargo se dibujó en su rostro.

—Echese aquí y descanse, patroncito — le dijo el dueño de aquella pocilga, indicándole el catre... Pero el huésped dijo que lo sacaran; quería estar afuera "para tomar el sol..."

—Como guste, patroncito, aunque mejor estaría acostao.

No obstante la objeción, el enfermo fué llevado afuera. Le sentaron bajo el alero apoyándole contra la pared. Pagó al cochero, le dió para "cigarrillos" al agente; y al quedar solo con el negro Jaime le encargó varias comisiones. Había algo de imperativo en su acento debilitado.

Desde luego veíase al hombre habituado a dirigirse a la servidumbre. El negro Jaime le escuchaba respetuoso.

En primer lugar era necesario conseguir cama, colchón, sábanas, almohada, fundas, colchas.

—Con ir "a los turcos" en un momento está todo.

—Bueno. Después se necesita una mujer para que cocine y atienda la casa.

—La Donatila, patrón; la Donatila, que es muy propia. Si usted quiere agora mesmo la traigo.

—Sí. Después yo iré indicando lo que haga falta.

Poco después el negro Jaime se dirigía al pueblo, y su andar, cosa extraordinaria, era acelerado y ágil.

El enfermo le miró alejarse, y cuando el negro hubo desaparecido, continuó con la mirada fija en el vacío: un aire de inconsciencia dibujábase en su rostro sin expresión. Era la extrema laxitud física, que al fin postraba aquel organismo aniquilado por la violencia de emociones crueles y brutales. Sus ojos, faltos de luz, estaban vidriosos e inmóviles. Antes era lo único que parecía vivir en aquel ser tan ahincadamente herido por la desventura. Y ahora estaban yertos. Dijérase que miraban sin ver, como anublados por las sombras de su propia alma.

¡Y esa mañana la luz envolvíalo todo en su riente beso cálido!

El sol tornaba de oro las copas de los ár-

boles y refulgía en la quebrada de las montañas, haciéndolas resaltar en aristas cabrilleantes. ¡Cuánta promesa de vida parecía palpitar en la atmósfera, diáfana de ese día luminoso!...

Todo se había transformado en el rancho del negro Jaime. Las paredes estaban enlucidas. La pequeña ventana tenía cristales y una cortinilla transparente. El piso, limpio. El desconocido hallábase en una cama blanca, de hierro. Estaba algo incorporado, reclinada la cabeza en dos almohadones pulcros y muelles. Vestía un pijama de seda gris.

En el pavimento, junto a la cama, veíase una alfombra. Y arrimada a la pared, una mesita de luz con una lámpara de petróleo, y algunas dalias puestas en un vaso con agua... Todo ello debíase a Donatila.

Al negro Jaime no se le veía en el rancho. Andaba "alsao". Donatila tenía la culpa. El se hubiera "regenerao" si ella le hiciera caso, porque Donatila le gustaba. Pero la muy ladina "rumbiaba pa otro lao"... y así estaba él, "más triste que entierro e pobre"...

Donatila es una chinita de veinticinco años, metida en carnes. La boca, de labios rosados, sonreía siempre. El negro afirmaba que era con "malicia", porque mostraba los dientes, que eran blancos y muy iguales, y también porque se le formaban en las mejillas esos "pocitos que a él le daban rabia..." Los ojos eran dos brasas. El negro no podía mirarlos sin sentir un cosquilleo que lo hacía corcovear... Pero la muy pícara "no le hace juicio"... No; no le hace "juicio". Siempre está muy compuestita. Es ágil e inquieta como una ardilla. Va y viene, deja esto y toma aquello, colocando las cosas en su sitio; pasa y repasa contoneándose ligeramente al andar; barre aquí, sacude allí el polvo, se sienta a coser un botón, corre presurosa a levantar la tapa de la olla, dispone la bandeja para servir al patrón, oxea las moscas. Y el negro Jaime la mira y la mira... Ella lo nota y sonríe. Cuando la requiebra y le hace gracia, responde con risa cristalina a la fineza, pero si al negro se le van las manos y se propasa, entonces contesta ella con una manotada que suele resultar sonora en la cara curtida del pretendiente.

—¡A ver negro cachafaz si dejás tranquila a la muchacha!

Es el patrón. Al oírle, el negro se aquieta. Pero no puede contenerse mucho tiempo. Vuelve a los requiebros primero, después tórnase más efusivo, y entonces recibe otra manotada de Donatila. Y la voz del patrón insiste:

—¡No seas impertinente, negro!

—¡Pero, qué demonio! Donatila le gustaba demasiado...

Y cuando no podía más, entonces el negro se iba al almacén de don Abraham, y allí ahogaba sus quebrantos amatorios "chupando de lo lindo". ¿"Qué otro remedio le queda al pobre"? Pero esa vez la causa de su ausencia era otra. Desde "un principio, andaba medio amoscao". Todos querían saber quien era el forastero que se había "guarecido" en el rancho. El comisario mismo no consiguió "tomar significación". ¿Por qué se negaba a decir quién era? No recibía ni expedía carta "a ningún lao". ¡Pucha con el hombre! ¿Y lo que hizo con el cura la noche que casi se muere"? El negro Jaime escuchaba y se ponía nervioso. Y cuando se veía solo, discurría a su vez: "Sí, ¿por qué no quería hablar y se lo pasaba todo el día

y toda la noche callado? Es verdad que era generoso y no regateaba en los gastos, y todo lo hacía con largueza''. Pero, ¡de dónde canejo sacaba la plata! Porque naide lo vía moverse e la cama. El baúl siempre lo tenía cerrao y la balija también. Y lo más raro es que pa sacar la ropa la hacía venir a Donatila, y en después cerraba otra vez, y nunca la hizo que sacase la plata''. Pero el negro Jaime esa noche iba a hacer "una de las suyas, y sabría quién era el forastero, o el demonio se lo iba a "yebar'' de patas al infierno.

Y siguiendo el impulso de los tímidos se metió resuelto al rancho y presentóse al enfermo.

Algo extraordinario ocurríale, porque tenía puesto el sombrero y no pensó en quitárselo. Estaba agitado y trémulo. El enfermo le miró indiferente. Esa calma no dejó de amenguar sus bríos. Hasta pareció desconcertarle. Por fin dijo, con voz insegura:

—Vea, mi patrón; a mí ya me tiene harto la gente del pueblo, ¿sabe? Y no es que a mí me importe... Porque nunca me a "dao'' por averiguar la vida de "naide''... Pero a fuerza de darle a la noria el burro se cansa, aunque esté mal la comparanza... Y

yo no estoy pa que me sospeche "naide". Aunque pobre, no tengo mancha ninguna, y mi "concencia" está limpia. Puede testimoniarlo el cura que me confiesa, ¡canejo! Y sino pregunte quién le cruzó la cara de un chirlo a mi compadre Hilario cuando vino a ofertarme "cuatreriar".

Donatila, que le había seguido, le escuchaba con asombro indescriptible. "¿Dónde iría a parar con semejantes rodeos?" El enfermo le miraba impasible. Siguió una pausa. El negro había perdido la ilación de su discurso. Sus arrestos iban debilitándose, llenándolo de asombro.

—Bueno, ¿y qué? — interrogó, brusca, Donatila.

—Lo de siempre.

—¿Y qué es lo de siempre?

—Ya lo "sabís" vos, y no te hagás la morronga.

—Quieren saber quién soy, de donde vengo y cómo me llamo, ¿no es eso? — dijo el enfermo.

—¡Eso mesmo! — replicó, satisfecho, Jaime, pues la pregunta del patrón le sacaba del apuro.

—Este negro zonzo — intervino Donatila — no comprende que hablan de envidia.

¡Chismosos! ¿Quién los mete en lo que no les importa? ¿Y cómo no me preguntan a mí?

—Toma, y convida con unas copas en mi nombre a esos que quieren saber quien soy.

Y alargando su mano descarnada le ofreció unos pesos. El argumento era convincente, y el desconocido empleábalo con buen resultado siempre que la presencia del negro Jaime se hacía molesta en el rancho.

—No le dé, señor, que este trapalón lo hace adrede pa ir a chuparse con cuatro gandules como él. ¡Cachafaz!

—Vos "tenís" la culpa de que yo ande alsao. Y de no, haceme juicio y vas a ver quién es el negro Jaime.

—¡Salga de aquí, su mandinga, que yo no le puedo tener ley a un borracho de su laya. — Y a empellones lo sacó del rancho.

Poco después volvió junto al enfermo y le dijo, azarada:

—No le haga juicio, señor; el muy sinverguenza no sabe en lo que anda. ¿Por qué no le dice al comisario que lo castigue?

El enfermo creyó oportuno redarguirle:

—Si no sabe en lo que anda, ¿para qué castigarlo? A quienes se debe castigar es a los que ponen intención, a los perversos, a

los crueles. Con éstos se debe ser implacable...

—Así es el que anda en el malacara, y usted lo deja.

—¡A ése!... — dijo con rápido acento — a ése... — Y, dominándose, añadió: — Sí, a ése hay que dejarlo...

—Así está él de insolente — arguyó Donatila, acudiendo a sus quehaceres.

¡Y así estaba!

El recovero detenía allí al malacara siempre que bajaba al poblado. Sin apearse, dirigíase al enfermo, hablándole por la ventanilla del rancho.

—¿Qué tal, don? ¿Entuavía sigue "tirando"? Todos nos chasqueamos la tarde que "yegó". ¿Quiere comprar una yunta de gainas? Son ponedoras. Yo pensé que iba a entregar el rosquete "ay" no más. ¡Mire que "jué" un trance aquel! ¿Quiere que le venda una docena de güevos? Están lindos. También supe lo del cura. Dice que no quiso la "extermaución" por no confesarse. Y por algo a e ser no más que no ha querío... ¿Por qué no me compra a mí las gaínas y los güevos, don?

Hasta que intervenía Donatila, y decíale terminante:

—Porque no precisamos.

Y tras semejante réspice, proferida con voz aceda, golpeaba, colérica, el postigo de la ventanilla, dejándola cerrada. Entonces, oíase fuera una carcajada, y el recovero alejábase al tranco del malacara.

—¡Habráse visto! — profería, indignada, Donatila. — Hay que dar parte a la policía pa que pongan a raya al trompeta ese. ¿Quiere que le diga al comisario, señor?

—No.

—Es que volverá a las andadas.

—Déjalo...

Y la escena se repetía una y otra vez, siempre que al recovero se le antojaba pasar por allí. El desconocido conllevaba la befa sin inmutarse. En su presencia, adquiría una impasibilidad inexplicable. Su rostro quedaba inmóvil, sin expresión... Pero cuando el recovero se iba, azotándole con su risa de escarnio, él cerraba los ojos, y hacía el mismo gesto que le viéramos la tarde de su llegada, cuando pareció pactar algo consigo mismo, en el secreto de su propia alma... Y ese gesto era cada vez más enérgico y afirmativo.

El tiempo transcurría. Ya no inquietaba a nadie el enfermo. Pocos se ocupaban de él. Y puesto que no pudo saberse "quién era", le denominaban "El desconocido", cuando se le aludía por incidencia.

De vez en vez iba a verle el comisario pa enterarse si el negro Jaime se "demandaba". A veces, cuando la tarde era templada, hallábale junto a la puerta, sentado en un sillón de mimbre al calor del "solsito".

—¡Pero, amigo! — decíale. — ¿Sabe que se va poniendo bien?

Sí; él lo sabía. Y al acercarse la primavera, que allí se adelanta siempre, veía que con los nuevos brotes también fluía en sus venas un vigor nuevo.

Ya no estaba tan agobiado. Las espaldas parecían libres de aquel peso invisible que las doblegaba, cansándolo hasta postrarle. Poco a poco fué abandonando el lecho. Daba cortos paseos por sitios apartados, y volvía radiante al comprobar que no se fatigaba. Su rostro habíase llenado. El pecho mostrábase ancho, y su aspecto era de vigor. Las manos, antes huesudas y descarnadas, eran ahora recias y fuertes. Dijérase que la talla de ese hombre había crecido. Tenía erguida la cabeza, y sus ojos miraban

con altivez imperativa. Una tarde lo experimentó el recovero. Se había allegado a la ventana como de costumbre, pero notó con asombro que el desconocido no estaba en el lecho.

—¿Es que cantó pal carnero? — preguntó en voz destemplada.

Entonces el desconocido, que hallábase en cuclillas, hurgando en su maleta, se incorporó brusco, y sus ojos se clavaron en el recovero. Aquella aparición sobrecogió al provocativo jinete, inmutándolo. Siguió un silencio largo. Después el recovero apartó la mirada, picó su caballo y se alejó sin volver la cabeza, "como aquella tarde"...

Los ojos del desconocido brillaron... Su rostro tenía la expresión de un alucinado. Al verle, Donatila, sintió miedo...

—¿Qué le pasa, señor?

El no contestó. Y Donatila se alejó, turbada.

Desde entonces el recovero no volvió por allí. Daba un rodeo cuando bajaba al poblado. Y una tarde que el desconocido saliera a su paseo de costumbre, el recovero volvió grupas al encontrarse con él... Fué la tarde en que el desconocido levantó el puño en ademán de amenaza y profirió palabras

que nadie pudo oir... Cierto día fué al pueblo, y al verle preguntaron "quién era ese forastero alto y arrogante que pasaba".

El negro Jaime le temía. Ya no iba con "tretas" para sacarle dinero. A Donatila hacíala temblar con sólo mirarla.

Se aproximaba el estío. Una mañana pidió el almuerzo muy temprano y encargó al negro Jaime que le alquilara un buen caballo, "para salir a dar una vuelta" y probar el winchester que le vendió el turco Elías.

Vestía saco y "breech" de gabardina gris, calzaba botines amarillos con polainas del mismo color.

Almorzó con excelente apetito, repartió en los bolsillos del saco una merienda, se puso el sombrero café de anchas alas con barbijo de cuero y montó el zaino que le trajera el negro.

—Alcanzame el winchester, Jaime. Tené cuidado porque lleva carga...

Poco después se alejó, siguiendo la ruta del "cerro grande".

Donatila y el "negro" Jaime le siguieron con la mirada hasta que se perdió de vista.

—Y es de a caballo el patrón — dijo el "negro". Y luego añadió: — Y "asigún" parece, el rodeo va ser larguito. Pa eso "yeba" merienda...

Y el rodeo fué largo de verdad, pues anochecía cuando regresó el desconocido.

Dos días después un guía se presentó con dos caballos y dos mulas. Al verle, dijo con voz firme:

—A ver, "negro": ayúdale a cargar mis cosas a ese hombre.

El "negro" Jaime y Donatila se quedaron atónitos. Una expresión de anonadamiento se dibujó en sus rostros.

—¡Movete, pues! — añadió el desconocido. — No hay tiempo que perder.

El "negro" Jaime obedeció sin volver de su estupor. Iba y venía como un autómata, sin comprender nada de cuanto ocurría.

Después el desconocido se dirigió a Donatila y le intimó autoritario y hosco:

—Y vos, arreglá tus pilchas, y vamos.

La chinita tuvo un sobresalto. Su rostro de demudó.

—¡Andá, te digo! Caray con la gente esta!...

Y la chinita fué como si una fuerza extra-

ña la empujara, sin lograr substraerse a su influjo.

Al oir la intimación, el "negro" Jaime quedó como paralizado. Un ligero temblor agitaba su cuerpo... Por momentos creyó ser preso de horrible pesadilla. La cabeza empezó a darle vueltas, como en un vértigo. Y hubo de buscar apoyo contra la pared para no caer en tierra. Una voz enérgica le hizo estremecerse:

!¡A ver, "negro"! Venga un abrazo y si llegás a precisar de mí, buscame allá arriba. — El desconocido indicó el cerro donde anidan las águilas. — Tomá, guardá esto, y adiós.

El desconocido le dejaba una buena suma de dinero. El negro tendió la mano para recibirla, pero su ademán era el de un sonámbulo. Los ojos, desmesuradamente abiertos, tenían el asombro de la estupidez.

Ya se había puesto en marcha la caravana, y él permanecía allí, clavado en el mismo sitio, con la mano tendida, llena de dinero. Transcurrió así largo rato. Después, estremeciéndose de improviso, miró su mano tendida. Luego esa mano se crispó, estrujando los billetes como garra. Su rostro se contrajo en un gesto desesperado, y arrojan-

do el dinero como si le quemase profirió con acento desgarrado:

—¡Así me paga el bien que "li hecho", llevándome a la Donatila! ¡Ah, canalla, canalla! — Y echándose al suelo, se tapó la cara con las manos y rompió a llorar amargamente.

Fuera, allá a lo lejos, perdíase la caravana bajo un cielo diáfano y riente dejando tras de sí una nube de oro...

Llegaron antes de mediodía, tras una marcha que pareció interminable. Habían ascendido considerablemente, cruzando el desfiladero, camino obligado de la otra banda. Hallábanse en una meseta que lindaba con el abismo hacia un lado y costeado por un cerro que, aislándose, terminaba en picacho. Desde su vértice enmarañado de maleza se veía y dominaba el extenso círculo de montañas recortándose sobre el cielo; y allá abajo, a la izquierda, percibíase el sendero que orillaba la hondonada del abismo cuya profundidad alucinante hacíala tan temible. Por allá tenía que pasar todo el que fuese o volviese de la otra banda... No era posible intentar un rodeo. Ese era el camino, ése y no otro.

———

Oculto en las grietas del picacho, como incrustado en ellas, o agazapado en la retama ardida por el sol, estaba a toda hora el forastero, convertido en un vigía que oteara el infinito.

Casi no hablaba. Donatila veíale ir y venir con terror supersticioso. ¿Quién era ese hombre? ¿Y por qué estaba ella a su lado? ¿Qué poder la dominaba, subyugándola? Y estremecíase pensando en que podía llegar y sorprenderla en esos pensamientos. Porque él adivinaba sus ideas, y todo, lo sabía sin necesidad de interrogarla. Bastábale con mirarle los ojos, un breve instante. Ella echábase a temblar como un azogue, y él reía, pero no con sarcasmo, no; reía con indulgencia benévola. E invariablemente le oía repetir:

—Tu eres la única persona que nada puede temer de mí. Tranquilízate.

Y se alejaba.

Había transformado en choza una cavidad enorme, labrada en la montaña por un desmoronamiento quizás milenario.

A poca distancia de la choza, oculta entre las laderas, extendíase una breve planicie moteada de matorrales. Allí construyó el vigía una enorme jaula de paredes y techo de

tela metálica. Se dividía en dos partes, una mayor que la otra. La más pequeña tenía techo levadizo. Este maniobraba merced a una cuerda, cuyo extremo se extendía a regular distancia, permaneciendo oculta en la retama. La pared medianera tenía una puerta corrediza, también de alambre tejido, manejable desde afuera.

Pocos días después, al rayar el alba, el forastero penetró en la jaula con dos cabritos, y después de darles muerte los colocó en la parte de techo levadizo, que dejó abierto, y se fué. Al cabo de algunas horas, los caranchos comenzaron a revolotear en torno a los animalitos socrificados. Acompañaban su vuelo con gritos breves y agudos. Poco después, aguijoneados por el hambre, dejáronse caer sobre la presa fácil y comenzaron a devorarla. Comían con ansia voraz, sin estorbarse los unos a los otros, atentos cada cual a consumir su parte, hasta que el hartazgo fué completo. Y cuando estaban ahitos, cuando el vuelo se hizo pesado, cuando el ansia famélica estuvo aplacada, entonces el techo cayó sobre ellos, aprisionándolos. Ese festín costábales la libertad. Inmediatamente, el forastero abandonó su escondite y corrió junto a la trampera. Los caranchos agi-

taron las alas y, lanzando graznidos estrídulos, revolotearon, chocando contra la tela metálica, azorados y enloquecidos.

El cazador abrió la portezuela que dividía en dos la jaula, y los caranchos se precipitaron hacia el otro compartimiento, creyendo sin duda hallar de ese modo la libertad. Luego volvió a cerrase la puerta medianera, tornó a levantarse el techo y, atraídos por el graznar de los cautivos y por el "cebo renovado de la carnada", acudieron otros caranchos, que fueron, a su vez, apresados con facilidad extrema. El número de ellos era considerable. Su cazador los miraba con fruición indefinible, con ternura, casi con amor. Hubiera querido acariciarlos, con caricias no prodigadas jamás a ser alguno. Y no pudiendo hacerlo con sus manos, les hablaba , y su voz descubría el acento más suave, las inflexiones más dulces. Ah, ¿por qué no le escuchaban, por qué no entendían, por qué no penetraban todo el secreto de su carne y de su espíritu?

¿Quién podía expresar, traducir con entera eficacia el deleite enloquecedor que les anticipaba la liberación de todos ellos, ya próxima, ya inminente?

El forastero había dejado de alimentar-

los. Los caranchos se agitaban, revolviéndose en la trampa infernal. Su graznido llenaba los aires y repercutía en el espacio.

—Oye, patrón — advirtió Donatila, — los caranchos están rabiosos de hambre "ayá" arriba. Si no les da de comer se devoran entre "eyos".

—Ya les daré de comer, no te aflijas.

Y sonrió de modo inefable. Luego se trepó al picacho a otear el camino, por el lado de la cumbre alta. Desde ella podía mirar sin ser visto. Ese día estaba inquieto, andaba de aquí para allá sin sosiego, esperando algo que no llega, o que tarda en aparecer. Todo su cuerpo se paralizó de pronto. Adelantó la cabeza entre las hierbas que le ocultaban, fijos los ojos en un punto lejano, conteniendo la respiración; y tras un instante de inmovilidad absoluta emitió un profundo suspiro, un suspiro hondo como un gemido, que pareció resumir todas las ansias de una espera angustiosa. Dejóse caer por las breñas, agazapándose como si hasta quisiera ocultarse de las rocas por las cuales se deslizara. Metióse en la choza, de donde salió poco después armado de su winchester; y, cauteloso, se trepó de nuevo al arcabuco, donde su mantuvo en acecho.

Allá abajo, lejos aún, avanzaba un jinete por el desfiladero, costeando el precipicio. Venía al paso tardo de su cabalgadura serrana. Avanzaba seguro. En los recodos el montado parecía quebrarse y formaba como un ángulo al afirmar las patas delanteras en el plano avanzado. El jinete no le dirigía. Iba la bestia librada a su instinto seguro. Y de ese modo veíasele adelantar, poco a poco, lenta y tranquilamente. Era el jinete Martín Vizcacha, el recovero. Cuando estuvo próximo, casi debajo del picacho, los caranchos lanzaron un graznido que hizo parar las orejas del malacara y estremecer al jinete. Este miró a todos lados, pero nada logró distinguir. Mientras seguía su camino, volvía la cabeza para apreciar, sin duda, donde se hallaban los caranchos alborotadores. El recovero había llegado al punto más encumbrado de la ladera, desde donde era más hondo el precipicio. No había memoria de que ser humano hubiese podido descender hasta aquellas profundidades. "¡Ese era el sitio!".

El estampido de una detonación tronó en el ámbito, repercutió en el valle, lo devolvió en el eco la quebrada sonora, y luego se propagó lejano hasta extinguirse. El jinete va-

ciló un instante y luego cayó del lado opuesto al precipicio, entre las patas del caballo. Estas impedíanle rodar al abismo. Más como el peso del caído gravitara sobre ellas, empujándolo hacia la hondonada, el caballo dió unos pasos para esquivar el peligro. Entonces el cuerpo inerte se despeñó, chocando sordamente en las fragosidades de la montaña. Y de tumbo en tumbo fué precipitando como si cada saliente riscoso en que golpeara lo arrojase diciendo: "¡más abajo; más abajo; más, más!" Hasta que llegó al fondo del carcavón. Y allí quedó de espaldas. Y, cosa particular, el brazo derecho quedó tendido, como señalando al otero de donde partiera la detonación.

Al verle yacer en el precipicio, el desconocido se lanzó impetuoso hacia la enorme trampera alambrada. Al llegar junto a la choza, se encontró con Donatila. En ese instante el malacara pasó como una exhalación, camino a la otra banda. Donatila fijó en el desconocido sus ojos llenos de espanto. El la miró con una expresión de salvaje alegría. Luego corrió hasta donde se hallara la extremidad de la cuerda. Sus manos la aferraron crispándose, y tiró de ella, enérgico y afanoso. Súbitamente un gran revue-

lo se levantó en espiral de la trampera, y el jabardo de caranchos se arremolinó, llenando los aires de graznidos agudos. Dijérase que la liberación les hubiera enloquecido. Describían amplios vuelos circulares, como persiguiéndose los unos a los otros, y todos a la vez lanzaban gritos que parecían ya jubilosos, ya amenazadores. De improviso, aquellos que más alto se remontaron, abrieron el cícur lo y tendieron el vuelo hacia el lado de la hondonada. El desconocido se hallaba de nuevo en su puesto de observación, desde donde seguía ansioso las evoluciones de los caranchos. Estos hicieron aun más estridente su graznido, y arremolinándose compactos se dejaron caer en la hondanada, sobre el cuerpo yacente del recovero cubriéndole en absoluto. El jabardo famélico rebullía luciente allá en la hondonada. Dijérase un monstruo desconocido, contráctil, inquieto, que se dilatara ya en una forma, ya en otra, elástico y ágil, indiferente a las otras bandadas que revolotearan sobre él, pidiendo cabida en el lúgubre festín.

La tarde caía lenta y plácida. Desde su arcabuco, el desconocido lo miraba todo como alucinado. Tras cortos intervalos, parecía que el monstruo movible se disgregara, y al-

gunos caranchos se levantaban en pesado vuelo. Pero inmediatamente otros se dejaban caer en el sitio de que partieran aquellos. Y entonces era un pulular hormigueante y arremolinado; y lo que antes parecía disgregarse, ahora se juntaba, rebullía de nuevo, más inquieto, más ávido, más lúgubre... Hasta que la noche cerró, sumiéndolo todo en las sombras como para ocultar el horror de aquella visión trágica.

Pero el desconocido permanecía allí. Y él lo veía todo con los ojos de su rencor sordamente contenido. Aquella bandada negra y luciente que se agitara voraz sobre el cuerpo invisible del recovero, estremecíale de gozo. El corazón latíale con fuerza.

Ahora también caía la tarde como cuando él pactara ese acto de justicia. ¡Ah, cómo percutía su corazón en la dicha frenética de aquellos instantes! El adivinaba, "sentía" los picotazos voraces en un continuo repiqueteo sobre las carnes desgarradas, sanguinolentas, acaso palpitantes en los últimos estertores. Cien vidas diera por el frenesí de esos momentos de alegría enloquecedora, y cien almas que tuviera las condenaba juntas por aquel terrible desahogo, que en un solo instante parecía desvanecer la honda amar-

gura de sus cruentas tribulaciones. E irguiéndose, magnífico de horror, levantó los brazos al cielo en actitud ofertoria. Hubiérase dicho la encarnación de un remoto dios vengativo, retando la omnipotencia inmensurable de las fuerzas obscuras... Luego corrió hacia la choza, al aire su enmarañada cabellera. Todos los enconos, todas las angustias, todos los livores, todos los espasmos y todo el horror que huracanaban el abismo de su alma trágica estaban patentizados en la siniestra contracción de su rostro.

Al verle aparecer en el umbral, Donatila retrocedió aterrada. Y él lanzó una carcajada que la estremeció paralizándola en el rincón donde había ido a refugiarse.

—¿No me pedías que castigara? — rugió él. — Ya lo hice. Y fuí inexorable. ¡Ah! ¿Yo debía ser "pa los caranchos?..." Y lo decía mientras todos me negaban su amparo, sin piedad, inexorable, escarneciendo mi infortunio, brutal y cruel, con saña, escupiéndome a la cara la hiel de su alma perversa... regocijándose al verme transido por todas las angustias y por todas las miserias. "¿Pa los caranchos?" y reía, como si quisiera hacer aun más bárbara mi agonía en mi abandono... Y creo haber muerto, por-

que cerré los ojos, y cuando los abrí, fué para ver las tinieblas en que me arrojaba el egoísmo y la crueldad de los hombres... Pero volví de entre los muertos...

Interrumpióse de improviso, y sus ojos siguieron la dirección en que fijara los suyos Donatila. Y al volverse, vió, en el vano de la puerta la erguida figura del padre Gonzalo. El cura articuló en voz queda:

—La paz de Dios...

Pero la frase quedó trunca en sus labios. El vengador había lanzado un bramido de fiera acosada. Crispáronse sus manos, y todo él se contrajo como si fuese a saltar sobre el intruso.

—La noche me sorprendió... Y como no es prudente arriesgarse por el desfiladero, pido albergue en esta vivienda.

Los ojos del desconocido revolvíanse hoscos, sus sienes pulsaban, sus músculos estaban tensos, y una vibración torturadora le estremecía, como si en su palpitar tumultuoso la sangre le quemara las arterias enardecidas.

—¡Mentira! ¡Mentira! Pero yo no caeré en la celada, miserable impostor — replicó terrible.

Y el sacerdote repuso:

—Que el Señor tenga piedad de tu alma pecadora.

—¡Ah, pastor taimado! Estabas en acecho, espiando mis días y mis horas...

—Dios todo lo ve.

—Para sorprenderme...

—Dios todo lo sabe...

—... Y delatarme, emulando a Judas.

—Dios solo puede juzgar, y su justicia es en eterno.

—¡No emplees ese tono! Háblame como ayer.

—Ayer tu alma estaba limpia de pecado. Hoy se mancha con la sangre de Abel. Que Dios tenga piedad de tí, hermano en Cristo.

—No pongas a prueba las artimañas de tu oficio...

—El sacerdocio es misión.

—¿Y qué te enseña?

—Que solo Dios es árbitro de la vida y de la muerte.

—Y cuando bajes al llano, ¿qué dirá tu conciencia al dejar tras de sí el misterio que mancha mi alma con la sangre de Abel?

—Lo mismo que te dice ahora: mi palabra es de paz, no de castigo.

—Pero al callar mi culpa, tú la encubres.

—El sacerdocio no es delator.

—Tu silencio propicia mi impunidad.

—No. Dios está presente. Su justicia es en eterno.

—¡ Sea ! — replicó, enérgico.

Los dos hombres quedaron frente a frente, mirándose con fijeza, como para llegar al fondo de sus almas. El desconocido, vibraba, anhelante, convulso. El sacerdote mirábale dolorido.

—¡ Sea ! — replicó aquél. — Aunque yo sé si tiene Dios el derecho de juzgarme; ya no soy un hombre. He cesado de serlo cuando el instinto brutal de mi especie me rechazó abandonándome a la disolución en vida. Y desde entonces, no reconozco a mis semejantes en los humanos. Soy de otra especie. Mejor o peor, no sé, pero diferente.

Hubo un silencio. Sus pupilas se cruzaron. El desconocido estaba jadeante; sus ojos fulguraban. Luego, como quien toma una resolución súbita, sacudió la cabeza y dijo:

—Todos querían saber "quién soy"; a todos les mordía la curiosidad por conocerme...

—Yo lo supe al verte. Leí tu destino en

tus ojos. El presagio de ayer, hoy se cumple, — repuso el sacerdote.

—Tú conoces al hombre que surgió del dolor, a éste de ahora. Yo te hablo del otro, que tú no has podido conocer...

—Uno y otro se reconocen en la misma rebelión de ayer y de hoy.

—¡No! — prorrumpió colérico; — tú me viste ya transfigurado por la ferocidad de los hombres. Tu pasado es mi presente. Pero hay, o hubo en mi vida un ayer que tú no alcanzas, que tú no penetras. Escucha.... ¡No me interrumpas!

—Habla.

—He dicho que no soy un hombre. ¿Y sabes por qué? Porque la especie humana me horroriza.

—Amala en sus desvíos, y ofrece, como Jesús, la otra mejilla.

—Lo hice. Practiqué el bien y hallé el mal; fuí generoso y fueron injustos; sembré amor y recogí odio. Tuve una mujer, la mía en la ley de Dios y de los hombres, aquella a quien tu Evangelio ordena: "Dejarás a tu padre y a tu madre...' y a quien yo dediqué todos los anhelos de mi alma, — ¡mi alma digo! — pues cuando el morbo hincó, sus garras en mi vida de fe y de amor, ella,

la elegida, la única, se apartó de mí, huyendo del contagio.

—Dios tenga piedad de ella.

—¡No la tendrá! ¡No debe tenerla!

—La misericordia de Dios es infinita.

—Misericordia es dar a cada uno lo suyo. El justo y el protervo no deben ampararse en la misma ley.

—La ley es el amor de Dios, y en él se redime la criatura humana.

—Mal haya ese amor, si en él se confunden el bien y el mal.

—Que Dios tenga piedad de tu alma en la hora de la muerte. Amén.

"El desconocido" le miraba acezando. El sacerdote observábale sereno y triste.

—Esta montaña pudo ser tu calvario. Has podido redimirte en el dolor, porque el dolor revela el aspecto profundo de las cosas. Dios te había señalado para hacer de tí una criatura elegida. Bastaba con que devolvieses bien por mal. La prueba te pareció dura y te rebelaste.

· Para no caer anulado en la resignación de tu palingenesia terrible.

—Has preferido oponer el mal al mal. Pero vuelve los ojos hacia tí mismo, y mira en el fondo de tu ser. ¿Quién es el castigado?

¿Aquel a quien envías a la eternidad, o tú, qué cargas con el misterio trágico de su muerte?

El desconocido intentó replicar, pero sus labios sólo pudieron contraerse en un gesto nervioso y rápido.

—Es verdad — prosiguió el sacerdote con voz quebrada por la emoción; hoy eres otro hombre. Algo acaba de morir en tí; es el ser que se doblegó cediendo a la pasión enemiga. Por eso me detuve: para socorrerte contra tí mismo. Imploré hospitalidad con el fin de que mi presencia no fuese acusadora. Pero una voz habló en tí contra tí mismo. Muchas veces la oirás. Siempre que interrogues tu conciencia. No la desoigas, hermano en Cristo. Y confía en la misericordia de Dios que es infinita. Y ahora puedo continuar mi camino; el desfiladero ya no ofrece ningún riesgo para mí...

Y salió de la choza.

La noche era apacible y diáfana. El plenilunio envolvía en una luz plateada la extensión de las sierras, que se escalonaban atalayando el horizonte. El cielo era de un azul cristalino, y la armonía estelar titilaba vívida en la profunda quietud adamantina.

El sacerdote se aproximó al cerco, tomó el

caballo de las bridas y se alejó a pie, proyectando su larga sombra negra en los altibajos del sendero, donde relucían las piedras facetadas. Dijérase que las estrellas de oro y los guijarros cristalizados unieran su luz en el concierto que rige el orden de las cosas...

Al llegar al borde de la quebrada, el clérigo se detuvo. Sus ojos buscaron en el abismo el lugar en que rodara precipitado el recovero. Mas la sombra proyectada hacía imperceptible el hondo carcavón. El sacerdote pareció vacilar, luego calculó un instante, y por fin se arrodilló, y con voz queda dijo fervoroso: — "Requien aeternam dona ei, Domine..."

Antes de rayar el alba, el vengador había vuelto al picacho, desde donde oteaba el abismo. Hubiérase dicho el vigía de la muerte. Respiraba afanoso, erguido entre la maleza del arcabuco. Sus ojos subían de la hondonada al horizonte, afiebrado por la espera de la luz que no llegaba. Un zumbido persistente hería sus oídos. Eran como ondas vibratorias que parecían venir de una distancia lejana. Pero en realidad era el pul-

sar de su propia sangre que afluía al cerebro con violentas palpitaciones.

Escudriñaba ansioso el panorama de la sierra, como para acelerar el claror que apenas comenzaba a difluirse indeciso allá detrás de los últimos cerros lejanos. Un vapor azuloso flotaba en los collados, y en el valle, y acentuábase a medida que el cielo desvanecíase en una suave coloración nacarada. Las estrellas empalidecían, acelerando con vívido tremor su parpadeo; y la luna solo hacía visible un arco de oro pálido. La montaña despertaba. Oíase el revoloteo de las aves de rapiña y el chillido del zorro avizor... De pronto, asomó entre dos cimas del cerro, lento y radiante, el disco del sol. Los primeros haces de luz, reflejaron en el picacho fronterizo a oriente, donde oteaba el desconocido. Sus pupilas enrojecidas se volvieron al siniestro carcavón. Pero nada alcanzaba a percibir. La luz naciente ponía vivo el claror en los resaltes, pero sumergía en una sombra intensa las hondonadas, donde flotaba una niebla violácea que hacía imperceptible su profundidad. Al sentirse bañado por el sol, le asaltó un ansia loca. No se explicaba por qué ese mismo sol no hacía resbalar sobre el "otro" un haz de sus rayos. Y el aguijón

de su impaciencia hacíale fijar los ojos en el horizonte como si quisiera llevar a las pupilas la luz que iba a volcarse en el fondo del abismo siniestro.

Pero al apartarlos del encendido claror para volverlos a la obscuridad, sus ojos, sólo percibían una sombra que se coloraba y en la cual se movían en rotación mil círculos vibratorios. Luego todo se borraba, forma, color; y el intenso azul violáceo de la montaña parecía desvanecerse, y el vértigo amenazaba dar con él en tierra. Entonces cerraba los ojos, levantando la cabeza para recibir en pleno rostro la refrigerante brisa matinal. La última vez debió quedar buen rato en esa actitud, porque al abrir de nuevo los ojos, vió que el sol, alto ya, doraba hasta el fondo un lado de la hondonada. Un estremecimiento le agitó convulso, dilatando sus pupilas de alucinado. Un espectáculo horrendo mostrábase a sus ojos. Allá en el fondo del abismo, aparecía el recovero en una transfiguración alucinante. Hallábase completamente despojado de su ropa, que yacía en jirones a uno y otro flanco de su cuerpo yacente. Estaba sin ojos, sin nariz, sin orejas; falto de labios y mejillas, mostrando la doble hilera de sus dientes. Y aquel rostro sin carne pa-

recía reír con una mueca burlona y siniestra. El brazo derecho, descarnado, rígido, tendíase y continuaba señalando el picacho. Estaba allí, degarrado, mutilado, triturado, mostrando los huesos en una visión de espantosa pesadilla. Algunos caranchos iban y venían sobre sus despojos, ahitos del festín macabro.

Pocos días después ,el esqueleto blanqueaba al sol. Así habíanlo visto algunos "paisanos" que venían de la otra banda siguiendo la ruta del desfiladero. La noticia llegó al poblado y cundió causando honda impresión. ¡Un esqueleto en la hondonada! Y súbitamente todos pensaron en que el ser a quien pertenecía debió ser devorado por las aves de rapiña. La imaginación aldeana se lanzó en un torbellino de conjeturas, inspiradas todas por el terror supersticioso.

—¡Claro! — decía uno, — su alma debe andar en pena.

—¿A que aparece la luz mala? — aseguraba otro.

—"¡Como pa ir por hay" después de la oración!

—¡O antes de amanecer!

—¡Lindo pa los que vienen arreando asienda de po ayá!

¡Cómo iba a ser de otro modo!

El "finao" no había recibido los sacramentos, pasando a la otra vida sin que "naide" rogara por él ni un Padrenuestro. Ni quien iba a pensar en la velación de la cruz estando el "finao" en aquel precipio.

—Si lo más fiero del caso es que no se puede sacar de "ande" está par enterrarle en "sagrao" — arguyó otro.

Esta observación pareció estremecer a los circunstantes. Sólo entonces adquirió su verdadero significado aquella tragedia. Ese esqueleto permanecía allí, a la vista del caminante, sobrecogiendo con la blancura de sus huesos en el día, y llenando de terror por la noche al encenderse en las fosforescencias de la luz mala... No podían avenirse a esto de ninguna manera. Y guiados por la inquietud, que dominaba a todos, acudieron a las autoridades. ¿Para qué? Se proponían bajar al carcavón y recoger los restos con el propósito de darles cristiana sepultura. ¡Nada menos!

Evidentemente estaban exaltados.

Aquello era absurdo. Para efectuar una empresa de ese género eran precisos apa-

rejos complicados y costosos. El departamento no se hallaba en condiciones de sufragar gastos de índole tan imprevista. La consternación fué general, pues los argumentos no admitían réplica. Entonces el "negro" Jaime propuso una idea que fué acogida con entusiasmo: hacer decir una misa "pa que el alma del finao no pene tanto". Al comprobar el éxito de su proposición, el "negro" Jaime se sintió arrebatado por el fervor religioso.

—Aunque uno chupe a veces alguna copita, no por eso olvida la religión. Y yo soy buen cristiano, ¿sabe? Yo tenía cruz en el mate dende antes de nacer, ¡canejo! Y aura mesmo vamos a la casa'el cura. — Y a la casa del cura se dirigieron sin vacilar.

—¡Qué diablos! — decía el improvisado caudillo. — Las cosas se hacen o no se hacen...

Y marchaba al frente del grupo que le seguía, con la arrogancia de un libertador...

El padre Gonzalo los recibió con alguna sorpresa, mas al reconocer el móvil que los guiara, respondió con frases de aprobación muy elogiosa. Luego dijo:

—Muy bien. — Aplicaré la misa de ma-

ñana por el descanso eterno del pobre recovero.

—¿Ah, pero el señor cura sabe quién es el "finao"? — interrogó con asombro el "negro" Jaime.

—Ya me lo maliciaba — dijo otro.

El padre Gonzalo no logró disimular la profunda turbación de su espíritu. Pero, reponiéndose, preguntó:

—¿Qué maliciabas, vos, Silvano?

—Qu'el finao había'e ser el recovero.

—¿Cómo así?

—Porque su cabayo golvió solo a la querencia, y en después naide supo nada del recovero hasta el día de hoy... Por eso digo.

—¿Martín Vizcacha es el finao? — preguntó Jaime aturdido por la inesperada revelación. — ¡El recovero!

Y quedóse perplejo con los ojos fijos en el sacerdote. Este guardó silencio un instante y luego despidió a las piadosas visitas diciendo conmovido:

—Hasta mañana mis buenos feligreses...

—Es que — dijo el negro Jaime, sobreponiéndose a su emoción. — nosotros "querimos" con perdón de usted, señor cura, que la misa se diga ayá mesmo donde está el finao,

¿no es cierto? — Y se dirigió a sus acompañantes. Todos asintieron.

En vano aseguró el padre Gonzalo que el finado beneficiaría más de la misa si esta se aplicaba en la iglesia, que era la casa de Dios. La voluntad unánime exijía que se oficiara ante los despojos del recovero. Y así quedó convenido.

—¡Señor! ¡Señor! Vienen a prenderlo, y son muchos. ¡Veia! ¡Veia!

La voz alterada de Donatila hizo que el desconocido se sobresaltara poniéndose de pie bruscamente. Corrió hacia afuera, y miró a ambos lados del camino. Lejos, muy lejos, costeando la ladera avanzaba una muchedumbre, todo un ejército. El desconocido volvió al interior de la choza, tomó con manos crispadas el cinturón de balas que se ciñó con rapidez, y apoderándose del winchester corrió al picacho dispuesto a vender cara su vida. Un propósito muy firme le guiaba: no dejarse tomar vivo. Y oculto en la retama, agazapado, esperó. En su mente cruzó rápida una idea: el padre Gonzalo le había delatado. ¡Tenía que ser! La altura moral revelada en su diálogo la noche trá-

gica, era pura ficción. "¡El sacerdocio no es delator!" ¡Hipócrita!

Y al fijar los ojos horadantes en los que avanzaban quedó desconcertado: ¡venían mujeres! Y también venían niños. Todo el pueblo parecía venir por el desfiladero, en interminable columna. Su desconcierto fué mayor, al identificar en quien venía a la cabeza, al propio padre Gonzalo. ¿Qué significaba todo aquello? Sus manos crispadas oprimían el winchester como si quisiera arrancarle a éste el secreto de aquella invasión inexpicable.

La mañana era magnífica en su esplendente serenidad. Apenas si una gran nube recortaba el azul esmaltado del cielo límpido. Bajo su irradiación la muchedumbre serpeaba siguiendo las curvas del sendero pedregoso. La columna hizo alto en un rellano. Desde allí dominábase el abismo donde blanqueaba el esqueleto de Martín Vizcacha. El padre Gonzalo y los que estaban más próximos a él se apearon de sus cabalgaduras. Visto desde el picacho todo aquello no tenía explicación ninguna. A medida que descubrían los despojos del recovero, todos se persignaban, apelotonándose como buscando amparo los unos en los otros.

Luego bajaron de una mula carguera algunos aparejos, y poco después quedó armada una mesa a manera de altar. Mientras alguien colocaba sobre la mesa el crucifijo, el cáliz, la patena y las vinajeras, el padre Gonzalo se puso el amito, el alba y la estola. Los paisanos, que aun permanecían a caballo, descendieron y todos se arrodillaron para presenciar el drama divino.

El padre Gonzalo dió principio a la misa de "réquiem". Previas las genuflexiones rituales, musitó:

—"Introibo ad altare Dei".

Cubríale el semblante una palidez insólita, y su voz, segura siempre, era desmayada como si pasara por el tamiz de intensa emoción.

El vengador seguía con viva inquietud el desarrollo de aquella ceremonia terrible. Allá, a su propia vista, y ante los despojos del odioso recovero, se oficiaba el sacrificio de la misa, y en forma tal que no hubiese desdeñado para sí un místico que fuese a la vez poeta y santo. Tenía como estrado una meseta, labrada en la roca viva; como graderías, las laderas abruptas, y como techo la infinita majestad del cielo. ¿Y todo eso pa-

ra consagrar un alma proterva ante la justicia del Eterno Padre?

Y se irguió para imprecar, con un ademán de rebelión.

En ese instante el padre Gonzalo dijo:

—"Ite, misa est".

Y el acólito repuso:

—"Deo gratias".

El desconocido iba a responder con una carcajada, pero un sollozo emitido casi a sus pies, le hizo estremecerse. Era Donatila, que tirada en el suelo, lloraba y se estremecía como una posesa:

—Señor, ¡estamos malditos! ¡estamos malditos!

Y la voz del sacerdote profería con suave unción:

—"Benedicat vos omnipotens Deus Pater, et filius, et spiritus sanctus".

—"Amen" — replicó el acólito, persignándose.

El sacrificio de la misa había terminado. Poco después la muchedumbre prosternada se incorporó tornando a sus cabalgaduras. Y emprendió el regreso con el padre Gonzalo a la cabeza.

———

Al día siguiente llegó al llano una noticia.

y se difundió, exaltando la imaginación del pueblo entero: los despojos de Martín Vizcacha ya no estaban en el abismo. Habían desaparecido.

La muchedumbre corrió a la casa parroquial, y encendida en fervor religioso, anunció al padre Gonzalo el prodigio. El milagro de la misa era evidente.

Desde entonces las almas piadosas creyeron ver flotar en torno a la cabeza del clérigo montañés una aureola de santidad...

... ...

He vacilado mucho antes de publicar esta narración. Temía cometer una infidencia; parecíame violar un secreto, "sorprendido" más que confiado. Quise vencer mis escrúpulos y me dirigí al probo sacerdote identificado en esta narración en el padre Gonzalo. Me acogió con benevolencia, y me escuchó, vivamente sorprendido.

—Ignoro esa historia — me dijo.

—Creí que no se borraría de su memoria — repliqué. Y añadí: — Como no se trata de un secreto habido en confesión...

Entonces el cura X repuso con severa expresión:

—Repito que nada sé de cuanto se ha servido usted referirme.

Comprendí que hubiera sido inútil insistir, y me retiré.

Veamos ahora cómo llegué a conocer la historia referida:

En el estío del año... varios amigos efectuamos una excursión al Cerro Grande. Pernoctamos allí; y al día siguiente, mientras preparaban el almuerzo, yo salí a caballo, solicitado por la belleza abrupta del paisaje montañoso.

—Si va pa'el lao'e la encrucijada, no se aleje mucho. El sitio es malo — me advirtió el guía.

—Ah, ¿es por allá donde tiene su guarida el desconocido aquel?... — inquirí.

—Allá mesmo, niño. Y como nadie tiene pa' qué aventurarse...

Así era en efecto. Tomé una dirección opuesta, y eché a andar, siguiendo el camino menos apeñascado. Tras cortos rodeos, emprendí la vuelta. Anduve así largo trecho. De pronto me hallé en una ladera, en cuyo fondo se extendía la profundidad de un bosque. Evidentemente me había extraviado. Quise retroceder, pero fué inútil intentarlo. El sendero, estrechísimo, no permitía volver

grupas. Era forzoso seguir adelante, hasta que el sendero, ensanchándose en alguna parte, hiciera posible la evolución para desandar lo andado. Pero el sendero era cada vez más riscoso y estrecho, y también más profunda la hondonada que se abría a mis pies.

Comprendí que nada debía esperar. Mi imprudencia me había perdido. No sé cuanto duró la angustia mortal de aquel trayecto, limitado por un desenlace inevitable. Un relincho de mi caballo me estremeció, helando la sangre en mis venas. Me hallaba próximo a un rancho, en cuya puerta el hombre de la encrucijada mirábame con expresión indefinible. No sé si era de sarcasmo o de sorpresa. Sonreía, sonreía sin proferir palabra. Yo detuve mi caballo con brusco ademán. Quise decir algo, pero no atiné a mover mis labios. El hombre del rancho permanecía en la puerta, sonriente, inmóvil.

—¿De modo que viene extraviado, no?

Un temblor recorrió todo mi cuerpo. Sin duda alguna yo estaba a merced de aquel hombre. No había vislumbre de esperanza.

—Apéese y descanse un rato, para reponerse. Ya se ve que el trance lo ha contrariado...

Y siguió sonriente, con los ojos fijos en

mí, como gozándose en mi turbación. Yo estaba como petrificado.

—¿Usted vino de excursión al Cerro Grande, no? Ahora usted quiere reunirse con los suyos, ¿verdad? Pero no va a ser posible con la fiesta que se le prepara aquí. Eche pie a tierra, mi amigo. — Y levantando la voz llamó enérgico: — ¡Che, Leocadio! Tomale el caballo a este amigo.

Entonces como poseído no sé por qué influjo maligno, descendí del caballo, y me aproximé a mi verdugo. Penetramos en su vivienda, Al poco rato, oyóse fuera un ruido que no acerté a definir. Mis oídos zumbaban. El ruído fué aumentando, recio, hasta penetrar con fuerza en la guarida donde nos hallábamos.

—Y, ¿qué me dice? Tenía yo razón al asegurarle que no podría usted volverse?

Una voz aulló fuera, sobresaltándome:

—¡Aura, "Fiera"! ¡Aura "Fiera"!

Me incorporé.

—Es el peoncito que entra las cabras al corral. "Fiera" se llama mi perro, un mastín que justifica su nombre por lo bravo. — Y volvió a sonreir con toda calma.

Fuera rugía la tormenta. Oíase el chasquido de la lluvia contra la vivienda. El vien-

to silbaba, y arremolinándose, sacudía la puerta y la ventanilla de aquella choza convertida en refugio de pesadilla.

—Tampoco pueden bajar al valle sus compañeros. Tendrán que aguantarse allá, no más. Y como no pueden encender fogatas, la cosa va a ser peliaguda... — Y tras una pausa prosiguió: — ¿Usted ha visto correr el agua por el abismo del "Cerro Grande" cuando llueve y hay creciente? ¿No? Yo sí. Una vez. Allá, hace mucho, "supo" haber un esqueleto... Lo arrastró la corriente, haciéndolo desaparecer... La población de allá abajo creyó en un milagro.

Fué en un día como hoy...

... ...

A la mañana siguiente, muy temprano, cabalgábamos el "desconocido" y yo, camino al "Cerro Grande", para reunirme a mis compañeros de excursión. Yo había pasado la noche en el rancho, oyéndole hablar. Cuando hubo amanecido, tomé el desayuno, que Donatila, "señora" de la casa, me brindara con toda cortesía; y después, guiado por el hombre de la encrucijada, emprendí la marcha. Cabalgamos muy entretenidos. Al llegar a un punto donde el sendero se bifurca, mi guía detuvo su caballo.

—Es por aquí. Ya no puede extraviarse. Me indicó el camino de la derecha.

—Adiós, y buena suerte. — Y añadió: — ¡Ah, cuando quiera darse una vuelta por estos pagos, véngase, no más; ya no hay peligro de que se escape un tiro de mi winchester!... — Y volviendo grupas desapareció.

———

Señor ***, diré de la encrucijada:

"Si estas páginas, salvando las dificulta-
" des del correo, y por un azar poco pro-
" bable, llegan hasta su retraimiento bra-
" vío, no las atribuya usted a deslealtad.
" Se nos tacha de infieles a los escritores,
" pues la gente ha dado en decir que no
" sabemos guardar un secreto, cuando es
" susceptible de convertirse en obra litera-
" ria. ¿No sería ésta, por otra parte, una
" explicación justificativa?...

"Desde luego, reconocerá usted que no he
" alterado en ningún detalle el relato de
" "su" tragedia. Además, estoy persuadido
" de que esta publicación en nada puede
" comprometer a usted. Pero, si por cir-
" cunstancias no previstas aquí, le ocasio-
" nara alguna molestia, siempre le quedaría

“ a usted el recurso del padre X***, y po-
“ dría, como él, contestar:

“—Nada sé de cuanto se ha servido usted
“ referirme. — Con lo cual todo queda como
“ estaba antes.

“Así se justifica su muy aff.mo

(Y aquí mi firma).

LA REVELACIÓN

Cuando me anunciaron la visita de Jorge Douglas, creí haber oído mal, y pregunté de nuevo, persuadido de que rectificarían el error. Mas la chinita repitió claramente:

—Jorge Douglas.

Quedé como abismado en mi estupor. Y debí permanecer así buen rato, pues la criada, a pesar de su cortedad respetuosa, creyó pertinente insistir:

—¿Qué le digo?

No estoy en condiciones de precisar si ordené que lo introdujera. Mas, poco después, Jorge Douglas estaba en mi improvisado gabinete de campaña. Tampoco puedo decir cómo le saludé, ni siquiera afirmar haberle saludado. Sólo sé que, al verle, mi sorpresa y mi confusión crecieron, hasta delatar mis impresiones. Douglas tenía sus ojos fijos en

mí, y después de contraer sus labios en un gesto de amargura, dijo con acento velado por la emoción:

—No me extraña: en todas partes me reciben así. Pero no se preocupe por disimular su sorpresa.

Traté en vano de dirigirle algunas palabras amables para desvanecer el efecto que le causara mi actitud, y también para recobrar el dominio de mis facultades. Douglas sonrió con benevolencia, y luego dijo:

—Vengo a pedirle un favor.

Y sin aguardar a que le contestara, añadió receloso:

—No me lo niegue. Necesito que acceda usted a lo que le pido.

Su rostro se contrajo en una expresión tan extraña, que me apresuré a consentir en su pedido. Pero Douglas no se tranquilizó del todo. Sus ojos quedaron fijos en mí, como interrogándome. No supe interpretar su mirada, y aguardé. Siguió una pausa embarazosa para ambos.

—Sí, es verdad — dijo por último, — le debo una explicación previa.

Se pasó una mano por la frente, como para borrar las inquietudes que le embargaban, y después de vacilar, dijo con voz queda:

—Mi aspecto revela que algo terrible debe haber sacudido mi alma. No trate usted de negar por cortesía, o por lástima, una cosa que está evidenciando su impresión desde mi llegada aquí. ¿Ve usted mis cabellos? Hasta hace poco eran rubios, usted lo sabe. Pues en una noche se tornaron blancos. En una noche... Y desde entonces tiene mi cara no sé qué contracciones, y mis ojos no sé qué brillo... y en mi boca hay un rictus que no había antes. Hasta mi voz tiene un timbre desconocido. Soy otro hombre... Y eso es lo que impresiona a cuantos vuelven a verme desde entonces... Soy como el espectro de mí mismo.

Jorge Douglas no mentía. Cada frase suya acentuaba aún la inquietante verdad de su propia transfiguración. Habíale visto en fecha cercana, gallardo, con su hermosa cabeza de Byron joven, rizado el cabello de un rubio cálido, los ojos de fino diamante, fuerte y ágil, en la plenitud de su virilidad. Ahora estaba allí, encanecido, la tez amarfilada, y en los ojos un brillo de alucinado. Sus manos, largas y finas, se agitaban como si fuesen a crisparse. Estaba en lo cierto al afirmar que era otro hombre. Y sin embargo, sólo habían transcurrido pocos meses de

nuestra última entrevista. Lo recuerdo perfectamente. Fué en París, en la legación argentina. Un día desapareció, y porque era persona de maneras cultas, a todos nos sorprendió que se marchara sin despedirse. Luego, a mi vez, volví a Buenos Aires, y me hallaba en las sierras de Córdoba, donde me había confinado con el propósito de poner cima a una obra que solicitaba completa dedicación.

—¡Cuál no sería, pues, mi asombro al oir pronunciar en aquel destierro el nombre de Jorge Douglas! ¡Y cuál no sería mi impresión al verle transformado de manera tan extraña! Luego el modo de presentarse, entre cohibido y receloso, sin aquella liberalidad expansiva que le hiciera persona grata a los pocos instantes de conocerle.

Mi curiosidad fué creciendo de tal suerte, que hubiera deseado preguntarle mil cosas a la vez: cómo estaba allí; qué misterio entenebrecía su espíritu; qué sentimientos convulsionaban su alma... qué había sido de él desde nuestra última entrevista. Y como si Douglas hubiese "visto" el sucederse de mis ideas, me sorprendió diciendo:

—Voy a decirle por qué dejé París como lo hice.

Y Douglas, haciendo un esfuerzo evidente para dominar la emoción que le embargaba, comenzó a hablar, estrujándose las manos:

—Es como una confesión. Hasta hoy nadie conoce mi secreto. Usted sabe que soy huérfano, y que un tío materno cuidó de mí y de los bienes que yo heredara de mis padres. Mis tíos sólo tenían una hija, mi primita Dolly, con quien compartí los juegos infantiles y un cariño fraternal. Desde pequeños, jugábamos a los novios, y recuerdo que la inocencia de aquellos amores complacía a mis tíos. Después, mi afecto por Dolly fué intensificándose hasta ver en ella una hermana menor.

Entretanto, el tiempo transcurría. Ya mozo, estudiante universitario primero, y doctorado después, nuestro cariño no sufrió alternativa ninguna. En el hogar de mis tíos yo había hallado mi propio hogar, y en la ternura de Dolly la suavidad de un cariño al que yo correspondía con el más puro de los afectos.

De pronto, el carácter de Dolly comenzó a modificarse. Ya no era la niña alegre y decidora de otros tiempos. Se tornó retraída, casi huraña. Cuando le anuncié mi via-

je a París, pareció acoger la noticia con la más absoluta indiferencia. Nuestra despedida no fué muy afectuosa por parte de ella. Sus palabras casi me parecieron esquivas. Y dada la situación en que las pronunciara, eran para mí del todo inexplicables. Yo no quería alejarme de Dolly llevando en mi alma la pena inquietante de su esquivez.

Nos hallábamos a bordo del transatlántico que debía conducirme a Europa. Me acompañaban para despedirme, mis tíos, Dolly, amigos, demasiados amigos... que no se distraían un segundo en otras personas o cosas. Y yo necesitaba hablar con Dolly, quería saber, inquirir, pues una ansiedad profunda llenábame de angustia. Por fin, aprovechando un instante de confusión, producida por un incidente sanitario, pude apartarme algunos minutos con Dolly.

La Comisión Sanitaria había descubierto entre los viajeros un enfermo contagioso, y le intimaban desembarcar. El pobre hombre, que por lo visto ignoraba su propio estado, sufrió un ataque nervioso; el clamor de su familia atrajo la atención del público, y yo pude dirigir a Dolly algunas preguntas. No recuerdo mis palabras; pero presumo que todas iban a converger en una sola. ¿Por qué

ya no era Dolly para conmigo la misma de siempre?; ¿qué cambio se había operado en ella y a qué obedecía?

—Habla — le dije por fin. — ¿Por qué no confías en mí? ¿Por qué no me consideras como un hermano?

—Porque no te puedo considerar lo que no eres...

Y al pronunciar estas palabras sus labios tuvieron un temblor que se trocó en una mueca involuntaria. Al pronto, no supe qué responder y por decir algo inquirí:

—¿No soy como un hermano para tí?

—No — replicó ella con firmeza. — No quiero que lo seas.

Y yo, desconcertado, pregunté:

—¿Por qué?

—Algún día quizás lo sepas.

En ese instante, el tañido agudo de una campana interrumpió nuestro diálogo. El vapor diponíase a zarpar. Inmediatamente sobrevino la confusión propia de esas despedidas. Mil voces se cruzaron a la vez, precipitando toda suerte de salutaciones.

Yo quedé como perplejo. Recibí y dí abrazos sin identificar a las personas que de ese modo me testimoniaban una vez más su afecto. Sólo veía el semblante de Dolly, demu-

dado, casi contraído, y de toda aquella confusión, y de todo aquel vocear, sólo persistía en mis oídos la voz de Dolly:

—Algún día quizás lo sepas...

El vapor ya se alejaba, y yo permanecía como enclavado en mi sitio, fija la mirada en la ciudad que se iba borrando en las brumas de un cielo plomizo.

Siguió un largo silencio.

Douglas parecía exhausto. Respiraba con celeridad afanosa. Apenas si sus manos revelaban alguna energía en la inquietud que las agitaba constantemente. Después, exclamó en un quejido:

—Y Dolly era hermosa como un ideal...

Desde que Douglas comenzara su relato, había logrado despertar en mí el deseo de conocer la verdadera causa de su dolor. Creí oportuno inducirle a detenerse en un punto de su narración, y le pregunté:

—¿Por qué dijo usted que Dolly "era"? ¿Acaso ha perdido esa cualidad?

—No — repuso. — Pero ahora tiene otra belleza más augusta: la del misterio. Dolly ya no es. Ha muerto. Yo la maté. Y desde entonces, su espíritu me persigue.

Al escuchar la confesión de Douglas, me incorporé sobresaltado. Y él, advirtiéndolo, se puso de pie bruscamente y se colocó ante la puerta, como para impedirme el paso. Luego, antes que yo articulase una palabra, se apresuró a decir:

—Es necesario que me escuche. Aún no conoce usted lo terrible de mi drama.

Y con un ademán imperativo me indicó la silla en que yo permaneciera sentado hasta ese instante. Comprendí la inutilidad de oponer una negativa a su indicación, y me resigné a escucharle. Douglas reanudó su relato con voz pausada y honda:

—Mi viaje fué penoso y me pareció interminable. La tristeza que embargaba mi alma, inducíame a buscar la soledad. Creía estar como bajo una amenaza, y cuando proponíame explicar mis inquietudes, me era de todo punto imposible concretar los motivos de eso que, en rigor, sólo eran aprensiones. Y sin embargo, había en ello tal persistencia, que un espanto indefinible dominó todo mi ser.

—Prometió usted explicar las circunstancias que le indujeron a asesinar a Dolly, — le advertí, impaciente ya por conocer la tragedia de mi desdichado amigo.

—¡No! — exclamó él con voz colérica. — Yo no he dicho haber asesinado a Dolly. Dije que la maté, que ocasioné su muerte; pero no soy ni culpable ni responsable de su muerte.

Y al decir esto lo hizo Douglas con tal congoja, puso en su voz un acento tan conmovedor, que me sentí subyugado.

Reanudó de nuevo el relato, precipitándolo en el desorden de sus palabras:

—En Europa no recibí de Dolly ninguna noticia directa; pero mis tíos no dejaban de hablarme de ella en sus cartas. En una me decían que Dolly desmejoraba hasta inquietarles. Y poco después me comunicaron que debía trasladarse a las sierras para restablecer su salud quebrantada.

Douglas, cuya voz se había ido apagando poco a poco, guardó silencio. Luego, como si quisiera librarse de una idea que le agobiara demasiado, dijo bruscamente:

—Yo esperaba ansioso noticias de Dolly, pocas líneas en las cuales me dijeran que su joven organismo había reaccionado. Una noche me hallaba en mi habitación del hotel, solo. Disponíame a releer algunas cartas, con el propósito de revivir impresiones de grata evocación para mí. De pronto se

oyó a mi lado un fuerte ruido, que me hizo estremecer; e inmediatamente sentí una punzada aguda en el corazón, que me obligó a lanzar un grito. Luego advertí que la luna del ropero se había quebrado, y que las líneas de la rotura formaban un corazón. Pero había allí un detalle que me impresionó profundamente. Al restallar el cristal, hizo que se saltara el azogue del espejo, y era como una mancha de sangre en medio del corazón. Pocas horas después, un telegrama procedente de las sierras, me anunciaba que Dolly había muerto.

Y Douglas dejó caer la cabeza entre sus manos.

Luego me explicó en qué consistía el favor pedido tan empeñosamente. Muy cerca de allí, a una hora más o menos, hallábase la propiedad donde había dejado de existir Dolly. Jorge Douglas "necesitaba" volver a esa casa y pedíame que le acompañase. Quería recoger un libro, el diario de Dolly, y faltábale ánimo para ir solo. El había pasado en aquella morada una noche al volver de Europa; y aquella noche ocurrió lo "terrible" de su historia, cuyos detalles prometíame relatar allí donde acontecieron.

Al día siguiente, Douglas y yo salimos a caballo. Era una tarde canicular. Abrasada por el sol, la tierra se resquebrajaba como si la sed anhelante de sus entrañas la desgarrase para recibir una lluvia largamente ansiada.

Después de sostenida marcha, transpusimos el valle, y nuestras cabalgaduras se deslizaron por un desfiladero donde un hilo de agua palpitaba como la única arteria viva en aquella aridez sitibunda. Tras corto andar, llegamos luego a una ladera, desde donde percibíase el camino que se extendía sinuoso en su blancura calcinada, hasta perderse detrás de un monte de algarrobos.

Cabalgábamos en silencio. A medida que se acortaba la distancia, Douglas iba siendo presa de una agitación febril: su boca se contraía, y un temblor angustioso le torturaba despiadadamente.

—Ya llegamos — dijo al fin.

Yo miré, y mis ojos no percibieron vivienda alguna. Nos hallábamos en una prominencia del terreno. Allá abajo advertíase una extensa perspectiva, que se escalonaba hasta el horizonte. A nuestra derecha, pero como huyendo de quien mira, algunas charcas bruñidas por el sol indicaban el ca-

nal de un río, y como bordeándolo, la simétrica extensión de una alameda.

—Allí es — añadió Douglas.

Ladeamos una cuesta, y entonces pude ver, medio oculto por las plantaciones, un edificio como no creía que existiese en lugar tan apartado.

Desde ese instante, la turbación de Douglas llegó a inquietarme, y confieso que no pude substraerme a su influjo. Y así llegamos hasta la verja de aquella morada, que tenía el aspecto de un pequeño castillo.

Salió a recibirnos un vejete, seco de carnes y mirada felina. Era Cristián, el encargado de cuidar aquel retiro. Cruzamos el parque, cuyo césped recortábase en prolijas combinaciones geométricas; y descendimos de nuestras cabalgaduras frente a una galería acristalada.

Pocas veces he tenido la sensación más absoluta del silencio. Hubiérase dicho aquél un lugar aletargado. De su conjunto desprendíase ese algo indefinible que caracteriza las viviendas deshabitadas. Había allí, es cierto, una mano cuidadosa; pero ese mismo afán de pulir acentuaba aún más la sensación de cosa inerte, sin vida. Hasta las plantas dijérase que languidecían en aquel

abandono ordenado y meticuloso. Una cosa sola revestíase de vida. Allá, recatado en la oquedad de los árboles, veíase un banco de piedra, y junto a él, un rosal todo florecido de rosas rojas, pero de un rojo animado y cambiante, como si en cada una hubiese no sé qué fuego interior.

El guarda, al notar que yo tenía la mirada fija en aquel sitio, se me aproximó, y en voz muy baja me dijo en tono confidencial:

—Allí es donde la niña pasaba horas y horas escribiendo en un libro. Yo llevo aquí muchos años, y no recuerdo haber plantado ese rosal...

—¡Las llaves!

Era Douglas, que de ese modo imponía silencio al viejo guarda.

Poco después, éste volvió con un llavero, que mi pobre amigo recibió con mano temblorosa.

Ascendimos la breve escalinata que da acceso a la galería, y penetramos en el edificio. Douglas me guiaba y yo le seguía silencioso. Cruzamos algunas habitaciones, casi a obscuras. La escasez de luz y el olor característico de toda habitación que haya permanecido cerrada algún tiempo, acentua-

ban aún más la depresión de mi estado de ánimo.

Douglas se detuvo ante una puerta, y el llavero comenzó a agitarse entre sus manos. Después de algunas vacilaciones me suplicó que abriese yo esa puerta. Lo hice, y entré primero, como para desvanecer en lo posible la emoción de Douglas. Y como adivinase la ventana detrás de un cortinado, la abrí, dejando entornadas las celosías. Douglas estaba inmóvil en el umbral de la puerta.

Hallábame en una pequeña salita, amueblada con exquisito gusto femenino. Un retrato al óleo llamó poderosamente mi atención. No he visto nada igual. Desde luego, pude advertir que esa obra había experimentado la más extraña de las transformaciones. Su aspecto era en absoluto ajeno a los propósitos del artista. Adivinábase, más que se veía, la imagen de una mujer sentada, joven, esbelta y de una rara belleza. Vestía traje negro, muy ceñido, de suerte que sus formas evidenciaban una admirable perfección de líneas. Negro era también el amplio sombrero, cuyas alas envolvían su frente en la penumbra. Destacábase la figura sobre el fondo de un piano. Pero todo ello aparecía desvanecido, esfumado, diáfano, como vis-

to a través de un velo y a cierta distancia. Era como si el alma que había puesto el artista hubiese huído de ese lienzo, dejando allí una sombra, atenuada en su propia palidez desvanecida.

Douglas, inmóvil en la puerta, me miraba como si se complaciese en la inquietud de mis impresiones.

—Ahora comprenderá mejor cuanto voy a revelarle — me dijo. Y cruzó resueltamente la salita. Abrió con nerviosidad la puerta que daba acceso a la habitación contigua, y pasamos por ella. En la inmediata, Douglas y yo nos detuvimos. Como las anteriores, ésta yacía casi en la sombra. Era la alcoba de Dolly.

Douglas guardaba silencio, y yo esperé. Comprendí que el secreto de mi amigo iba a serme revelado. Apenas si con una mirada furtiva intenté examinar el sitio en que me hallaba. Y como Douglas lo advirtiera, se dirigió a la llave eléctrica, y dió luz. Iluminóse tenue y vagamente la alcoba. Luego, mi amigo fué hacia un "secretaire", y abriéndolo, se apoderó de un libro que en él había.

—Este era el objeto de mi venida — dijo. Y con voz alterada y en un desorden

que precipitaba sus palabras y confundía sus ideas, me refirió cómo envejeciera en una noche.

Dolly habíale pedido un libro en blanco para anotar en él sus impresiones diarias, y Douglas había tenido el mundano capricho de encuadernar ese "diario" con un guante de "soirée" usado por Dolly. (Y mientras Douglas hablaba, oprimía el libro contra su pecho). Al volver de Europa, quiso visitar la morada donde se extinguiera su prima. Impulsábalo a ello una fuerza imperiosa. Llegó al caer de la tarde de un día de otoño. El campo estaba dorado y los árboles comenzaban a desprenderse de sus hojas amarillentas. Conversó largamente con el viejo Cristián, interrogándolo acerca de mil detalles. Dolly había venido con sus padres. Cuando llegó, según observara Cristián, no parecía estar enferma. Pero muy pronto comenzó a decaer sensiblemente. Se pasaba los días en un mutismo absoluto. Siempre que la interrogaban si quería algo, como para complacerla en sus más mínimos deseos, ella contestaba:

—No. Estoy bien así.

Entonces la pobre madre se iba para ocultar sus lágrimas. De Córdoba venía casi a

diario el médico; y muchas veces se quedaba hasta anochecido. Después, Dolly ya no pudo levantarse. Pasó algún tiempo. Una tarde vieron llegar al cura. Y después...

—Fué cuando me enviaron el telegrama — dijo Douglas.

Para conversar con el guarda, Douglas había fingido compartir la frugal comida de aquél. Con todo, la sobremesa no pudo prolongarse mucho, pues Cristián comenzó a dormitar, habituado como estaba a recogerse temprano.

—Entonces — dijo Douglas — vine a esta alcoba, y abrí casi maquinalmente el "secretaire", donde hallé el "diario" de Dolly. Me dirigí a esa habitación. (E indicóme la inmediata). — Allí, — continuó, — había velado una enfermera. Cerré la puerta, lo recuerdo perfectamente; y sentándome junto a esa mesilla, dí principio a la lectura. Leía con ansia febril. En el silencio de la noche sólo percibíase el ruido que produjera el volver de las páginas. De pronto, una profunda emoción me sobrecogió por entero. Acababa de leer en el "diario" de Dolly mi propio nombre. Quise percatarme de lo que seguía, y no me fué posible. Tuve la sensación de que las líneas siguientes se

hacían confusas, como si una mano invisible las borrase... En ese mismo instante oí en la alcoba contigua un ruido extraño, algo así como el roce de un vestido. Dijérase que alguien andaba en ella. Y casi en seguida, la puerta se entreabrió con suavidad cautelosa. Miré, y nada ví. Me incorporé entonces con viveza, dejando el libro abierto sobre la mesilla. Fuí a la alcoba, y tampoco vieron nada mis ojos.. Las puertas que comunicaban con las otras habitaciones permanecían cerradas. Pensé, entonces, que todo fuera ilusión de mis sentidos, algo sobreexcitados por razones bien fácil de comprender. Volví, pues, a sentarme junto a la mesilla para proseguir la lectura. Pero al tomar de nuevo en mis manos el "diario", noté que la página en la cual poco antes leyera mi nombre, ya no estaba allí.

Y al decirme esto, Douglas, me mostró el "diario", añadiendo:

—Mire usted.

En efecto, una hoja había sido rasgada.

Quedé perplejo ante aquella revelación inesperada. Un tumulto de impresiones contradictorias me llenaron de profunda inquietud. Y permanecimos así, como abisma-

dos en un silencio aterrador. Douglas, de pie, con sus ojos fijos en los míos, en una inmovilidad hipnótica. Yo, agitado y nervioso, con la mirada llena de interrogantes. ¿Qué se proponía Douglas? ¿Nada más que recuperar ese "diario"? ¿Con qué propósito?

—Con el de conocer la verdad, toda la verdad, — replicó Douglas.

Me estremecí al escuchar su voz. Yo no había articulado una sola palabra, y Douglas respondía a mi soliloquio mental. Su semblante se iluminó con una luz desconocida, y tenía en la mirada fulgores que jamás reflejaron pupilas humanas. Una serenidad inefable irradiaba y dulcificaba su expresión apacible.

—Creo que vuelvo a ser el hombre de otros tiempos — me dijo. Y añadió: — La revelación de este "diario" me libertará de las persecuciones que sufrí desde la noche terrible.

Y en verdad, Douglas parecía transfigurado. No sé si influían los reflejos de la luz dorada, o si era yo víctima de una fuerza sugestiva; pero es el caso que sus cabellos volvieron a recobrar la blonda tonalidad de otros tiempos.

—Ya no me perseguirá, ya no me perseguirá, — dijo con voz dulce y clara.

—¿Quién? — interrogué.

—Dolly, Dolly, su espíritu, su fantasma. Ya no me perseguirá. Todo me lo anuncia, todo...

Douglas había recobrado una serenidad, un dominio tan absoluto de sí mismo, que me impresionaban tanto como las febriles agitaciones precedentes. Y exclamó con un suspiro que parecía aliviar todo el peso de su alma atribulada:

—¡Ah, usted no sabe qué significa ser perseguido por un espíritu! — Y prosiguió:

—Está en todo, siempre, sin descanso, sin tregua, siempre, siempre... Vive nuestra vida, modificándola como una fuerza extraña y hostil. Y de ese modo nos obliga a participar de su otra vida... Es horrible... A veces, creemos verlo en el fondo de nuestros propios ojos... Y en la soledad, llena el silencio de nuestras noches... Y yo he vivido así, desde que desapareció la hoja de este "diario"... donde Dolly anotó las confidencias que nos unen en un mismo secreto misterioso. Es como si el alma de Dolly hu biese volcado aquí su esencia y su perfume. Yo sabré por fin la verdad, toda la verdad

que transfundió en sus páginas. Ha llegado la hora. Ella me lo dijo.

—¿Dolly?

—Sí, Dolly.

Douglas advirtió la interrogación que puse en mis ojos, y dijo:

—Me sería imposible determinar cómo pasé el resto de la noche en que desapareció la hoja de este "diario". Cuando amaneció salí en busca de Cristián para que me condujera a la estación, pues quería alejarme de esta casa, huir, lejos... El asombro y la turbación que se produjeron en Cristián al verme, tornaron a despertar en mí las horribles torturas de la noche pasada como en una pesadilla. Pero no imaginé que mi aspecto se había transfigurado tan extrañamente... Lo advertí en el tren, en mi compartimento... Desde entonces, no pude volver a mirar en un espejo mis propios ojos. Había visto en ellos un abismo aterrador... Llegué a Buenos Aires como un sonámbulo... Todo lo veía como a través de una niebla, borroso, confuso... incoloro... Cuando recobraba mi personalidad en la más perfecta lucidez, me acometían deseos súbitos de volver aquí, para apoderarme de este "diario", y apurar toda la verdad de

su contenido. A veces me despertaba de sobresalto... dispuesto a vestirme para correr a la estación, como impulsado por una fuerza indefinible y extraña. Entonces una voz opaca, apenas perceptible, bisbisaba a mis oídos:

—Todavia no ha llegado la hora. Espera.

Douglas hizo una breve pausa, y luego prosiguió con voz tranquila y lenta:

—Hace tres días llegué al pueblo sin que "nadie" contrariase mis propósitos. Pero ya en estos lugares, sin saber por qué, no podía resolverme a venir aquí... Al cabo de ese término, la misma voz pareció exhortarme:

—Ahora...

Y con acento cada vez más sereno y pausado, prosiguió:

—Fué cuando estuve a verle para que me acompañase. Es todo.

Y Douglas se incorporó, invitándome a salir de aquella alcoba. Yo le seguí. Mientras andaba, me dijo:

—Esta noche conoceré el secreto de Dolly y mañana le daré a usted todas las pruebas de mi gratitud por haberme acompañado a este sitio.

De pronto Douglas se detuvo, y dijo con viveza:

—Se me olvidó apagar la luz en la alcoba de Dolly. Usted perdone. Vuelvo en seguida.

Y se alejó, dejándome en la penumbra de una habitación contigua. Apenas habían transcurrido unos segundos, cuando me sobrecogió un grito sofocado. Luego tuve la impresión de dos personas que lucharan cuerpo a cuerpo, e inmediatamente después oí a Douglas que decía con voz quebrada:

—¡Déjame el libro! ¡Déjamelo! ¡Me pertenece! ¡He conquistado su verdad con todo el dolor de mi vida!... ¡Dolly! ¡Dolly!...

Y oí que un cuerpo se desplomaba en el suelo. Estremecido de espanto, sentí que la sangre se me helaba en las venas. Con todo, hallé el impulso necesario para precipitarme en la alcoba contigua, envuelta en una sombra de inquietante misterio. Al penetrar, tuve la impresión de que una forma vaga se desvaneciese como huyendo de mi presencia. Oí clara y distintamente sus pasos presurosos. Quise avanzar y tropecé con un cuerpo que me detuvo. Entonces dí luz, y pude ver a Douglas tendido en

el pavimento de la alcoba con el rostro contraído en una suprema expresión de angustia y las manos crispadas sobre el pecho. El "diario" de Dolly había desaparecido.

Me precipité afuera para llamar a Cristián, corriendo hacia su pequeño pabellón, y al pasar junto al banco de piedra, ví que el rosal de rosas rojas se había deshojado. Los pétalos caídos semejaban en el suelo manchas de sangre.

EL VOLTEADOR

Evelinda Montoya no tiene madre. Ella es la mujer de la casa. Cuida el rebaño y prepara la comida. Su padre, un serrano enjuto y recio, trabaja en la cantera, donde labra sillares de granito, destinados a la construcción del puente. Esta obra será de gran beneficio para el pueblo. Cuando se termine, y eso ha de ser muy pronto porque todos trabajan con brío, ya podrá la creciente salirse de madre. El caserío de la otra banda no quedará incomunicado, como ahora. Los vecinos "de por allá" no tendrán que vadear el río a caballo en procura de víveres. Por el "puente nuevo" no sólo podrán circular peatones, sino también toda suerte de vehículos.

La gente serrana comentaba esto con ver-

dadero orgullo. Además — la cosa era segura, — el día de su inauguración vendría el gobernador de Córdoba. Y había motivos muy atendibles para creer que el propio obispo bendeciría el puente. De todos modos, los trabajos adelantaban con satisfactoria rapidez. Ya se veía asentarse sobre las anchas y macizas pilastras los arcos de medio punto, firmes en sus curvaturas de granito. Sólo un accidente hubiera podido retrasar la obra, y quizás destruir en parte el trabajo realizado. Pero todo estaba previsto. El ingeniero había construído un dique provisional, allá arriba, casi al pie del rancho de los Montoya. El agua estaba detenida allí. Evelinda le veía aumentar, un día y otro, con vago temor. Parecíale que el agua quería subir hasta rebalsar por la compuerta del dique. El viejo Montoya sonreía tranquilo:

—No hay cuidao. A malhaya venga una creciente juertasa, y no ha'e poder con esa tranquera.

Sin embargo, alegrábase Evelinda cuando su padre daba vuelta a la manivela para dejar pasar el agua indispensable a la obra en construcción. Entonces veía conjurado todo peligro de rebalse. Una cosa anhelaba con

viva impaciencia: ver llegado el momento de que se abriese totalmente la compuerta del dique para admirar el desborde de las aguas "acorraladas". Todas las tardes, después de la faena, recibía al viejo Montoya con la misma pregunta:

—¿Cuándo va a ser, tata?

—Muy pronto, m'hija, y Dios sea bendito.

Evelinda Montoya había logrado atraer la atención de la mozada pueblera. Sus diez y ocho años estaban en flor. La tez morena se sonrosaba en sus mejillas, formando dos hoyuelos cuando sonreía. Su boca, de labios carnosos, era de una gracia "endiablada". Los ojos parecían acariciar cuando fijaban en uno su mirada dulce y profunda. Era fuerte y ágil, alegre y activa; y no realizaba tarea que no fuese acompañada de un cantar. Además de donosita era muy formal. De ahí que no pocos la codiciaran. Y algunos eran mozos de posición. Sin embargo, ella no respondía a los requiebros. Pasaba de largo, sin dejar de sonreír con cierta malicia a los cumplidos galantes.

—¡Está linda la moza!

La muchacha lo sabía, y, más que nadie,

lo sabía Cipriano Luna. Era el más experto. Un instinto seguro hacíale adivinar toda la exhuberancia de vitalidad comprimida en sus carnes recias. Era como un espléndido fruto en sazón. Nunca se había detenido a considerarla como ahora. Si él quisiera... Y se maravilló de que aun no lo hubiese intentado. Lo había hecho con tantas otras... Luego, tenía para él un picor estimulante: era esquiva y eso le gustaba. Presentía la resistencia, adivinaba la lucha, brava quizás. Mejor. Así era él. Los medios persuasivos no le cuadraban. Prefería los idilios bruscos y rápidos, de sorpresa, como de cazador furtivo. La persecución le enardecía. Y así como otros se dedican a cazar águilas, él se dedicaba a "voltear chinitas". El mujerío, que lo sabía, mirábale con recelo. Aunque tampoco faltó quien se hizo la encontradiza. ¡Qué diablos!

—¡Miren que camina lindo la donosa!

—¿Y se han fijao cómo son los ojos, que parecen de terciopelo? ¿Y qué me dice de la boca? Si parece una herida abierta por lo coloradita. ¡Dios bendito! ¡Amalhaya juese pa mí ese bocao! ¡Pero qué iba a ser, si a naide le hacía juicio!

Cipriano Luna no intervenía en la conver-

sación. Era fácil advertir que su pensamiento no estaba allí. A medida que los otros evocaban a la moza, él la veía ir y venir, según describíala el comentario admirativo de sus compañeros.

Sí, era linda. No había que hacer. Y la buscó, impulsado ya por todas las palpitaciones de su deseo.

Pero las cosas no fueron como él creyó.

Evelinda nunca estaba sola. "Leal" la seguía a todas partes. "Leal" era un mastín corpulento y de mandíbulas temibles. Los merodeadores no lo ignoraban. Hubiera bastado un ademán para hacerse destrozar la garganta. Evelinda sentíase muy segura a su lado; y por eso mismo no le produjo ningún temor la presencia de Cipriano Luna, cuando ocurríasele asomar por allí, repechando la loma. Se acercaba prudente, sin desmontar, y ya acalladas las amenazas del perrazo, contenido por la dueña, comenzaba el diálogo:

—¿Y? ¿Cuándo me da el contesto?

—En el querer no se manda.

—Pero si usted no tiene dueño.

—Ya vendrá.

—Por "ínter" quiérame a mí.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Pregúnteselo a la Lisarda, y a la Eduvigis, y a la Zoila, y a la Micaela...

—Diabluras que le achacan a uno, pa ponerle "piegras" en el camino...

—Y lo de la Rosario, la hija de mi comadre, ¿"tamién" fué diablura?

—Invenciones de la gente mal pensada, no más. Créame, mi prenda, a naide he querío como a usted la quiero, de endevera.

Pero no había medio. Y dispuesta Evelinda a truncar la cháchara, advertía maliciosa:

—Bueno, despídase ya mismito, porque Leal no consiente conversaciones largas...

—Puesto que usted así lo quiere, hasta la vuelta será.

—Eso es, y que le vaya bien.

Y Cipriano Luna se volvía, mordiéndose los labios, trémulo de rabia. "¡Miren que había sido ladina la muy zorra!"

Pero él se tenía la culpa. ¿Por qué andaba con tantos rodeos, en vez de atropellar? ¿Le faltaban agallas para el trance, a él, avezado a luchar cuerpo a cuerpo con pumas y gatos monteses?

¡Que no se diga!

Su fama de "muy hombre" databa de la mocedad, y era merecida. Fué en unas carreras, disputando con el ñato Filemón, gaucho entrañudo si los había. Pero, en un principio, la cosa no tuvo gracia, por lo despareja. Filemón era un paisano machaso, "capaz de voltiar una res a puño limpio", y Cipriano apenas si era un mocito tierno. ¡Qué se iba a comparar! Por eso no sorprendió a nadie cuando el ñato le golpeó la cabeza con el cabo del rebenque, causándole una herida. El entrevero duró muy poco. Cipriano se alejó sin decir nada, perdiéndose entre la muchedumbre que había venido a presenciar las carreras.

Filemón lucía su tordillo, recorriendo la cancha en demanda de apuestas. El incidente estaba olvidado. Comenzaron las partidas. Todas las miradas convergieron en los caballos dispuestos a disputarse la victoria. Cipriano Luna estaba de rodillas sobre el alazán, elevando la talla, como para dominar mejor la cancha.

—Doy veinte contra quince y voy al obscuro.

Era Filemón quien lanzaba ese reto, pasando muy junto a la hilera de mirones. En ese instante los que estaban cerca vieron un

espectáculo inesperado. Vieron a Cipriano Luna saltar sobre Filemón, como un gato montés salta sobre su presa. El tordillo se encabritó, espantado sin duda y, después de caracolear, se levantó en dos patas, dando en tierra con los dos hombres, que rodaron confundidos en uno solo. Casi en seguida, Cipriano se irguió de un brinco. Estaba transfigurado. Sus ojos relampagueaban de coraje. La diestra oprimía, nerviosa, el cabo del rebenque por el lado de la lonja. Y esperó, fija la mirada en el gaucho malo. Inmediatamente acudieron para separarlos. Pero Filemón no logró incorporarse sin ayuda: de la cabeza le manaba sangre, chorreándole por la frente y por las mejillas. Cuando el policía lo interpeló:

—¿Qué hais hecho, pícaro? — Cipriano contestó tranquilo:

—¿Y que no lo ve? Pues devolverle la gracia, porque no me gusta quedarme con lo ajeno.

Todos pensaron: "Cipriano ha firmado su sentencia de muerte". Mas Filemón no le buscó nunca, ni él volvió a meterse con el ñato. La cuenta quedó saldada. Pero desde entonces, ya se sabía en el pueblo quién era Cipriano Luna. Con todo, no sentó su fama

de bravura. Desafió el peligro más de una vez, pero no en provocar pendencias antojadizas. Luchas de igual a igual, con otro hombre, parecíale de escaso interés. A él le gustaban los trances bravos. Y cuanto más peliaguda era la cosa, mejor. Su índole agreste impulsábale a las empresas bravías, espinadas de obstáculos salvajes. ¿Qué incentivo podía tener para él apresar un águila ahita de carne, cuando las alas, pesadas ya, ni le permitían abandonar la carroña de su avidez? ¿Algún picotazo dirigido a los ojos? ¿Y eso a él? Iba hacia el águila sin vacilar, revoleando el poncho hasta envolverle la cabeza, y, después de atarle el pico adunco, la tomaba en brazos como si fuese una torcaz. ¡Vaya una proeza para tentar a un hombre de su temple! Lo del "chorriao" si era hazaña, ¡aijuna!

Fué en la estancia de don Ermelindo, un día de hierra a campo abierto. Entre la hacienda orejana venía un toro matrero, enfurecido por la arreada. Ya había corneado un caballo, poniendo en apuro al jinete. Cuando fueron a enlazarle, para hacerle dar con el lomo en el suelo y marearlo, los pialadores tuvieron que esquivar la embestida y retroceder más que ligero.

El "chorriao" lanzaba bufidos y escarbaba el suelo con la pezuña. Mala señal. Ahí estaban, sino, las astas enrojecidas por la sangre del caballo despanzurrado.

Cipriano Luna miró a la bestia brava, y afirmó, temerario:

—¿A que lo "muento" con la cara pa atrás?

Y sin esperar más, desprendió el lazo del anca del caballo, fijos los ojos en el "chorriao", que ijadeaba y seguía escarbando la tierra con las patas bisulcas, los cuernos bajos, prontos para acometer. La expectativa se hizo inquietante. De pronto, la bestia atropelló con furia. El jinete hincó las rodajas de sus nazarenas en los ijares del caballo, que se tendió a un costado, y esquivó la cornada salvaje. El toro pasó huyendo, escarnecido por la gritería de los pialadores. Entonces Cipriano revoleó el lazo, y cuando la bestia se hubo distanciado, soltó la armada con todos los rollos, que, viboreando en el aire, fué a cerrarse de golpe en las patas delanteras del toro. El tirón violento lo tumbó de lomo.

Un clamoreo admirativo respondió a la proeza. Cipriano gritó con voz firme:

—¡Venga el apero!

Los pialadores acudieron en algazara. Manearon al tumbado que resollaba ijadeando y en un santiamén lo ensillaron. Cipriano se colocó a horcajadas en la montura, con la cara "pa trás", y tomando la cola del toro a guisa de riendas, gritó:

—¡Agora!

Soltáronle las ligaduras, y mientras el toro se incorporaba, estremecido de terror, los pialadores huyeron a la desbandada, volviéndose luego asombrados a contemplar aquel alarde machaso. Primero fué un grito de entusiasmo frenético. Después sucedió un silencio anheloso. El toro pareció enloquecer. Daba saltos y tumbos, echándose de un lado a otro; se revolvía girando en remolino, sacudiéndose con violentos estertores, corría desenfrenado, se paraba de golpe, revolcábase en el suelo, se incorporaba otra vez, y dando corcovos lanzaba cornadas en todas direcciones. Pero el jinete estaba como enclavado en aquel tronco sacudido por todas las violencias. Sus piernas parecían incrustadas en los flancos sudorosos y humeantes de la bestia. Era imponente y grotesco a la vez. Aquel hombre vuelto de espalda a la cabeza del toro, sujetándole la cola a manera de rendaje, tenía algo de monstruo-

so. El grupo de paisanos le seguía, exaltándose en sus propios clamores. A cada brinco de la bestia, a cada sacudón, a cada golpe, respondía con alaridos ensordecedores. Por fin, el toro se detuvo, tembloroso, llena de espumarajo la boca, inyectados los ojos. Se le doblaron las rodillas, y cayó extenuado, impotente, vencido. Eso era Cipriano Luna.

¿Y ahora hacía befa de él una mocita chúcara porque la guardaba un "faldero"? ¡Juá, juá!

Algo apartado del rancho, en un bajío pedregoso, corría un hilo de agua, en cuyos bordes nunca escaseaba la yerba tiernecita. Allí se iba Evelinda con sus ovejas. Sentábase en una piedra, a la sombra, y las contemplaba triscar, con los codos en las rodillas y la cara apoyada en la palma de las manos. Solía permanecer en esa actitud las horas muertas, esperando que cayese la tarde para reunir su majada y emprender el regreso a la querencia. En realidad, quien realizaba la tarea era "Leal". Este iba toreando a los animales dispersos, y ya reunidos guiábalos al corralito, cercado de ramas secas y espi-

nosas. Unas veces, el mastín quedábase junto a la dueña, tendido a sus pies. Otras, tornaba al rancho, y solo volvía al caer de la tarde.

Cipriano mirábale con recelo. Era el enemigo. Nunca intentó una caricia con su dueña porque estaba seguro de que el perrazo se hubiera echado sobre él, dispuesto a despedazarle. Hasta se contenía en los requiebros. Y eso iba enardeciéndole más y más. El odio hacia "Leal" aumentaba, según sentía bullir en su sangre india el deseo contenido.

Una tarde se sintió como sobrecogido por un impulso indomable. Tomó con ademán brusco el puñal que estaba debajo de un jergón, probó el filo en el pulgar de la mano izquierda, luego lo agitó para apreciar la firmeza de la hoja, y, satisfecho del resultado, lo ocultó en su cintura. Después ensilló el zaino con rapidez inusitada, y echándose el poncho sobre el brazo, saltó a caballo, y se dirigió resuelto a la quebrada. Seguía el camino bajo, por el cañaveral, para que no le viesen acercarse. El pecho parecía dilatársele a medida que se acortaba el camino.

La primavera, anticipada allí, ponía un efluvio fragante en la atmósfera cálida. Los

sauces cubríanse de un verde tierno, los frutales estaban en flor, y las plantas abrían sus yemas a los brotes nuevos.

Cipriano también sintió renovarse la energía de sus venas palpitantes.

El zaino se detuvo, dócil a las riendas que lo sujetaron. Aun no había llegado, pero echó pie a tierra y ocultó el caballo en la cañada. Después comenzó a subir lento y cauteloso. Andaba echando el cuerpo hacia adelante, encorvado según lo exigía lo enhiesto del terreno pedregoso. Temía que "Leal" le viese asomar la cabeza sin darle tiempo a que ganara la loma. En ese caso lo arriesgaba todo. Ya a punto de llegar se detuvo, agazapado, conteniendo la respiración, atento el oído al rumor más leve. Y esperó. La quietud era absoluta. Entonces se incorporó como un felino, y vió el perro echado junto a la tranquera, no muy distante. Pero, a su vez, "Leal" había visto al intruso. Saltó ágil y elástico, lanzando un ladrido agudo. Al verse acosado con desventaja, Cipriano se afirmó en el pie izquierdo, hincando la rodilla derecha en el terreno en declive y esperó la acometida terrible. El perro se abalanzó rabioso contra el gaucho salteador. Este se encogió rápido, torciéndose a un lado,

y mientras le echaba el poncho a la cabeza hundíale el facón hasta la empuñadura. El mastín contestó con un grito extraño, y cayó sobre sus patas, rechazado por el golpe certero. Un chorro de sangre brotó de su pecho. Quiso acometer de nuevo, pero las patas traseras le flaquearon. Blanqueó los ojos, y mientras un temblor convulso agitábale el cuerpo, estiraba el hocico hacia donde encontrábase Evelinda, como si quisiera prevenirla del peligro inminente. El sacrificador ya pisaba en terreno plano. Limpió la hoja del facón en el pelo del animal agonizante, y envainándolo en la cintura, fué resuelto en busca de Evelinda.

Al oir el ladrido de "Leal", su dueña se incorporó de sobresalto, sin comprender el silencio que siguiera luego. El corazón parecía saltársele del pecho. Estaba inmóvil, rígida, como si todos sus miembros se hubiesen paralizado. Súbitamente, sus ojos brillantes se encontraron con la mirada ávida de Cipriano. Al verle, gritó con voz descompuesta:

—¡"Leal"! ¡"Leal"! ¡"Leal"!

Y como para escarnecerla, el eco repitió, lejano y confuso: ¡"Leal"!... ¡"Leal"!... ¡"Leal"!...

—No se me asuste, prenda. "Leal" no ha'e

venir. Pero naide la va a cuidar mejor que yo...

Entonces, lo comprendió todo. Obedeciendo a un impulso instintivo, echó a correr, despavorida. Tras corto andar se encontró cerrada por las rocas. Trepó a ellas, ganó a brincos una ladera, y jadeante, extraviada, enloquecida por el terror seguía huyendo, sin volver la cabeza.

—No te mi has de juir; a otras más pintadas hié voltiao.

Y sentía repercutir en sus oídos las pisadas multiplicadas de su perseguidor. De pronto Evelinda se detuvo. La montaña le cerró el paso. Antes que intentara cambiar dirección, como el tigre se echa sobre la presa, así se echó Cipriano sobre Evelinda, asiéndola cual si fuese a sofocarla entre sus brazos musculosos. Ella intentó debatirse, pero con un movimiento rápido, la hizo caer de espaldas. Aulló más que gimió al sentir ya inevitable la afrenta brutal; pero un beso de fuego le selló la boca.

Sonriente, Cipriano Luna miraba a Evelinda, que permanecía sentada en el suelo con la cara oculta entre sus manos.

—Bueno, aura no seas huraña.

Ella no contestó.

—¿Por qué no ibas a quererme si yo te quiero a vos?

Evelinda siguió callando, inmóvil, replegada en sí misma, como un ave herida. Cipriano aguardó unos instantes y luego dijo:

Me voy, prenda.

Entonces, Evelinda levantó los ojos. Un gran estupor reflejábase en ellos.

—Así me gusta: que no me dejes irme sin una miradita. Acompañáme hasta el bajo, ¿querís? Y le alargó las manos para levantarla del suelo.

—Sí — dijo ella, ofreciendo las suyas. Y se incorporó.

Emprendieron la vuelta. Cipriano le ceñía el talle mientras andaban en terreno llano. Cuando los bloques de piedra les obligaban a descender, saltaba él primero, y tomándola en sus brazos como una criatura, la besaba ardiente, antes de dejarla en el suelo.

—Mirá que mi hais hecho penar, mi prenda. Pero ya no ha e ser así, ¿verdad?

Y ella repuso:

—No.

Cuando llegaron donde "Leal" yacía en

un charco de sangre, Evelinda dijo con voz muy serena:

—No vayas a tu casa agora. Salíle al paso a tata, haciéndote el encontradizo, y lo acompañás un trecho, ¿querís? Pá que no maliceie lo de "Leal".

—Cómo no he'querer. — Y la estrechó en sus brazos con júbilo. Luego, al despedirse, le pidió un beso. Evelinda ofreció sus labios pálidos.

Cipriano fué a la cañada, montó a caballo y al tranquito, se le vió desaparecer en un recodo. Poco después, se internaba en el callejón del río, avanzando por la orilla arenosa. Desde allá abajo, se volvió a saludarla con la mano. Evelinda contestó al saludo con expresión cordial.

Cuando Cipriano Luna tuvo a uno y otro lado la montaña altísima, cortada a pico, Evelinda corrió al dique. En su carrera ni parecía rozar el suelo. Se apoderó de la manivela y haciéndola girar con ansia rabiosa, levantó la compuerta dejando paso libre a la catarata. El desborde produjo un retumbo que resonó con fragor en los paredones escarpados de la montaña. El agua desbordada corría bullendo, espumosa, como si tuviese prisa en alcanzar al jinete. El caballo se de-

tuvo bruscamente, parando las orejas. Cipriano, sobrecogido, se volvió a mirar; y al ver el río desbordado, dirigió una mirada horadante hacia Evelinda y gritó colérico:

—¡Ah, hija'e perra!

En ese instante, el rebullir impetuoso del río desencadenado, chocó en el caballo, arrollándolo en la corriente formidable. El jinete desapareció, arrastrado por el vértigo de la marejada. Por momentos veíasele aparecer en un punto, sumergirse de nuevo en otro, mientras las aguas se precipitaban cada vez más en el furor de su carrera desenfrenada. El cuerpo de Cipriano Luna chocaba contra las rocas, deteniéndose hasta que una corriente de mayor empuje arrancábalo de allí para lanzarlo, embravecida, contra otra piedra, como ensañándose con él.

Y desde arriba del dique, cual si hubiese enloquecido, Evelinda lanzaba gritos frenéticos. A cada vuelta de manivela, rugía con acento vindicador:

—¡Por la Lisarda! ¡Por la Micaela! ¡Por la Eduvigis! ¡Por la Rosario! ¡Y por "Leal" maldito!

EN EL DESFILADERO

Los esposos Durán ofrecían esa noche una comida a sus amigos de veraneo. Inauguraban en las sierras el chalet de su propiedad La sobremesa iba prolongándose, en mérito al sostenido interés de la conversación. Después de tratar asuntos muy opuestos, el diálogo cruzado tomó un giro bastante curioso motivando las opiniones más divergentes. Se trataba de si, en realidad, una persona puede o no encanecer de la noche a la mañana.

—¡Imposible!

—Son cuentos de vieja. (Allí no había ninguna).

—Yo no creo sino lo que veo, y nunca he visto semejante cosa.

Apenas necesito advertir que las más de-

cididas en negar el fenómeno eran las mujeres.

—Aquí viene el doctor; pregúntele a él si la ciencia admite semejantes paparruchas.

El doctor Soler, médico de la pedanía, era amigo de los Durán, pero sus deberes profesionales no le permitieron esa noche asistir a la comida inaugural. Iba ahora a tomar una copita de licor "para cumplir".

—¿De qué se trata? — preguntó después de saludar a los comensales.

—Pretenden que una persona puede encanecer en un abrir y cerrar de ojos. ¡Calcule usted!

Quien hablaba era una señora adorable. Su cabello negro y ondulado daba mayor realce a la blancura del rostro más finamente expresivo que he visto jamás. Ah, no, ella no debía encanecer nunca...

El doctor Soler miró a los cincrunstantes, y tras breve pausa dijo con voz firme:

—A este respecto, yo podría referir una historia ocurrida aquí en las sierras.

Y la señora adorable replicó vivaz:

—Si es impresionante, cuéntela, doctor.

—Lo es o, al menos, a mí me impresionó el presenciarla en su episodio final. Hela aquí:

Se refiere a la época de mi llegada a este pueblo. La gente sencilla no vió con agrado que viniese un médico a fijar aquí su residencia. Y lo manifestó con la esquivez huraña propia del nativo receloso. ''¿Qué sabía el de la ciudad de la gente del campo?'' ¿Acaso ''allá'' se vivía como aquí? ''¡Cualquier día se iban ellos a poner en sus manos!'' Para eso estaba el viejo Filemón, ''más baquiano que todos los médicos juntos''. Y nada de ''medecinas raras escritas en los papeles''. Con unos yuyos él salía del paso. Y muy pocas veces ''erraba el viejo''. ''Cuando se vía medio apurao, y el enfermo seguía mal, como retobao, le ponía una cruz formada con dos pajitas donde tenía el daño, y pronunciaba unas palabras que nadie oyó nunca, porque era secreto, y entonces el tumbao se curaba de fijo''.

Inspirábanles más confianza el curandero que el médico y, mucho más el ensalmo que la ciencia. Herido por la hostilidad del paisanaje, y poco dispuesto a soportarla, resolví abandonar el campo y volverme a la ciudad. Entonces tomaron cartas en el asunto las personas ilustradas e influyentes. Lo hicieron con tanto calor que, dicho sea de paso, yo estaba muy lejos de sospechar. ¡Có-

mo! — decían. — Hemos bregado años enteros para conseguir que viniese un médico, ¿y ahora lo vamos a dejar que se vaya así como así? ¡No faltaba más!

Uno de los que tomó el asunto con mayor interés fué Celestino Gómez, propietario de "Los Rosales", el chalet asentado en el rellano que da sobre el río. Vivía allí con su único hijo, un muchacho de veinte años, enfermo. El señor Gómez fué a verme y me hizo todo género de ofrecimientos. Era hombre de sólida fortuna y muy generoso. Por último añadió:

—Yo pensaba traer un médico por mi cuenta. Quédese, y aun soy yo el agradecido.

Y resolví quedarme, pero sin restringir mi acción al cuidado de su hijo.

Antes de mi llegada aquí, era preciso trasladarse hasta Cosquín para lograr médico; y, en caso de urgencia se moría uno sin auxilio de ninguna clase.

Yo iba a ver al señor Gómez casi a diario, y no era infrecuente que pasara las veladas en su chalet. Con la primavera, llegaban dos sobrinos suyos procedentes de la ciudad; y como acudiesen otras personas de las casas circunvecinas, las tertulias solían

prolongarse, pasándolo todos muy entretenidos. Sólo faltaba a ellas con frecuencia uno de los sobrinos del señor Gómez, Fernando, el mayor. Era éste un hombre joven, de presencia varonil y en extremo comunicativo. Tenía rasurado el bigote y peinaba su cabello castaño oscuro echándole hacía atrás. Su mayor deleite era saltar a caballo y salir por las sierras a la ventura. No conocía los caminos ni los senderos. Al principio trató de aprovechar las noches claras, andando al azar horas y horas. Pero de tal suerte se aficionó a estas excursiones, que muchas veces, salía aun siendo muy obscura la noche. Cuando se extraviaba y no le era posible orientarse para el regreso, dejábale al caballo las riendas sueltas sobre el cuello, y el montado, al tranco, volvía solito a la querencia.

Fernando llegó a cobrarle cariño al compañero de sus andazas: un alazán mestizo de pelo lustroso, alto de alzada, cabeza pequeña y patas finas. Le llamaban "Presumido". Debía su nombre a cierto empaque en la manera de andar. En efecto, parecía presumir, como si tuviese conciencia de su estampa arrogante. Fernando cuidábale con celo, y él mismo le distribuía las raciones.

En toda oportunidad le acariciaba, pasándole la mano por la testera. Y el alazán movía inquieto las orejas como si le escuchara. Todos los días, después del almuerzo, iba Fernando al pesebre, con la mano derecha metida en el bolsillo del saco. "Presumido" aproximábase a él, le tomaba con los dientes por la manga, tironeándole como una criatura caprichosa. Reclamába unos terrones de azúcar, a cuyo regalo le acostumbrara el mozo andariego. El alazán le seguía dócil y fielmente. Muchas veces lo ensillaba el propio Fernando, poniéndose en marcha a pie. Y tras del dueño iba el caballo.

Al iniciar sus correrías, sólo se le recomendó a Fernando que no se aventurase a cruzar el río internándose en el desfiladero. El paso era peligroso aun de día, pues se refugiaba allí una gavilla de salteadores, verdadero azote de la comarca. Se intentó combatirlos, enviando en su persecución partidas de hombres probados en esas lides; pero todo fué inútil. No lograron dar con ellos. Eran invisibles. Y los delitos se sucedían, sembrando el terror en una y otra banda. Quienes más lo sufrían eran los merceros ambulantes y los conductores de

hacienda, obligados a internarse en la quebrada. Según pudo inferirse, la última víctima de tan misteriosos cuatreros fué un comerciante sirio, desaparecido con su mercadería, sin dejar el rastro más leve.

Una noche, Fernando salió como de costumbre. Hacía un plenilunio espléndido. Los árboles tenían brotes nuevos, y los de durazno dijéranse cubiertos con flores de plata. Era tan diáfana la noche que se alcanzaba a ver la extensión del paisaje, detallado en todos sus planos.

— Hasta que se oculte la luna podré andar como si fuese de día — comentó Fernando con evidente satisfacción.

—No crea, señor, — le objetó un joven peón de la casa; — por aquel lao se ven nubarrones, y como no se levante un viento fuerte, tenemos agua después de media noche.

—Bueno, si la noche se pone fea, pego la vuelta. ¿Qué le parece?

— Muy atinao, señor.

—Hasta la vuelta,

Y todos auguramos:

—Buen paseo.

Le vimos alejarse al trotecito, proyectando una sombra nítida en el camino, donde re-

lucía el pedrusco de granito como lentejuelas.

A la mañana siguiente, al salir para visitar a mis enfermos, me encontré con el señor Gómez junto al portón de mi casa. Le saludé sorprendido. Y al preguntarle si ocurría algo, me dijo visiblemente turbado:

—¿Sabe, doctor, que mi sobrino todavía no ha vuelto?

Hice un ademán instintivo para consultar la hora, y él agregó presuroso:

—Van a ser las nueve.

Intenté tranquilizarle.

—Observe — me dijo — que Fernando nunca se retrasó tanto en volver a casa. No sé qué pensar.

Y clavó su mirada en la mía como para sorprender mis pensamientos más íntimos.

—Saldremos a buscarle — dije con torpeza por decir algo. En realidad estaba yo tan inquieto como él.

—Lo mejor será avisar a la justicia. El comisario es muy atento. Además es hombre probado. ¿Qué le parece, doctor?

Me pareció bien, y sin demorarlo más fuimos a la comisaría. La seguridad del pueblo descansaba en el comisario, un sargento y dos vigilantes.

El comisario tomó la cosa con verdadero interés. Preguntó a qué hora había salido Fernando, qué dirección tomó al salir de casa; y seguido del sargento, "milico de agallas", se dispuso a "rastrear" a Fernando, hasta dar con él.

—Ah, — dijo de pronto — es de suponer que no se habrá metido en el desfiladero. ¿Verdad?

—No lo creo. Mi sobrino conoce los peligros que ofrece.

—Muy bien, — repuso el comisario. Y se alejó, seguido del sargento.

Aguardamos con ansia la vuelta del comisario. Apareció al caer la tarde. Venía nervioso y de mal humor. Su larga recorrida resultó infructuosa. Nadie le supo dar indicios de la persona a quien buscaba. Nadiè le había visto.

El señor Gómez cayó en el mayor abatimiento al conocer los resultados de la pesquisa.

—Volveré a salir a la madrugada, — dijo el comisario; — seguiré otra huella.

Y como lo prometió, así lo hizo. Pero el resultado también fué negativo. Cuando lo supo el señor Gómez sufrió una crisis nerviosa que le dejó completamente postrado.

Habían transcurrido dos días. La noche era destemplada. Nos hallábamos sentados a la mesa, aunque nadie probara bocado. Las pausas se prolongaban, permitiendo que cada uno siguiese el curso de sus cavilaciones. Cuando alguien interrumpía el silencio, parecíanos volver a la realidad, despertando de un sueño febril. Los criados iban y venían como sombras. Por fin sirvieron el café y los licores. Y porque era el hábito, allí nos quedamos de sobremesa. Pero nadie comentó las noticias traídas por los periódicos, según la costumbre. Y así estábamos.

De pronto, se abrió bruscamente la puerta que daba a la galería exterior, y la figura de un hombre andrajoso, demudado, alteradas las facciones y los ojos llenos de espanto, se mostró en el umbral para caer en tierra boca abajo. La sangre pareció helársenos en las venas. Nadie atinó a moverse de su sitio. Luego, sobreponiéndonos a la profunda sacudida de aquella aparición, acudimos a socorrer al hombre que yacía tendido en el suelo, inmóvil. Nuestra turbación creció llenándonos de sobresalto al reconocer en ese extraño personaje al propio Fernando. Sus cabellos habían encanecido totalmente.

Le llevamos a su alcoba, donde tardó buen rato en recuperar el conocimiento. Al volver en sí, giró en torno sus ojos desorbitados, y se incorporó brusco en el lecho, tratando de huir. A costa de mucho bregar, pudimos reducirle a un sosiego relativo; y después de suministrarle un calmante, logramos conocer en sus pormenores la tragedia de aquel espíritu.

Estimulado por la claridad de la noche, Fernando dió en seguir un camino para él desconocido. Iba absorto, a tal extremo, que ni siquiera reparaba en los cambiantes aspectos del paisaje lunar. El aire era tibio y embalsamado. Y Fernando seguía su marcha en la quietud impregnada de misterio. Sólo a ratos fijábase en el nubarrón que parecía seguirle, como si tuviese el propósito de envolverle en su densa obscuridad.

Fernando sintió de improviso una brusca sacudida. Creyó que despertaba de un sueño de muchas horas para abismarse en una pesadilla. Se hallaba en el callejón del río, al borde de un despeñadero. El alazán procedía cauteloso, tanteando el terreno antes de afirmar las patas delanteras. Un paso en falso era bastante para rodar al precipicio. Practicado en un saliente de la montaña gi-

gantesca, el sendero era tan angosto que no permitía hacer evolucionar al caballo para volver atrás. Y prosiguiendo en la dirección que llevaba, iba fatalmente a internarse en el desfiladero! Fernando perdió toda serenidad. El corazón latíale con fuerza. Las sienes le palpitaban. Y "Presumido" procedía, lento y seguro, camino adelante. Allá, abajo, el río serpeaba plateado por la luna. El silencio era absoluto. Y en esa quietud de letargo, Fernando sentía que un zumbido persistente le acribillaba los oídos. Su angustia fué mayor cuando vió que, de improviso, la noche se entenebrecía. Poco después sintió aligerarse el paso del alazán, como si el camino fuese más holgado, indicio evidente de que ya se hallaba en el desfiladero. Fernando habíale dejado sueltas las riendas, según su costumbre en esos casos. De pronto vibró en la noche un agudo silbido, y el caballo se paró en tenazón: un golpe cimbrado se oyó junto a las patas delanteras del alazán, que se estremecía vibrante y convulso. Sobrecogido de espanto, Fernando sujetó las riendas, clavó las espuelas en los ijares del caballo, pero éste no pudo moverse por más que lo intentara. Sin duda alguna, "Presumido" estaba enlazado. Un temblor

extraño le estremecía convulso. Y poco después rodó al suelo, donde permaneció inmóvil.

Fernando comprendió entonces que era víctima de una emboscada, a merced de los bandidos dispuestos a ultimarle. Logró incorporarse con un gran esfuerzo: al desplomarse el caballo le había herido una pierna. Ni siquiera se aprestó a defenderse. ¿Para qué? Sólo disponía de un rebenque como única arma. Y esperó.

La angustia de los instantes que siguieron no tiene nombre. Solo, lejos, perdido en la noche, indefenso. Esperó. El recuerdo de los crímenes llevados a cabo allí, le indicaba cuál sería su fin. Y lo aguardó con la desesperada resignación que impone lo inevitable. Pero el tiempo iba transcurriendo y los agresores no consumaban su obra. ¿Por qué? ¿Con qué objeto prolongar esa agonía, más terrible que la muerte? A cada instante decíase a s ímismo:

— Es ahora, ahora....

Y creía sentir el filo del cuchillo alevoso que desgarrase sus carnes, o el golpe traicionero que lo hiciera rodar al suelo como a su caballo, para ser ultimado después a man-

salva. Pero el tiempo iba pasando y los salteadores permanecían ocultos.

En esa espera aterradora sus ojos llenos de espanto vieron de pronto que el cielo comenzaba a clarear allá en el horizonte. Y Fernando se estremeció como sacudido por un estertor de agonía. Aquella vislumbre era sin duda el anuncio de su muerte próxima. Los bandidos no podían aguardar que avanzara el día para poner fin a su obra. Contuvo la respiración, dilató las pupilas como para horadar la sombra, y esperó devorado por una fiebre enloquecedora. Pero el horizonte fué adquiriendo un ténue claror diáfano, al tiempo que empalidecían las estrellas. Rayaba el alba. Entonces miró con ansia en torno suyo, y al fijar en el suelo sus ojos de alucinado, vió una enorme culebra muerta, enroscada en las patas delanteras de su caballo yerto.

EL HOMBRE QUE PERDIÓ LA VOLUNTAD

Aquella tarde mi trabajo apremiaba. Tenía que entregar a la imprenta varios pliegos corregidos. Sentíame muy dispuesto a librarme de tan engorrosa tarea. Cuatro o cinco horas de paciencia pondrían ¡por fin! término a los requerimientos, no siempre pertinentes, del editor. Me senté, pues, a mi mesa de trabajo, pero en el preciso momento en que iba a comenzar la faena de liberación, me anunciaron la visita de Alberto Castro y Jorge Silva. Soy fatalista como un moro; y, por eso mismo, pensé: "Estaba escrito..." No podía negarme a recibirles. Y aún hay quien afirma: "Soy dueño de mi voluntad y de mis actos", "Hago lo que yo quiero y dispongo a mi albedrío". ¡Majaderos! Re-

cuerdo cierto día en que... Pero no: esto será motivo de otro cuento.

Hice pasar a mis amigos, resignado. Apenas si éstos me dirigieron un saludo, atentos a la discusión que traían sabe Dios de dónde.

—Esas son paradojas — decía uno.

—Refútalas si puedes — replicaba el otro.

—Pues no se necesitan grandes argumentos — oponía aquél.

—Bastan los necesarios — argüía éste.

Y como para hacerme participar en la controversia, Alberto se dirigió a mí, diciendo:

—Figúrate que pretende sostener... — Y, encogiéndose de hombros, añadió, desdeñoso: — Vamos... eso es absurdo.

Jorge era el hombre de las discusiones. Nada le complacía tanto como un debate. Era, puede decirse, su vocación más netamente definida. Controvertir un principio aceptado, oponerse a una idea generalizada, atacar un sentimiento de profundo arraigo, le llenaba de fervor hasta enardecerle. Y discutía siempre, en todo momento, con cualquier motivo, por un simple pretexto si no existía una causa atendible.

—¿Puede saberse de qué se trata? — inquirí.

—Jorge sostiene que no existen mujeres fatales.

—Es claro — replicó Jorge con viveza:— para que exista una mujer fatal, es necesario que haya un hombre tonto.

—Conozco la frase: ha corrido mucho.

—Como todas las verdades.

—Pues, aun admitiendo al hombre tonto, complemento necesario, tú no excluyes a la mujer fatal, parte también complementaria del "phatos" o fatalidad.

—Digo que la pretendida fatalidad de la mujer está en el hombre, única y exclusivamente en él. ¿Qué es, en suma, una mujer fatal? ¿La que no nos ama o ha dejado de amarnos si nosotros continuamos queriéndola? Según eso, fatal es todo imposible. Con semejante criterio, la fatalidad está en todas partes: en el fuego que nos abrasa, si nos metemos en él; en el río, si pretendemos andar sobre las aguas; en el espacio, si se nos antoja pasar de un techo a otro de enfrente caminando en el aire. Podría multiplicar los ejemplos.

A este punto pregunté:

—Pero, ¿qué entienden ustedes por "mujer fatal"?

—Aquella que nos extravía de algún mo-

do, quebrantando nuestra razón, o debilitándola, que es lo mismo — explicó Alberto.

—¿Pueden admitirse esas niñerías?

—"Deben" admitirse — insistió Alberto. — Fatal no es solamente la mujer que nos induce a suprimirnos. Es también la que nos absorbe, aniquilándonos. Es, asimismo, la que nos impulsa al delito, perpetrado a veces en ella.

—No prosigas; no añades nada a tu definición primera — objetó Jorge.

—Defínela tú mejor.

—Pero, ¿cómo voy yo a definir lo que no existe?

Alberto opuso un gesto de fastidio. Jorge preguntó:

—Veamos: ¿crees tú, acaso, en el fatalismo de las agujas?

—Ya vuelve a las paradojas.

—¿Paradojas? Acuérdate de la novia de Enrique: el pinchazo de una aguja descompone su sangre, es decir, le produce una septicemia y le ocasiona la muerte.

Existen, como ves, agujas "fatales".

—Muy bien — dijo Alberto, dominando su contrariedad: — admito la premisa. Pero el que se necesite un hombre "propenso" a volverse tonto, no excluye a la mujer "capaz"

de volverle tonto. Aunque te molesten los ejemplos, opondré esto: para hacer un borracho se necesitan, por igual, el alcohol y quien lo beba.

—¿Es tu último ejemplo? Pues resulta el peor de todos para la tesis que sostienes: el alcohol es fatal porque existen borrachos, que son los tontos de la embriaguez. La fatalidad, mi querido Alberto, no está en la naturaleza del alcohol. Por el contrario, éste es excelente, y hasta indispensable en dosis reguladas, del mismo modo que el arsénico y la estricnina.

A no dudarlo, Jorge le aventajaba en dialéctica. Luego discutía con mayor serenidad, calculando el efecto de sus argumentaciones. Alberto lo comprendía, y al perder terreno, poníase nervioso, excediéndose, a veces, en la acometida. Yo intervine para impedirlo:

—Veamos — pregunté a Jorge, — ¿qué idea tienes tú de la mujer?

—La mejor — replicó; — la mejor porque no la hago responsable de nuestros extravíos, por no emplear una palabra más enérgica y también más exacta

Y tras breve silencio prosiguió:

—Cuando reaccionamos es porque nos impulsa la ferocidad sexual: amamos el amor.

no la mujer. Por eso se rebela el bruto, y mata lo que no ha sabido retener en la conquista de todas las horas y en el amor continuado. El verdadero amor persiste aún en el desvío; más: se acrecienta en él. No destruye, pues, el objeto amado. No admito, no puedo admitir que la solución del amor sea la muerte. El amor está en nosotros, no en la reciprocidad que puede suscitar en quien lo motiva. Y ese amor no se apaga en el sombrío impulso de un instante. El odio sí emponzoña y destruye; pero no el amor. Y no se nos diga que el odio es, con frecuencia, una forma del amor. Es grotesco pretender hermanar lo antinómico por definición.

—¿Entonces, lo que en nosotros mata es el odio? Según eso, ¿niega usted el crimen pasional?

Al escuchar estos interrogantes, nos volvimos sobrecogidos. Era Lisandro quien acababa de proferirlos. Nadie le había visto ni oído entrar allí.

Hallábase en un ángulo de la habitación, junto a una biblioteca, pegado a la pared. Su voz parecía venir de muy lejos. Estaba visiblemente turbado. Nadie atinó a contestarle. El silencio que siguió nos indujo a

mirarnos y, de momento, no atinamos a salir de aquella situación embarazosa. Las preguntas de Lisandro Dorival, sin embargo, eran lógicas, encajaban perfectamente en la controversia. ¿Por qué, pues, nos sorprendían? ¿Debíase ello a su estado de sobreexcitación a la mirada insistente de sus ojos febriles, al tono de su voz poco segura?

—¿Creen ustedes que estoy loco, no es así?

Esta nueva pregunta de Dorival, acabó por desconcertarnos.

—No me sorprende — añadió tras breve pausa. — Nada me sorprende desde que perdí la voluntad. — Y una sonrisa triste, de una tristeza desgarradora, contrajo sus labios trémulos. Después, siguiendo sin duda la ilación de un discurso interior, prosiguió diciendo:

—Pero la mujer fatal existe. Yo no sé si es porque actúa en algo que ya está desquiciado en nosotros; pero "ella" existe. Si no fuese así, "lo otro" sería horrible.

Esto lo musitó, para sí mismo, a modo de justificación. Hizo después un brusco ademán, y dirigiéndose a Jorge, le interpeló:

—¿Por qué niega lo evidente? — Luego, dulcificando su voz, añadió con humildad:

—¿Acaso no vemos todos los días cómo un

hombre llega al extravío exaltado por la pasión? ¿Por qué niega usted lo que no rechazan las leyes y admite la ciencia? El amor es exaltación; según se encauza nos irradia e inspira grandes acciones o nos ofusca y caemos en la degradación del crimen. Ocurre a cada instante. Usted no lo ignora; usted no puede ni debe negarlo.

Y se dejó caer exhausto en una silla, cual si hubiese realizado un esfuerzo que agotara sus energías. Los demás nos quedamos perplejos. Apenas si nos atrevimos a interrogarnos recíprocamente con la mirada. No sé por qué asocié al nombre de Lisandro el recuerdo penoso de Carmencita Almeida. Nadie se atrevía a interrumpir ese nuevo silencio. Una vaga sensación de malestar se adueñó de nosotros, pues no sabíamos a qué atenernos. Yo no lograba disimular mi inquietud. Hallábame en presencia de un Lisandro Dorival desconocido, transfigurado. Después del trágico accidente de Carmencita Almeida, habíale visto decaer y agobiarse hasta preocupar a sus amigos. Se tornó huraño y nada comunicativo. Apenas si de tarde en tarde me visitaba, pero sin poner mayor cordialidad en nuestros breves diálogos. Venía, cruzábamos un saludo, no muy efusivo por cier-

to; dirigíase luego a mi biblioteca, sacaba un libro, hojeábalo con displicencia, volvía a dejarlo en su sitio, se detenía después a leer el título de otros en los tejuelos, y, por último, se marchaba. Pero todo ello hacíalo con desgano, sin ninguna curiosidad, casi en forma automática. Desde luego, era fácil advertir que su espíritu estaba ausente. A todos nos condolía verle en ese estado y más aún conociendo la causa de su íntimo quebranto. Quizás me llegara a mí más a lo hondo, pues fuí, hasta cierto punto, testigo de su tragedia. Con todo, nunca le había visto como esa tarde.

Jorge no cesaba de mirarle. Acaso "sintió" Lisandro la mirada persistente de aquél, porque, incorporándose, le miró a su vez con fijeza para interpelarle:

—¿Cree usted que hay en mí algún estigma, alguna tara? ¿Supone usted que el fondo obscuro de mi conciencia puede ocultar un crímen?

—¡No! ¡No! — se apresuró a decir Jorge con viva inquietud.

—¿No, verdad? — Y sin darle tiempo a ratificar su denegación, añadió con voz alterada:

—Pues yo maté. — Luego, añadió enca-

rándose conmigo: — Todos creyeron que Carmencita Almeida se despeñó y rodó al abismo por un accidente, ¿verdad? Pues no: fuí yo quien la precipitó a él, yo, enloquecido por ella.

La estupefacción más inquietante se reflejó en nuestros rostros.

—Ellos pueden creer que estoy loco — añadió, indicando a Jorge y Alberto; — pero usted no, usted no, porque usted sabe que digo la verdad. — Y subrayaba con fuerza las palabras "usted sabe".

—Ellos pueden pensarlo, como lo piensa el médico legista; pero usted no. Y agregó con amargura: — Pero si es cierto que me manché con un crimen, no lo es menos que estoy castigado porque perdí la voluntad. Por eso no me creyeron en la policía cuando fuí a constituirme prisionero. No pude probar mi crimen.

—¿Y de qué modo ocasionó usted la muerte de la señorita Almeida? — pregunté con profundo desagrado.

—Voy a referirlo. A usted se lo puedo decir todo, pues usted comprenderá cosas que otros no alcanzan. Pero no me interrumpa.

—Hable usted: nadie le objetará a usted nada.

—Muy bien... — dijo. — Usted, como todos, advirtió que Carmencita y yo intimamos a poco de llegar a Capilla del Monte. La mamá no miraba nuestra inclinación con malos ojos. En las cabalgatas era yo el compañero de Carmencita, así como era su acompañante en las excursiones. Luego, usted lo ha visto, en los bailes del hotel formábamos ella y yo una pareja indivisible. ¿Exagero?

—No — repuse con seguridad. Lisandro continuó:

—Llegamos, pues, a tratarnos con verdadera confianza, de suerte que un día se prestó a mis experimentos de hipnotismo. Era Carmencita muy nerviosa, y extremadamente sensible. La sugestioné con suma facilidad. ¿Lo recuerda usted?

—Sí; prosiga — repliqué impaciente.

—Las sesiones de hipnotismo se repitieron una y otra vez con todo éxito. Nadie permanecía extraño a las incidencias de aquellos episodios. Una noche — y Lisandro se llevó una mano crispada al corazón — una noche, mientras Carmencita hallábase adormida bajo mi influjo hipnótico, alguien me dijo: "Pregúntele si lo ama". Esta indicación hizo que la mamá interviniese prontamente y me intimara con enojo: "¡Despierte usted

a mi hija! Esto es intolerable''. Obedecí en el acto, casi a pesar mío. La madre tomó a Carmencita del brazo, y mientras la apartaba de allí, decíale en todo reprensivo: ''Estas bromas no son de mi agrado y se acabaron ya definitivamente''. Noté que algunos me miraban y sonreían con sorna. Lo noté; no trate usted de negarlo: ¿Por qué lo hacían? Además, yo tuve la confirmación de mi sospecha. Nadie ignoraba allí que yo le había hablado a Carmencita en ese sentido. ¿Por qué se me indicaba que la interpelase de manera alevosa? Por otra parte, si la madre apoyaba mis pretensiones, como era evidente, ¿por qué ''temió'' que interrogara a su hija? Por lo que yo, usted y todos habíamos observado desde la llegada de Salazar. — Y con nerviosidad creciente continuó diciendo:

— Carmencita no era como antes había sido. Me eludía; y, sin dejar de ser correcta, evitaba hallarse a solas conmigo. Ahora, la casualidad hacía que siempre se encontrara junto a Salazar, Ernesto Salazar. Desde que habló con ella, no me fué posible verla sin testigos. En vano traté de aprovechar el menor instante para dirigirla una palabra de súplica. O no contestaba o fingía no oírme; y alejá-

base como si huyera, huyendo, mejor dicho, de mi lado.

Hubo un silencio. Dorival oprimíase las sienes, como para acallar el tumulto de sus evocaciones.

—Una tarde — prosiguió — al cruzar el corredor del hotel, nos encontramos Carmencita y yo cara a cara. La interrogué: ¿Ya no siente usted por mí ningún afecto? Contésteme con franqueza, Carmencita, se lo suplico. ¿Ama a Salazar? "¡No diga usted disparates, por Dios!" replicó, y se alejó riendo. ¡No quiera usted saber cómo sufrí desde aquel instante! Después, viví, puede decirse, al atisbo de cuanto la rodeaba. Sus gestos, sus ademanes, sus miradas, todo, todo lo analicé yo, relacionándolo con su esquivez para conmigo. Una cosa huía a mi razón: ¿por qué negaba Carmencita inclinarse a Salazar? ¿Sólo proponíase darme celos con él, y vengarse de algo que yo, sin advertirlo, había hecho causándola enojo? Las hipótesis iban sucediéndose minuto tras minuto, pero ninguna era lenitivo a mi quebranto desgarrador. Los celos me atenazaron ahincadamente, y a tal punto que ya no podía contener mis impulsos agresivos. Ansiaba provocar al intruso, y definir con él aquella situación in-

sostenible. Por fin me asaltó una idea, una idea diabólica; al concebirla, me estremecí de júbilo. Después tuve miedo de mí mismo. Sostuve una lucha que hacía restallar mis nervios. Nunca vi en mis ojos un brillo más siniestro; pero jamás he sentido con mayor intensidad su poder multiplicado. Era como si un maleficio asomara a ellos. Quise experimentarlo... Y entré en el salón, fijo en esa idea, tenso el espíritu, firme la voluntad concentrada. Busqué a Carmencita. Hallábase en un grupo, no muy próxima, vuelta de espaldas. Puse todo el flúido de mi energía hipnótica en un acto de afirmación imperiosa, y la fijé en sus ojos que, sin embargo, yo "no podía" ver. Un ligero temblor la hizo estremecerse, y se volvió para fijar su mirada en la mía. Interrumpí el flúido en el acto. Carmencita se pasó una mano por la frente, como si acabase de tener un vahido. Me dejé caer en un sillón, loco de alegría: aquella mujer estaba definitivamente sujeta a mi voluntad. No era menester un contacto directo para someterla a mi albedrío. A partir de ese instante, yo podía hacerla vivir a mi antojo, infundirle sensaciones de toda índote, despojándola de su verdadera personalidad. Estaba seguro; no obstante, quise impo-

nerme una última prueba: iba Carmencita del brazo con Salazar; sus ojos y los míos no cruzaron ninguna mirada, y "sin embargo" la detuve y la atraje. La intimé que se prestara a una sesión de hipnotismo. Accedió... Fué cuando nos interrumpió la mamá, temiendo que le preguntara si aun me quería...

Lisandro hizo una pausa. Respiraba afanoso, con fatiga, los ojos fijos en el vacío. Luego, reanudó su relato:

—Dos días después efectuamos la proyectada excursión al Uritorco, según recordará usted. Partimos en cabalgata formando parejas detrás del guía, que se adelantó con la mula carguera. Sin contar el guía, integraban la expedición cinco mujeres y cinco hombres. Habíamos convenido pasar la noche en la cumbre del Uritorco y regresar a Capilla del Monte al día siguiente. Las muchachas dormirían en la carpa, y al raso los hombres. Emprendimos la marcha con verdadero júbilo. A los saludos se agregaron las recomendaciones que las mamás hacían a cada una de sus hijas: "Cuidado con ser imprudentes en el camino al bordear los precipicios", "abrigarse bien por la noche", "no separarse nunca de los demás para prestarse

ayuda mutua si las circunstancias lo requieren''. Hasta que nos alejamos. Yo esperé ver llegado el día de esa cabalgata con indecible anhelo. Lo esperé como se espera algo definitivo en la vida. Porque, pensé, durante el trayecto me sería fácil hablar con Carmencita, interrogarla, conocer la verdad en todos sus pormenores. A cada instante se me ofrecería una coyuntura propicia para acercarme a ella y, de ese modo, acaso llegara de nuevo a su alma, y despertaría otra vez su cariño que ya comenzara a sentir por mí. Yo no admitía que antes fingiese al dedicarme sus preferencias. Debió ser sincera. Lo fué sin duda.

''Cruzamos el río, y vi que Carmencita y Salazar iban delante, junto uno al otro. Pero eso debió ser casual. No pensé que ''ella'' lo hubiese hecho con el propósito deliberado de evitarme como compañero de excursión. Poco después, al internarnos en un terreno pedregoso orillado de ''pilcas'', el sendero no permitía andar en parejas: la columna se alargó ,y yo me vi obligado a relegarme aumentando la distancia que me separaba de Carmencita. Seguíala inmediatamente Salazar, con quien hablaba sin interrumpirse.

''Alguien anunció que la lluvia nos sor-

prendería en el camino. En efecto, poco después comenzó a sentirse un aire frío y húmedo. Perdóneme usted si mi relato se extiende con nimiedad en sus evocaciones. No puedo evitarlo. Tengo la impresión de que mi vida se ha detenido en ese día. Mi sensibilidad, sobreexcitada por mil sensaciones convergentes, agudizó todos los recuerdos de aquellas horas. Así los objetos tomaron un relieve tan vivo, tan pronunciado, tan definido, que fué como si todo yo lo hubiese visto por primera vez. Se afirma que el niño y el salvaje ven mejor las cosas que el adulto y el hombre civilizado porque las ven tales como son ellas. No las deforma la impresión producida en los demás transmitida luego con una imagen alterada.

"¿Recuerda usted, a poco de pasar el río, un árbol que se veía entre las peñas de la otra orilla? Era un árbol negro, seco y hueco. Tenía dos troncos axilares a manera de brazos abiertos. Yo no sé si habíalo quemado el hombre o el rayo. Así como se ofreció a mi vista, semejaba una persona en cruz carbonizada. Nunca se borrará de mi memoria aquel árbol de expresión verdaderamente humana, erguido en la montaña desierta. Hubiérase dicho que experimentaba la honda

tristeza de hallarse solo en la muerte...

Al llegar aquí guardó silencio, y fué para nosotros un alivio. Acaso él mismo advirtió que divagaba, pues volvió al tema de su relato, con cierta nerviosidad.

—La caravana — dijo — hizo alto en un rellano: era menester proveerse de algunos troncos para afirmar la carpa allá arriba. Más adelante, cuando comenzara la ascensión del Uritorco, ya no hallaríamos árboles de donde cortar los postes indispensables. Con ese motivo echamos pie a tierra alborozados. Todo nos regocijaba, hasta las cosas menos significativas. El estado de ánimo era tal, que, al ser sorprendidos allí por la lluvia, nos alegramos como si fuese algo realmente propicio. Y acudimos a nuestros impermeables con algazara, felices de que ese contratiempo ofreciese alguna dificultad a la excursión. Ya sujetos los troncos a uno y otro lado de la mula carguera, emprendimos de nuevo la marcha; pero esta vez con mayor brío, pues a partir de allí comenzábamos, realmente, a escalar la montaña más alta de Capilla del Monte. Cesó de llover, pero el cielo continuó encapotado. La caravana proseguía jubilosa. Una frase, una observación, un comentario cualquiera, continuaban siendo motivo de re-

gocijo. Yo también intervenía a ratos, cuando las sinuosidades del sendero nos agrupaban. Yo estaba alerta conmigo mismo, vigilándome para no dejar traslucir mi quebranto interior, aunque nadie concedía mayor atención a mi persona. "Nadie". El interés de todos convergía en Salazar. Dominaba; era evidente. Escuchábasele como se escucha a un "cicerone" ilustrativo. Nunca había subido al Uritorco y, sin embargo, sus indicaciones se escuchaban con viva complacencia. Carmencita parecía beber las palabras de Salazar, tanta era la atención con que oíalo departir sobre esto y aquello. El camino procedía en curvas enhiestas, haciéndose cada vez más escarpadas las anfractuosidades de la montaña. Poco a poco íbamos dejando a nuestros pies la hondonada, esa misma que, más adelante, se convertiría en temible precipicio. El guía se detuvo y nosotros hicimos alto. Nos hallábamos en un sendero de escasa amplitud. A los de atrás no nos era posible desmontar: teníamos, demasiado próximo, el paredón fragoso de la montaña a la izquierda, y el vacío a la derecha. Debíase el percance a la mula carguera. La carpa y los víveres eran de considerable volumen, y al andar el animalejo, se le corría la cincha in-

clinando a un lado todo el peso conducido. Los que estaban próximos al guía le ayudaron a equilibrar el transporte, y emprendimos de nuevo la marcha. Pero el percance tornó a repetirse una y otra vez hasta hacerse molesto. Tras cortos trayectos era necesario interrumpir el camino, y esperar. Entonces cada uno dedicábase a "ver" el paisaje. Desde luego imponía su aspecto bravío y su grandeza vertiginosa. Todo era variado en la forma y en el color; todo estaba lleno de sorpresa, como si a cada instante el capricho de una fuerza obscura hubiera puesto a prueba una imaginación regida por lo gigantesco. En aquella multiplicidad sin límites, no se veían dos aspectos iguales, o análogos, o parecidos siquiera. Una forma se oponía a otra, sucesivamente, y así en todo momento, tras corto andar, ya apreciáramos las profundidades de un desfiladero, ya contempláramos extensiones panorámicas. A mí llegó a torturarme una idea fija: ¿cómo vería toda esta magnificencia Carmencita, comentada por Salazar? ¿Hasta qué grado participaría ella de las sensaciones de él? Porque Salazar no callaba, máxime en los altos de la caravana. Y sorprendía en todo momento. No es que dijera nada extraordinario. Cuan-

do el terreno lo permitía, cada uno aproximaba su cabalgadura para escucharle mejor.

—"Nos hallamos en las montañas más antiguas del mundo" — advertía.

—"¿Estas," — interpelaba alguien con asombro.

—"Estas, sí. Su cronología se remonta a la formación de la tierra".

—"¡Jesús!" — exclamaba Carmencita.

Y si alguien apuntaba: "Esto debió ser el fondo del mar en una época remota", él oponía prontamente:

—"No: estas montañas son de origen plutónico, es decir, volcánicas. Su naturaleza granítica lo dice." Y deslizaba toda una disertación de orogenia. Luego hacía admirar el plano inclinado de una ladera cubierto de paja brava, observando cómo al ser ondulada por el viento la hierba tornasolaba su color amarillo grisáceo. Las indicaciones siempre eran exactas y de efecto seguro. Para todo tenía una explicación. Ahora presentábasele otra oportunidad, y él, solícito, explicaba cómo un hilo de agua invisible iba filtrándose poco a poco en un intersticio de la montaña hasta conseguir partirla, originando, a veces, desprendimientos pavorosos. "Allí están, para comprobarlo, esos enormes

bloques que ninguna fuerza humana hubiera podido trasladar sobre aquella meseta, aislada por el abismo''. Y esta vez, como todas, era exactísimo el ejemplo indicado.

Lisandro Dorival se interrumpió incorporándose bruscamente. Nos miró con expresión extraviada, y como quien se dispone a marcharse dijo:

—No puedo proseguir. Lo que sigue es horrible. No puedo.

—Es absolutamente necesario — le intimé con autoridad imperiosa. — Usted nos debe el final de su relato.

Dorival se dejó caer en su asiento como aniquilado. Me miró algo sorprendido. Después, deseoso de precipitar su confesión, prosiguió con creciente nerviosidad.

—Llegamos al Uritorco al promediar el día. Las torturas padecidas en aquella marcha, debieron delatarme, porque alguien preguntó si no me sentía bien. Observé que Carmencita miró de soslayo, pero sin poner mayor interés en su mirada. Acampamos en una planicie a pocos metros del vértice. Los más animosos se dispusieron a enclavar las estacas para la carpa, cuyos lienzos quedaron, poco después, tensos y firmes. Luego, mientras el guía ocupábase de las cabalgaduras,

se preparó nuestro almuerzo. Renació acrecentado el buen humor. La risa se desgranaba en todas las bocas femeninas, como si las embelleciese una sensación nueva. Y con el reír alternaba un chisporroteo de frases entrecortadas, breves, algo incoherentes quizás, pero cálidas y expresivas por el bello desorden de su animada algarabía. Era como si todos estuviesen ebrios de luz al respirar en aquellas alturas, donde sólo podían vernos las águilas que describían amplios círculos al volar sobre nuestras cabezas. Y yo me exaltaba con mis compañeros de excursión, para aturdirme, para acallar mi dolor, para que nadie pudiese ver cómo sangraba la herida abierta en lo más profundo de mi alma. A nuestra alegría estrepitosa, mezclóse de pronto un tronido lejano que repercutió más próximo y se distanció después en una sucesión de sordos fragores. La inmensa mole de granito pareció convulsionarse, como si un cráter se agitara en sus entrañas. Todos enmudecieron sobrecogidos. Yo me incorporé en un sacudimiento nervioso, y corrí hasta el borde de la planicie. Un grito de asombro partió de mi pecho. Tenía ante los ojos un espectáculo imponente y perturbador. Allá abajo la tormenta se desencade-

naba con furia. La lluvia, lanzada por vientos contrarios, cristalizábase en granizo, que las descargas eléctricas hacían rebrillar en fulguraciones intermitentes: lo encendían irisándolo en refracciones súbitas, y apagábalo en una sombra rápida para hacerlo irradiar de nuevo. La tempestad arreciaba a nuestros pies, ¡y nosotros nos hallábamos al sol bajo el cielo más sereno y transparente! Mientras tanto las nubes se arremolinaban chocando entre sí en un batallar impetuoso, como enfurecidas por las sierpes de fuego que parecían desgarrarlas en el livor de cada relámpago. Por momentos, hubiérase dicho que toda la montaña tronara a la vez, escalonando el tableteo que de la zona baja subía hasta nosotros. Todo aquello lo comentábamos con gritos de asombro. Si a ratos nos inhibía lo insospechado del fenómero atmosférico, súbitamente nos exaltaba la admiración de otro efecto no menos prodigioso. Y en esa alternativa que estrujaba mis nervios, permanecimos hasta que se aplacó la tormenta. Por fin, las nubes se espesaron, obscureciéndose, borrando poco a poco cuanto nos rodeaba. Quedamos, puede decirse, aislados en la meseta del Uritorco. La niebla nos impidió juntar maleza para encender la

consabida hoguera que debía verse desde Capilla. Las incidencias de aquella jornada fatigosa hizo deseable el reposo apenas anocheció. Luego el aire era desapacible y húmedo. Se refugiaron, pues, en la carpa las muchachas, resguardándose los hombres en la cavidad de las peñas cuyos rebordes parecieron providenciales. Nos alumbraba una farola de viento. Yo me coloqué detrás de ésta, acurrucado contra el peñón que limita la meseta y cae, del lado opuesto, cortado a tajo hasta el precipicio. Frente a mis ojos. muy próxima, hallábase la carpa, apenas visible en la semiobscuridad de aquella noche aciaga. Nada podía percibirse a cierta distancia. Todo había desaparecido: tierra, montaña, cielo. Evidentemente nos envolvía una nube. Lo curioso es que el vapor condensado en el aire, semejaba un enorme lienzo circular, pues la luz del farol proyectaba en él un cono del peñón; y, según oscilaran sus reflejos, movíase la imagen como si todo aquello fuese obra de una pesadilla infernal. Yo estaba como aturdido. Las sensaciones se habían multiplicado en pocas horas, sometiendo mi atención a cambios inesperados, con brusquedad violenta y dolorosa a veces. Hubiérase dicho que todo se producía para

distraer mi dolor, para alejarme de la causa que lo motivaba. Mas era inútil. Al resurgir de nuevo en mi mente Carmencita, con su esquivez, con sus desvíos, sólo atenta a otro cariño, apasionándose por él, me creía próximo a la locura; y sometíame a esfuerzos desgarradores para acallar mi angustia, para sofocar mi fiebre de exaltación. Y tuve miedo. La soledad me dió miedo. Hubiera querido huir. De ser posible hubiera echado a correr desesperadamente. La soledad llegó a espantarme. Su quieud, lejos de atenuar el desgarrón de mi alma, lo exacerbaba, enardeciéndolo más y más, como si quisiera llevarme al paroxismo. Aquellos instantes fueron horribles. De pronto mi corazón detuvo sus latidos. No era efecto ilusorio, no. Había llegado hasta mí un murmullo de voces quedas. Sí; alguien bisbisaba frases entrecortadas, breves, con voz temblorosa. Quise ver de dónde provenían y quién las formulaba. No fué posible. Agucé el oído. Las mismas voces, más próximas, se entrelazaron en un diálogo de pasión. Poco después, alguien pasó delante de la farola, e, inmediatamente, dos sombras gigantescas se proyectaron en el espacio, como se proyectan las imágenes en un lienzo. Avanzaban cautelo-

sas, muy juntas, ceñidas, impulsadas por el mismo amor. Una frase llegó a mis oídos, clara, precisa, y entonces "ví" quienes eran los amantes.

Aquí Lisandro hizo una pausa. Luego se dispuso a reanudar su relato, pero fué menester un largo silencio. Tal era su postración.

—Allí estaba la sombra de sus cuerpos — añadió, por fin. Su voz había adquirido una sonoridad opaca. Los ojos parecían agrandarse al hacer más profunda y más fija la mirada. Un temblor brusco sacudíale de pie a cabeza. Crispáronsele las manos, y avanzó el torso como si quisiera aproximarse a una imagen que flotara en el vacío.

—¡Eran ellos! ¡Eran ellos! — articuló con acento sofocado. — Carmencita estaba allí, junto a su amante, a pocos pasos, casi a mi lado. Y yo oía su voz apasionada, acariciadora, dirigirse a otro hombre, dueño ya de su cariño. No pude más. Un impulso homicida enardeció mi voluntad, multiplicada por el tumulto que estremecía todo mi ser. Concentré la atención, intensifiqué el poder magnético, tensos los nervios hasta la tortura del mayor esfuerzo. Y vi que ella obedecía. Me propuse desprenderla de sus brazos, ¡y obe-

decía a mi influjo! Entonces, dispuesto ya a no dejarla recuperar su albedrío, la impulsé con voluntad enconada hasta que desapareció en el abismo. Simultáneamente, un grito de horror surgió de mi pecho. Quise incorporarme, pero caí sin sentido.

Al llegar a este punto de su confesión, Dorival estaba desencajado, trémulo, sudoroso. Su mirada tenía destellos que yo no había visto nunca en ojos humanos. Hubiéranse dicho los ojos de un felino acechando en la sombra.

Hubo una pausa, que ninguno de los oyentes pudimos abreviar. El relato nos había sobrecogido de espanto.

—Lo demás — añadió Dorival con voz debilitada, — lo demás usted lo sabe. Fué preciso traer de Capilla cuerdas y aparejos para subir del precipicio el pobre cuerpo destrozado.

Y un sollozo convulso apagó su voz alterada.

Aguardé algunos instantes, y sin poder contenerme ya, inquirí:

—¿Dijo usted que fué a la policía?...

—Y lo confesé todo, sin omitir detalle. Quería sufrir el castigo. No me creyeron: no pude probar mi crimen...

Su rostro se contrajo en una mueca de profunda ironía. Hizo un esfuerzo, y añadió:

—Las pruebas fracasaron! Usted sabe que la fuerza hipnótica reside toda ella en la voluntad, desarrollada por facultades magnéticas bien conocidas. Desde la noche de mi delito yo no había vuelto a ejercitarla. Estremecíame el pensar que la llevaba en mí. Llegué a obsesionarme. Pensé que esa voluntad era de otro ser, un ser extraño, opuesto a mi "yo verdadero", un ser de instintos diabólicos, de naturaleza execrable. Y luché para vencerlo, para aniquilarlo en su obscuro origen.

La sola idea de que aun pudiese coexistir con mi vida tarada, llenábame de pavor. No obstante, cuando me propusieron los experimentos probatorios de mi crimen, acepté valerme de ella. Era una liberación. Adherí, pues, con vehemencia. Mandaron venir de no sé qué hospital dos "sujetos" pasibles de ser hipnotizados; y ya reunidos los facultativos, me sometí a la prueba. ¡Ninguno de los dos experimentó el menor influjo hipnótico! Era que yo había perdido la voluntad...

Y la más desgarradora expresión de dolor se reflejó en el rostro de Lisandro Dorival.

. . . .

El relato de aquel amigo desventurado despertó en lo más íntimo de mi conciencia una duda punzante. Carmencita Almeida había muerto, efectivamente, precipitándose al abismo desde el Uritorco| Pero ¿era Dorival quien la impulsara al precipicio fragoso de aquella montaña? En circunstancias análogas, ¿podía una persona sugestionar a otra e inducirla al suicidio? ¿No sufría Dorival las consecuencias de una conmoción, y, perturbado por ella, creíase culpable de una muerte no cometida? ¿Se trataba de un arrepentido o de un alienado?

Me dediqué a estudiar el fenómeno en tratados especiales; consulté la pericia de varios facultativos, algunos muy atendibles por cierto; y éstos y aquellos admiten de consuno que Dorival acaso dijera palabra cierta al revelar un crimen, lamentándose, al mismo tiempo, de haber perdido la voluntad...

LAS HOGUERAS DE SAN JUAN

Mi amigo Fermín Silvestre y yo cabalgábamos dejando a nuestra espalda el Uritorco. Nos dirigíamos al "Zapato". Es una de las excursiones obligadas de Capilla del Monte. Apenas hay forastero que no la efectúe a poco de llegar. Fermín Silvestre venía de Huerta Grande a pasar algunos días en Capilla del Monte. Era mi huésped, y yo trataba de agasajarle en lo posible. Así, por la tarde, después del té, salíamos a dar un paseo a caballo. Y ese día resolvimos ir al "Zapato".

La excursión a "Los Mogotes" ofrece mayores atractivos por la variedad del paisaje. Es más abrupto, más pintoresco, de horizontes más amplios cuando se domina desde una eminencia, y más intrincado y frondoso

cuando se procede por las hondonadas. En cuanto a "Los Paredones", no cabe intentar paralelo alguno. Si afrontamos las dificultades del descenso para llegar hasta el río internándonos un poco, tenemos la impresión de hallarnos en un abismo bordeado por alucinantes montañas rectas, cortadas a pico. Sus paredones son escarpados y fragosos, y están cubiertos de musgo en la base. Arriba, encaramadas en gran profusión, se esparcen plantas de "flor del aire", como si treparan huyendo del musgo que parecen temer. A trechos, los irriga un hilo de agua deslizándose sobre hierbas negruzcas y viscosas. Allá abajo se tiene la sensación de lo enorme, y el pensamiento, sobrecogido, no puede substraerse y evoca las tragedias geológicas de que son testimonio esos lugares. Es imposible no pensar allí en los paisajes dantescos evocados por Gustavo Doré. Si levantamos los ojos, comprendemos cómo en las hendiduras inaccesibles puedan anidar las águilas.

"El Zapato" no ofrece tantos aspectos ni tamaña grandeza. Pero tiene un atractivo indiscutible, designado por su propio nombre, y constituye una verdadera curiosidad. La naturaleza, pródiga en caprichos, ha tallado

en el granito de la montaña un zapato gigantezco. Pero no se detiene allí lo singular del fenómeno. "El Zapato" está asentado sobre un pedestal que parece esculpido exprofeso, y se destaca, aislándose, como si tuviese empeño en mostrarse nítido sobre la colina diáfana, si le contemplan de lejos, o recortándose sobre el cielo, si lo admiran de cerca. En uno y otro caso logra su propósito. Se alcanza a percibirle de distintos puntos y a mucha distancia.

Mi amigo Silvestre y yo no tardamos en distinguirle perfilándose en el azul-violeta de la última colina que le servía de fondo. Las cabalgaduras andaban al paso, siguiendo el camino sesgo formado en la roca viva, entre tunas y matorrales de espinillos. Apenas si de trecho en trecho, algunas talas se erguían en los rellanos del terreno onduloso. A nuestra izquierda extendíase, en declive, la amplia perspectiva del paisaje, limitado por las colinas, escalonadas en el horizonte. Según íbamos avanzando, aumentaban las proporciones de la montaña fronteriza, y el "Zapato" ascendía más y más hasta destacarse sobre el cielo.

Nos faltaba poco para llegar, cuando, de pronto, un quejido vino a herir el silencio de

aquella soledad. Era un lamento de angustia, sofocado, como de persona que desfallece. Mi amigo detuvo su caballo con ademán brusco, y volviéndose a mí me interrogó vivamente impresionado.

—Es "la vieja delZapato" — le dije para tranquilizarle. — Una vieja centenaria. Una curiosidad más de estos lugares. Según la gente de aquí, "ha vivido tanto, que ya nadie sabe cuántos años tiene".

—¿Y esos lamentos? — inquirió Silvestre.

—Constituyen su reclamo — le respondí.— Cuando advierte la presencia de algún forastero, se deja caer en el suelo y comienza a lamentarse para atraer al paseante compasivo y obtener alguna limosna.

—¿De modo que ahora?...

—O andan forasteros cerca de su vivienda o nos ha visto a nosotros.

Picado por la curiosidad, mi amigo taloneó su caballo y nos pusimos en marcha de nuevo. Tras corto andar, comprobamos que, en efecto, junto a la casucha de la vieja hallábase una cabalgata: un grupo de mozos y muchachas de la ciudad que, como nosotros, iba a visitar el "Zapato". Todo se explicaba, pues.

La vieja se exhibía en su postura habitual,

apoyando las espaldas contra el muro exterior de la cocina. Era ésta de reducidas dimensiones, construída con piedras toscas e irregulares. En uno de sus ángulos, formando pared, veíase una tala cuya sombra caía sobre el techo, que era de zinc.

La centenaria había cesado de gemir: algunas monedas caídas a sus pies ya no justificaban los lamentos. Estaba allí, sórdida y harapienta, mirando sin expresión a cuantos se fijaban en ella. Habíase acurrucado, encogiéndose como si se hubiese metido en sí misma. Era un montón de huesos apenas cubiertos por la piel seca, arrugada, agrietada, como la tierra que resquebraja el sol de la canícula. Sobre el pecho apoyábase el báculo, que parecían sujetar sus manos invisibles, ocultas bajo un chal andrajoso.

Las muchachas de caras frescas y ojos brillantes miraban con terror supersticioso aquella ruina viviente. Se resistían a la idea de que ese pobre despojo humano hubiese tenido otro aspecto alguna vez. Les costaba admitirlo. ¡Qué horror verse reducidas a eso! Antes cien veces la muerte. ¡Jesús! Y volvían la cara con espanto. Uno de los acompañantes tuvo la ocurrencia de interpelar a la mendiga:

—Y dígame, vieja: ¿Cuándo piensa estirar la pata?

La centenaria levantó la cabeza y sonrió complacida. Un ligero brillo animó sus ojos apagados.

—¿Morirme yo? ¡Ajajá!...

Esto lo dijo la vieja con voz de niño, que hubiera sido chillona si la extrema debilidad no lo impidiese.

— —¿Por qué lo dice? — insistió el primero. — ¿Acaso usted se va a quedar para semilla?

—¡Ya lo creo! ¡Ajajá!... — replicó la vieja, añadiendo con acento más firme: — Yo no puedo morir, no; yo no puedo morir...

Todos rieron. Pero al fijarme en mi amigo, observé que estaba demudado y trémulo, como si lo agitase una honda emoción.

—¿Qué le pasa? — pregunté inquieto.

—Vámonos — repuso con voz alterada — vámonos de aquí.

Y sin aguardar mi asentimiento, puso el montado a paso ligero. Quedé sobrecogido sin comprender la causa. ¿Qué ocurría? ¿Qué motivos atendibles podía tener para impresionarse de ese modo? Yo cabalgaba a su lado, y aún cuando ardía en deseos de conocer

la causa de su extraña turbación, guardé silencio.

Caía la tarde. El sol, que se ocultaba ya a nuestra espalda, enrojecía el Uritorco, dejando en la sombra todo el valle.

—Es un recuerdo horrible — díjome de pronto mi amigo. — Es necesario que lo cuente.

Y me refirió esta historia:

—Allá en Huerta Grande, vivía una vieja centenaria como ésta de aquí. Su rancho, más que vivienda, era una guarida cercada de matorrales y rodeada de palmeras. Por su condición, la longeva recordaba extrañamente a esta pobre infeliz que acabamos de ver. Su aspecto era conmovedor. Hubiérase dicho una momia animada. Pequeña, menuda, encogida, con las rodillas que le llegaban al pecho descarnado, se la veía constantemente sentada a la puerta de su miserable rancho. Un pañuelo sucio ceñíale las sienes a manera de vincha, como si en todo momento le doliese la cabeza. El pelo desgreñado y ralo, ponía, al descubierto su cráneo cubierto de manchas amarillas. Era nudosa y tan llena de arrugas como un algarrobo seco. Sus dedos anquilosados estaban retorcidos como raíces muertas. Más que sentada en el suelo, parecía

estar metida en él; y daba la impresión de que, al intentarlo, en lugar de incorporarse, hubiérase hundido en la tierra, como si ya fuese algo inherente a ella.

No tenía deudos, y como ésta del "Zapato", campaba de limosnas. Acompañábala un muchachón idiota, huérfano, a quien ¡ella! había recogido "de lástima". Era patizambo, contrahecho, de brazos cortos y manos pequeñas. Pero tenía enorme la cabeza. Cuando él andaba, balanceándose la cabezota sobre los hombros, como si el peso excesivo la echase ya a un lado, ya al otro, incapaz de sostenerse en equilibrio. El pelo cubría su frente estrecha, formando un ángulo que bajaba hasta juntarse con las cejas. Sus ojos eran claros, fríos y tenían la córnea atigrada, por lo cual habíanle apodado "El Tigre". La nariz deforme pendía sobre sus labios abultados y carnosos, que sonreían constantemente.

El Tigre había llegado a ser de alguna utilidad para la vieja. Medio tullida y paralítica, ya no le era posible salir a cuestar; se encargaba de hacerlo el Tigre. Este conocía las casas dispuestas a socorrerlos, y a ellas acudía regularmente. No es que pidiera: llamaba y aguardaba sin añadir palabra a su lla-

mado. Era suficiente con anunciarle. Todos sabían cómo interpretar este anuncio: "Está el Tigre, el de la vieja que no morirá". Y aquí empieza lo terrible de mi historia. Siempre que se tocaba este punto, oíasela proferir invariablemente: "La guadaña no se ha hecho para mí". Ella personificaba la muerte en un esqueleto con guadaña. La conocía. La había visto muchas veces pasar a su lado, muy cerca, pero había pasado. Y ya era inútil Sobre esto, sus ideas eran absolutas, invariables. Ella había visto desaparecer, uno tras otro, a todos los seres queridos, a todas las personas conocidas. De sus tiempos no quedaba "ni uno siquiera". A todos los había tronchado la guadaña inexorable. "Su hombre" resistió bastante. "Casi estaba por librarse", pero un día "también se jué". Ella sola quedaba, libre ya de todo temor... La guadaña no se había hecho para ella. No es que la muerte la hubiera olvidado, no; es que la respetaba.

Y mientras refería estas cosas, poniendo en su voz como el ardor de una energía nueva, el Tigre se quedaba extasiado, mirándola con fijeza, sonriendo siempre con su invariable sonrisa de idiota. Sus ojos atigrados parecían clavarse en las pupilas vidrio-

sas de la vieja centenaria, que lo miraba, a su vez, llena de orgullo. Cuando el Tigre no salía a pordiosear, quedaba así, frente a frente, con la mirada fija el uno en la otra, largas e interminables horas. Por fin, ella exclamaba, estremeciendo al muchacho:

—Ya lo sabés, Tigre: yo no me puedo morir.

Y apoyándose en su bastón, se incorporaba trabajosamente, sin demandar ni admitir ayuda. Entrábase luego a su rancho para tomar unos mates y echarse a descansar en una cucha de revueltos andrajos.

Una noche contemplábamos desde el mirador de mi chalet cómo se iban encendiendo las hogueras de San Juan. Se multiplicaban como si unas prendiesen fuego a las otras. Poco después, ardían en todo el valle, enrojeciéndole hasta el horizonte. Eran extensos matorrales y enormes grupos de palmeras los que ardían por todas partes, lanzando a los aires sus inmensas llamaradas que arrojaban lluvias de chispas crepitantes al espacio. De pronto alguien gritó:

—¡El cerco de "Los Cañaverales" está ardiendo!

Todos nos volvimos hacia el lado opuesto al mirador para comprobar la noticia. Pero

en vez de dirigir la mirada hacia "Los Cañaverales", fijamos los ojos en el descampado donde se hallaba la choza de la mendiga centenaria. Y alguien dijo con sobresalto:

—¡En el rancho de la vieja hay fuego!...

Y otro añadió con voz alterada:

—¡También arden el cerco y las palmeras que lo circundan!

Y así era en efecto. Sin esperar más, descendimos del mirador, saltamos a caballo, y poco después nos deteníamos jadeantes muy cerca del rancho. A su vista me estremecí. Para facilitar el incendio habían arrimado a las paredes ramas de plmcaras y arbustos secos. El rancho quedaba, de ese modo, en un cerco de fuego. La paja que cubría el techo había desaparecido, presa del incendio. Por la puerta y la ventanilla asomaban llamaradas que lamían las paredes, deteniéndose a devorar los troncos y maderas que lo remendaban apuntalándolo. Poco después oyóse crujir las vigas del techo, y casi inmediatamente se hundieron levantando, entre la humareda, un crepitar de chispas, que se aventaron alrededor del rancho.

Lo mirábamos todo anhelantes, convulsos, roídos por la impotencia, congestionados, estremeciéndonos a cada momento. En

todos los labios estaba un nombre que, sin embargo, nadie se atrevía a pronunciar.

Mientras tanto, el fuego iba apagándose poco a poco, dejando aquí y allá el rescoldo de las pavesas humeantes.

Entonces resolvimos apartar las que obstruían el hueco de la puerta, y nos asomamos al interior del rancho. Un grito de horror se exhaló de nuestro pecho, y retrocedimos. En un rincón veíase a la vieja carbonizada, retorcida, como si las llamas, ablandando sus huesos, la hubiesen imprimido sus formas atormentadas... Y al volvernos, nos encontramos cara a cara con el Tigre. Clavó sus ojos en nosotros y señalando la choza dijo:

—Y andaba diciendo que no se podía morir. ¡já!

Y batiendo palmas, comenzó a dar saltos de regocijo.

EN LA MISMA LLAMA

¿Qué importan los nombres? Exigirlos, en este caso, fuera curiosidad malsana. Al narrador bástale consignar los hechos. En nada se aventajarían estos identificando a las personas. Tampoco es de rigor puntualizar el sitio donde se desarrollaron. Existen algunas circunstancias muy dignas de tomarse en cuenta: los deudos de nuestros protagonistas viven y merecen el homenaje de toda discreción. Por otra parte aún está vivo el recuerdo de tamaña desventura en el villorrio serrano donde ocurriera. Ninguno de sus moradores asistió a ella indiferente. El propio cura del lugar se permitió una reflexión no muy conforme con el espíritu canónico:

—Tu bondad, Señor, es infinita; pero a veces son terribles los medios de que te vales para manifestarla.

Al conocerse la tragedia, el pueblo se sintió sobrecogido. La consternación fué unánime. El nombre del Coronel, de su hija y de su yerno estaban en todos los labios con el mismo gesto de dolor. Pocas personas habían logrado suscitar cariño y respeto más justificados. Los humildes les miraban como una bendición, porque todo era beneficiar al desvalido en ellos. Su largueza no tenía límites. Por iniciativa del Coronel, el pueblo contaba con una escuela de ambos sexos; los niños menesterosos tenían útiles de estudio y abrigo para el invierno. El pueblo le esperaba impaciente al iniciarse la estación veraniega. Con su llegada desaparecían muchos apremios. ¡Era tan generoso el coronel! ¿Y su hija? ¿Y su yerno?

De igual modo que la gente serrana les querían por gratitud, así estimaban al Coronel y a sus hijos las personas vinculadas a ellos socialmente. Bien se echaba de ver en las fiestas organizadas en su "Villa**" suntuosa y magnífica. Acudían de todas partes, imponiéndose, a veces, recorridos en automóvil de horas y horas. De ahí que las kermesses benéficas efectuadas allí, siempre resultasen de gran provecho.

***

Todos los años iba el Coronel con su esposa y su hijita a pasar el verano en las sierras. Le acompañaban no pocos invitados. Era de ver el efecto que en los niños del pueblo producía la llegada del Coronel. Pero no por él mismo, sinó por la "niñita". Ella les traía algo más que útiles de colegio y trajecitos para los días invernales; les traía algo más y algo mejor. Les traía cosas de un encanto insospechado, con las cuales soñaban por la noche, y ponían un destello inefable en sus almitas, de día. Cosas nunca vistas, de un mundo desconocido, como traídas del cielo por los ángeles reproducidos en las estampitas que algunas veces repartía como premio el padre cura en la iglesia. Esas cosas tenían nombres, pero esos nombres no expresaban nada, o expresaban muy poco. Lo decían, sus caritas tostadas por el sol, el brillo de sus ojos, el anhelo incontenido de todo su ser, la necesidad de mirar como extasiados, y ese arrullo interior que parecía irradiarles en una fulguración de prodigio. ¿Podía todo eso definirse? ¿Cabía en un nombre? La "niñita" portadora de tales maravillas, ¿era, acaso, un ser terrenal? Seguramente no. Por eso repartía con mano pródiga aquel tesoro de va-

lor incalculable. Eran muñecos articulados, de abigarrada vestimenta, pequeños seres que tocaban los platillos con solo apretarles el vientre; arlequines de piernas y manos móviles, obedientes a un tirón de cordelito; muñecas que entornaban los ojos y decían "papá" y "mamá", ¡tan clarito! Trenes minúsculos, ¡con pasajeros! puestos en marcha "por una cosa que no se veía". Cochecitos con postillón, muy echados para atrás, orgulloso de su destino; por eso agitaba la fusta al andar el vehículo. Y soldaditos de plomo, de todas las armas, y barquichuelos, y animales de fauna desconocida, y caballitos, y mil chirimbolos a cuál más digno de lograr silencio admirativo. Y todo lo traía la "niñita" para ellos, para los pobrecitos moradores de la ranchería diseminada en el valle, y medio oculta entre algarrobos y talas añosos.

Los favorecidos acudían a la "Villa **". Llegaban hechos puro azogue. Era su día. La 'niñita" disponíalo todo como verdadera señora de la casa, pues era ella quién "recibía" a sus amistades. Ni el Coronel, ni su esposa intervenían sino como espectadores complacidos. Efectuaba pues la distribución atenta sólo a proporcionar alegría como

quien esparce dicha en torno suyo. Experimentaba el deleite de verse rodeada de caritas ebrias de gozo, sin sospechar que toda esa dicha en flor repercutía honda y profundamente en la madre feliz, quien sentía a veces rodar por sus mejillas una lágrima, la más dulce.

Luego corrían al parque, en bandadas gárrulas, donde se les servía el te con pastas y bombones. Era una caridad de alegría.

—La más digna, la más noble, afirmaba el Coronel.

El lo sabía.

***

Un verano la gente serrana no vió a sus benefactores. La causa del retraimiento consternó a los vecinos, sin distinción de clases.

Había fallecido la señora del Coronel.

El pobrerío sintió esa pérdida y supo llorarla con intenso dolor.

Algo de ellos mismos desaparecía con la presencia bienhechora de "la patroncita buena".

El año subsiguiente, volvieron a ver al Coronel y a la niñita. Pero ni ésta ni aquél eran como antes. Había en ellos la misma sencilla bondad de siempre, el mismo anhelo

en socorrer al menesteroso; pero el Coronel era menos expresivo, menos jovial, y por momentos hasta parecía huraño. Con todo más que el cambio del Coronel asombraba la transformación de su hija. Ya no era la chiquilla vivaz e inquieta de hace dos años: volvía a las sierras hecha una señorita, con cierta gravedad en su inconfundible expresión bondadosa. De suerte que al verla distribuir como antes los dones maravillosos, advertíase en el gesto y en los ademanes cierta compostura de persona mayor, menos turbulenta, pero más atractiva. De todos modos, ya no se la podía imaginar como desprendida de una de las estampitas que repartiera el padre cura en la iglesia. Al transformarse en mujer, se habían humanizado todos sus encantos.

El Coronel adoraba en ella. Su amor no conocía límites. Para él la vida solo tenía una razón de ser, imperiosa y absoluta: la felicidad de su hija. No hubiese escatimado ningún sacrificio para lograrla, no retrocediera ante ningún obstáculo para conquistarla. Al perder a su esposa, fué el padre y la madre a un tiempo de su huerfanita. Redobló los cuidados, multiplicó las caricias, intensificó su amor, si cabe admitirse. Y vi-

vió para ella, exclusiva y totalmente consagrado a ella. Su posición le permitía toda independencia, su fortuna le aseguraba toda suerte de liberalidades.

***

Cierto día el Coronel advirtió en su hija un cambio radical. Nada podía escapar a sus atisbos. Pasaba horas y horas como replegada en sí misma, atenta a una visión interior, dueña ya de su sentir íntimo. El Coronel no adivinaba, "veía" la razón profunda de ese cambio. Y esperó. La confidencia no tardaría en llegarle. Aguardó con ansia mortal. Una zozobra febril le torturó despiadadamente. Tuvo miedo; ¡él que estaba hecho a todas las adversidades, probado en cien episodios de arrojo temerario! Fué un temor vago, indefinible, algo que por momentos estremecíale. La felicidad de su hija, todo su porvenir iba a tener un árbitro. ¡Y él no le conocía! El destino ya había hecho un signo invisible e infalible. No cabía interponerse. ¿Qué deparaba a su hija lo que estaba a punto de revelarse?

Y la confidencia llegó por fin, breve, con frases entrecortadas. Hablaban sin mirarse a los ojos. Una profunda emoción les embargaba por igual. Ella había reclinado la

cabeza sobre el pecho de su padre. Y así, con voz muy queda, como velada por el misterio de lo que no cabe en las palabras, se lo dijo todo, sencilla y tiernamente.

Tal una ánfora vuelca su perfume. Padre e hija se estrecharon más el uno contra el otro. Y,

—Dios te bendiga, hija de mi alma; exclamó por fin; me devuelves la vida. No podía ser de otro modo.

Entonces ella levantó la cabeza, y fijó en en el Coronel sus ojos radiantes de alegría.

—¿Verdad que es digno de mi cariño?

—Es un buen muchacho, y ya le quiero como a otro hijo.

Y padre e hija se abrazaron de nuevo.

***

El Coronel no había exagerado. Quiso a su yerno con ternura de padre satisfecho. Esas criaturas colmaban todos sus anhelos. ¿Qué más podía esperar de la vida?

Cuando el Coronel llegó a su "Villa**" con la pareja de los desposados, fué sorprendido con demostraciones que llegaron a conmoverle. Esta vez no aguardaban las mercedes de sus benefactores. Ahora era el pueblo quién tributaba sus expansiones generosas.

Era toda una generación de pechos abiertos a la gratitud. Hombres y mujeres reunidos en un solo augurio de paz y de dicha. Llegaban a la "Villa**" cargados de flores y de frutas, cual movidos al ritmo de una égloga propiciatoria. Algunos levantaban en brazos a sus hijitos con todo el orgullo de una maternidad fecunda. Esas madres eran las chinitas de ayer, esas mismas que habían recibido de manos de la "niñita" un destello de alegría en cada juguete y en cada sonrisa. Por la desposada de hoy vieron como penetraba ayer un rayo de luz en las almitas refugiadas en las chozas de paredes obscuras. Esa luz la traían ahora reunida en un solo haz, para irradiarla en torno de la amante pareja.

Por la noche incendiaron bosques de palmeras, organizaron bailes en la ranchería de todo el valle, y las serenatas se multiplicaron como si en cada pecho hubiese florecido una canción. Exaltábase el pueblo en su propia alegría, y hacíala llegar a los recién casados como si cumpliese un acto religioso. Se alegraban porque su dicha iba a proporcionar satisfacción entre quienes tanta esparcieran en el valle triste.

***

Cuando los serranos veían a la pareja en paseos y cabalgatas, una expresión de contento reflejábase en sus rostros curtidos por el sol. "La niña era donosa, ¡y tanto!; pero el mozo; ¿acaso, no era de mi flor? ¡Si estaban hechos el uno para el otro! Bastaba verlos juntos. Así pensaban ellos que debía ser quién se casara con la niña. ¡Y como estaban prendados los dos! Porque eso lo veía cualquiera. Bastaba fijarse como los miraba el Coronel, más radiantes que un día de sol".

Y las miradas seguían a los jóvenes de la "Villa**" hasta que se alejaban como envueltos en una caricia de profunda ternura.

Eran dichosos y nadie como ellos tenía derecho a la felicidad que disfrutaban.

—Eso pensamos todos, — adujo el padre cura. — ¿Pero quién penetra los designios de nuestro Señor? No ha de ser desde luego, quién narra esta aventura desoladora.

Los hechos ocurrieron así:

Una noche, se retiraban los jóvenes desposados a su morada, allí en la ciudad. Salían de una recepción. Era una noche invernal, fría y húmeda, unas de esas noches calificadas de pérfidas y traicioneras por el doctor Luzán. Los hijos del Coronel aban-

donaban un ambiente cálido, quizás de temperatura demasiado elevada, y, sin duda, salieron sin precaverse lo necesario antes de subir al auto y volver a su aposento. La adversidad pareció acecharle, pués cuando llegaron, después que habían descendido del vehículo, advirtió no tener las llaves. Llamó entonces por el timbre, pero notó que un ligero temblor hacíale molesta la espera. Y casi instintivamente tornó a subir en el auto, para resguardarse en él. Encogióse en el asiento, con las manos en los bolsillos del abrigo. Tras un silencio, solo atinó a decir:

—No me siento bien. Acaso el cambio brusco de temperatura... No sé.

Acudió el portero al llamado, y los esposos penetraron con presteza a su alojamiento. Algo pareció reanimar al yerno del Coronel la atmósfera templada de su alcoba. Así lo creyó la esposa, ajena, como todos, a la desventura que destrozara su dicha con golpe tan recio.

Al siguiente día, no tuvo el enfermo ánimo para abandonar la cama. Tuvo escalofríos, y una tos insidiosa comenzaba a molestarle.

Acudió el médico, instado por la esposa, ya inquieta.

—No es nada — dijo — por ahora no hay motivos de alarma. Una "grippe", quizás benigna, y detenida a tiempo... En fin veremos. Volveré mañana.

Quien así discurría era el doctor Luzán, amigo fraternal del Coronel.

Y al siguiente día, volvió como lo había prometido. El exámen fué prolongado y minucioso. La esposa le seguía con ansia, atenta a los cambios posibles de expresión en el médico, fija la mirada en todo detalle. No quería preguntar; se proponía sorprender, guíada por el instinto seguro de su amor. Pero todo fué inútil. El doctor Luzán no dejó traslucir ninguna impresión.

—¿Y el Coronel? — preguntó como distraído.

La hija de su amigo clavó en el médico una mirada interrogante.

Este fingió no advertirla.

—Papá está en la estancia — y bajando mucho el tono, inquirió:

—¿Hay que llamarle?

—¿Para qué? — replicó, el médico amigo mientras limpiaba los cristales de sus lentes. Y luego, distraído en hojear un libro que estaba sobre un velador, preguntó indiferente:

—¿En la estancia? ¿En cuál?

—En "Los Molles" — repuso ella con voz quebrada por la emoción. Había comprendido lo necesario. Y guardó silencio. Se aproximó al esposo, le acarició la frente con la mano que ya no logró ser firme, y dejó caer la cabeza sobre su pecho acongojado.

Cuando el doctor Luzán dispuso retirarse, ella le acompañó hasta el hall. Mientras cruzaba el corredor que conducía allí, el médico dijo algunas frases vagas, como quién no concede importancia a esas palabras. Bien sabía él que la hija de su amigo no le escuchaba. Y a punto de despedirse, ella lo detuvo con esta pregunta:

—¿Debo avisar a papá?

—Oh, no, — repuso el médico amigo con viveza. El estado de su esposo no es inquietante. Esperemos. Esperemos que evolucione la enfermedad. Mañana veré los análisis. Luego, veremos. Pero nada de alarmar al Coronel.

Y se despidió.

Esta vez las palabras del facultativo lograron convencerla. Evidentemente no urgía llamar a su padre. Desistió. No obstante, dos días después, el Coronel llegaba sin aviso

previo. La hija le recibió temerosa y sorprendida. ¿Qué ocurre?

—Nada. He terminado allá mis asuntos. ¿Por qué?

—¿Tu regreso no obedece a un llamado de...?

—¿De quién?

—¿Sabes que él está enfermo?

—¿De cuidado?

—No sé.

—¿Qué dice el médico?

—Temo que no me diga la verdad.

—Yo hablaré con Luzán. A mí no me ocultará nada. Vamos a ver a tu marido ahora.

El Coronel hablaba con rápido acento; era lacónico, breve en sus frases e impaciente por llegar a conclusiones presentidas. Penetró en la alcoba de su hijo político. El aspecto del enfermo le causó una impresión inesperada. Logró dominarse y disimular a los ojos de su hija.

—Animo, ánimo; esto ha de ser un malestar pasajero — adujo por decir algo. En realidad no lograba explicarse como en tan breve tiempo la enfermedad hubiese quebrantado de tal suerte un organismo en pleno vigor.

—A qué hora viene Luzán? — preguntó por fin.

—Poco falta ya, — respondióle su hija.

—Bien. Voy a quitarme la ropa de viaje. Cuando llegue Luzán yo estaré aquí para recibirle. Estoy seguro que esto no es nada. Animo, y hasta luego.

Estrechó la mano a su yerno, besó en la frente a su hija, y se dirigió a su habitación.

***

La supercheria estaba bien urdida, no cabe duda. ¿Quién hubiera podido sospechar que acudía a un llamado de su amigo? Pero el Coronel ignoraba, a su vez, las verdaderas condiciones del enfermo. El Doctor Luzán se había limitado a insinuar la conveniencia de trasladarle a la sierra.

—Allí, — arguyó — un organismo joven puede reaccionar en poco tiempo. ¡Tiene tantos recursos la naturaleza!...

El médico amigo, ocultaba la verdad con el fin de escatimar angustias y quebrantos desgarradores. En este caso, la mentira era en extremo piadosa. Podía curar, sí; pero esa probabilidad sosteníase en un hilo tan débil. Con todo, se repitió a sí mismo: "Tiene la naturaleza tantos recursos."

***

Los tiene en efecto; pero no quiso o no pudo experimentarlos en el enfermo, y en las dos vidas que languidecían a su cabecera. El clima de las sierras, con frecuencia prodigioso, nada logró esta vez. Instado por el Coronel, el médico del lugar, le reveló sin reticencias, el estado del paciente: la enfermedad si bien hizo crisis en poco tiempo, traía un largo período de incubación.

—¿De suerte que pudo estar enfermo al casarse? — preguntó el Coronel con sobresalto.

A lo cual repuso el interrogado con suma naturalidad:

—Sin duda.

El diálogo terminó allí.

Dos días después llegaba a la "Villa**" el doctor Luzán llamado por el Coronel.

En la estación, trás breves saludos, el viejo soldado había dicho a su amigo:

—Necesito saber la verdad, clara y terminante.

Y el médico:

—Pero ya lo sabes todo — adujo.

—No, o mejor, sí; necesito confirmarlo para tomar luego mi determinación.

El doctor Luzán guardó silencio. Cono-

cía muy bien a su amigo, y no ignoraba el significado de aquellas palabras. Advertíaselo su tono inequívoco.

El Coronel prosiguió:

—He dispuesto una consulta. Pero trata de comprenderme. A mí sólo me interesa conocer tu dictamen. De lo que tú digas dependen muchas cosas.

—Se hará lo que convenga.

—Es mucho prometer — repuso el viejo soldado fijando su mirada penetrante en los ojos del médico amigo. Este le miró, a su vez, como interrogándole. Y luego:

—No comprendo — dijo, sin dejar de observar al Coronel.

—Ya te lo explicaré. Entrevístate ahora con tu colega. Te aguarda desde hace un rato.

El automóvil que los conducía se detuvo en el parque, junto a la escalinata del edificio. Salió a recibirles el médico del lugar. Así estaba convenido. Hecha la presentación, penetraron en el hall y allí dejó el Coronel a los facultativos, para que hablaran con entera libertad. El los aguardaba en la alcoba del enfermo.

***

Apenas quedaron solos, el médico viajero

dijo a su colega:

—Doctor, le suplico que en la brusquedad del Coronel vea tan sólo una pena muy honda. Idolatra a su hija. Esos muchachos lo son todo para él.

—Oh, lo he visto.

—Permítame, doctor — añadió aquél — ¿Mi amigo sigue ignorando las condiciones del enfermo?

—Nadie ha podido revelárselas. No puede sospechar que usted y yo nos carteamos.

—Perfectamente.

—Debo ponerle sobre aviso acerca de un detalle — advirtió el médico rural — al Coronel le inquieta la posibilidad del contagio.

—¿Le interrogó al respecto?

—Sí, doctor.

—¿Y usted dijo...?

—La verdad.

—Ahora comprendo — concluyó el doctor Luzán — Y tras breve pausa, como quien toma una resolución impelido por circunstancias adversas, profirió: — Veamos al enfermo para salvar las apariencias hasta donde sea posible. Luego hablaré con el Coronel. Es necesario que lo sepa todo.

***

Despúes de haber escuchado al doctor Luzán el viejo soldado repuso:

—Tus palabras no me revelan nada. — Luego, como quién pregunta una cosa sencilla: —¿Qué resuelves?

El médico lo miró estupefacto.

—Qué resuelves — repitió el Coronel. El médico observaba a su viejo amigo cual si quisiera penetrar el sentido de aquella pregunta inesperada. Por fin.

—No te comprendo — dijo, examinándole con inquietud.

—Pués es muy sencillo — insistió el Coronel. — Quiero salvar a mi hija.

—¿Cómo?

—Separándola del marido.

—Tu hija no consentirá en separarse.

—Lo sé; pero tú puedes hacerlo.

—¿Yo? — preguntó con sorpresa el médico.

—Tú puedes y "debes" hacerlo — afirmó categórico su amigo. Y con voz enérgica y acento firme reclamó lo que él creía un hecho absolutamente sencillo y humano: puesto que su yerno estaba condenado, precipitar el desenlace.

El médico profirió:

—¡Tú pretendes?

—Abreviar una agonía — repuso — abre-

viar una agonía y evitar el sacrificio de mi hija.

El recio militar no ignoraba que era urgente defender a su hija contra sí misma. Porque ninguna fuerza hubiera podido arrancarla de junto a ese lecho donde agonizaba el esposo. Allí la retenía su amor, trocado en pasión por el infortunio. Nada ni nadie lograra hacerla desistir. Fuera inútil toda advertencia de peligro, toda amenaza de contagio. Luego ¿qué voz de persuasión trocara en realidad la apariencia engañosa? Ni ella ni él sospechaban lo inevitable. El enfermo reaccionaría con la primavera. Ya sentíalo él, y tanto que le permitía acariciar proyectos para cuando se restableciera, en término breve, sin duda. Ahora no respiraba bien, es cierto. El aire filtrábase con dificultad en los pulmones. Las sibilancias eran cada vez más acentuadas. Pero el anhelo de vivir pasaba por sobre todo ello, afirmándose con ahinco en la esperanza de un restablecimiento cercano. Y mientras aguardaban las horas de dicha, llenas de promesa, la joven enamorada permanecía allí, junto al enfermo, respiraba el mismo aire, bebía el mismo aliento.

—¿Comprendes ahora lo que exijo de tí?

—preguntó el Coronel con profunda ternura. — Es la vida de mi hija lo que te pido.

El médico guardó silencio. Su amigo no cesaba de mirarle. Después el médico repuso:

—No puede ser.

—¿Te niegas?

—No puede ser; lo que tú me pides excede mis facultades. Piénsalo. Mi deber es disputarle ese hombre a la muerte hasta el último instante.

—Pero tú aseguras que nada puede esperarse ya. ¿No lo has dicho?

—Sí.

—Entonces tu negativa es monstruosa. Monstruosa, aunque te parezca duro el término. Dices que mi yerno está condenado sin remisión, y afirmas que mi hija se contagiará continuando a su lado, ¿no es así?

—En efecto.

—Y tú lo sabes, tú, mi amigo de la infancia, ¿lo sabes y no lo impides?

—Pero tú me exiges una ejecución, un delito.

—Delito es consentir un sacrificio estéril. ¿En qué se aventaja él asesinando inconscientemente a mi hija? A ver, respóndeme. ¡Delito! ¿Crees, por ventura, que no

se me desgarra el corazón al llegar a estos extremos? ¡Y tú me conoces! La vida de esos muchachos lo es todo para mí. No me mueve el egoísmo. No es sólo el padre que habla en defensa de su hija, no. Me induce también una profunda piedad hacia el enfermo. Fíjate bien: para llegar adonde me propongo, no hubiera necesitado de tí. Hay un camino más breve y muy seguro.

—¡Tú!

—¿Qué supones?

—Explícate.

—¿Qué supones?

—No me atrevo a interpretar tus palabras.

—Ya lo hiciste callando las tuyas. No me hieres. La injuria llegó pero no me hiere. Nada puede herirme. El dolor no deja sitio a otro sentimiento. Pero no es lo que tú pensaste. En ningún caso sería yo el ejecutor. Hay un camino más breve: el enfermo. Es noble y generoso. No consentiría nunca en causar la muerte de mi hija. ¿Comprendes? ¡Nunca! Bastaría revelarle su estado, y él mismo haría lo demás. Estoy seguro. ¡Pero piensa en el horror de los instantes que precederían la muerte! Porque él cree en la mejoría, ya lo he di-

cho; está seguro de alcanzarla; la supone próxima. ¿Comprendes? Por eso me dirigí a tí. Ahora rehúsate si puedes.

Pero todo fué inútil. Las súplicas del Coronel, sus lamentos, su angustia hallaron la misma negativa.

—La misión del médico es curar, no suprimir al enfermo.

El viejo militar tornaba al ataque con vehemencia, como quien asalta una fortaleza irreductible. Un tumulto de ideas acudía a su mente. En la confusión atropellada, sólo discernía los ejemplos favorables a su propósito.

De pronto el Coronel fué sorprendido por esta pregunta:

—¿Acaso tú sabes como reaccionaría tu hija al perder a su marido?

—¿Qué quieres decir?

El médico amigo aclaró sus palabras. Más que la proximidad del enfermo, inquietábale una separación violenta. No olvidemos que se trata de una mujer apasionada. La razón íntima de toda ella, es el cariño del enfermo.

El Coronel le interrumpió brusco:

—¡No prosigas! Ya sé a qué atenerme contigo

—¿Qué intentas?

—Yo soy un hombre de armas. Tengo otra moral. Cuando el deber me lo exigió, hice fuego sobre el enemigo, sin identificarlo. Era el enemigo.

—Una advertencia.

—¿Para qué?

—No fíes demasiado en la abnegación de ciertos enfermos. Te habla mi experiencia de muchos años. Son egoístas, profundamente egoístas. Tanto como la idea de morir, más aún si cabe, les tortura la seguridad de que otros continuarán viviendo. Su mayor anhelo, sería que con ellos se enfríara el planeta y se extinguiese la humanidad toda. Y en ese egoísmo sin límites borran todos los afectos, todos los vínculos, todos los amores. En su mente, ya desvanecida, sólo llega a concretarse vagamente una fórmula de anulación universal.

El Coronel ya no le oía. Toda su atención estaba concentrada en otra parte.

—Te mandaré a mi hija. Conversa con ella el tiempo que dure mi entrevista con el enfermo.

El viejo soldado hablaba con voz segura, y tenía esa calma que sus camaradas admi-

raron muchas veces en los momentos difíciles.

El doctor Luzán también le conocía. No intentó disuadirle. Hubiera sido inútil.

Poco después, penetró en la alcoba del enfermo. Y allí quedó solo con él.

* * *

El viejo soldado estrechó con fuerza la mano exangüe de su yerno, en una despedida sin palabras, y se alejó sin volver la cabeza. Sabía dónde encontrar al doctor Luzán, pero no fué hacia él. Buscó la soledad. Ansiaba hallarse consigo mismo. Una fibra se había roto en su pecho, arrancada por su propia mano. Era inevitable. Fué despiadado para ser generoso. No cabía otra solución.

Subió al segundo piso de la "Villa**", y se asomó a una ventana de sus habitaciones. El perfume de los árboles en flor llegaba a él en ondas cálidas. El cielo era profundo, la noche era magnífica en su esplendor sideral. Todo vivía y palpitaba en la quietud augusta de aquella noche apacible y tormentosa a la vez. No era solamente el murmullo del surtidor oculto entre el follaje, ni el perfume un poco agudo de los

nardos, ni el zumbido de los insectos entre las plantas: era todo eso y era también la germinación del mil palpitaciones que fluía en torno. Allá, detrás de la montaña, el cielo dilatábase en vívido claror: no tardaría en asomar la luna, pues su luz difusa ya bañaba el valle, ponía reflejos metálicos en la arboleda y convertía en diamante las gotas de rocío prendidas de cada hoja. Un vaho cálido subía de la tierra. Era como un respiro que evidenciara su profunda energía en constante actividad.

La atención del Coronel fijóse de pronto en una pareja que se deslizaba en la sombra. Era el amor, complemento y símbolo de la majestad que emanaba en torno. Era el amor eslabonado en una estrofa más que Dios hacía brotar en el corazón de la criatura humana.

¡Y a pocos pasos de allí, en brusca transición, todo sumergíase en las tinieblas de lo irreparable!

Pero cabía esperar. Ella es joven. Puede rehacer su existencia. La vida es generosa con la juventud. No hay milagro que no pueda realizar.

Respiraba con fuerza. Había salvado a su hija . Era como si hubiese nacido de nuevo.

Aún le aguardaban horas amargas, sin duda. Pero el peligro ya no existía. Había desaparecido. Pronto estaría lejos de allí, libre de todo temor, de toda amenaza. ¡Ah, como se dilataba su pecho ante la seguridad absoluta de esta liberación! El abismo parecía atraerlos, ya estaban al borde, ¡y lo salvaron sin dejar abierta ninguna de sus pendientes! Su hija volvería a él, como antes, pero difundiendo toda la dicha estremecedora de quien ha sido acechada por la muerte y arrebatada a ella.

La señal no tardaría en llegarle. Dentro de algunos instantes, al penetrar en su alcoba. Los primeros momentos serian horribles.. Entonces él acudiría. Todo lo ha calculado. Ahora atisba, agudizando sus sentidos, atento a cuanto ocurre. Pero el silencio es absoluto. Se comprende que flota un hálito de muerte en cuanto le circunda. Apenas si oye el palpitar de sus sienes. El tiempo transcurre. Sí. ¿Por qué, entonces, la quietud es tan honda? ¿La hija aún no ha descubierto nada? ¿Le supone dormido? Pero el aspecto del enfermo ya es otro. La rigidez de sus miembros, la expresión de su rostro. Mira la hora y se estremece. El corazón parece detener sus latidos. Quiere co-

rrer hacia la alcoba de sus hijos, y no puede. Una fuerza extraña le paraliza. Algo se anuda a su garganta. Una garra invisible le estrangula. Todo él se crispa, se retrae, se contuerce. Está apoyado a la pared, con los ojos dilatados, alteradas las facciones, sacudido por estertores convulsos. ¿Qué signo misterioso ha visto flotar en el espacio? ¿Qué voz inarticulada habla a su espíritu una palabra de revelación venida del otro lado de las cosas?

Por fin un grito ronco pareció desgarrarle el pecho:

—¡Mi hija! ¡Mi hija!

Toda la casa sintió repercutir ese grito en la quietud absoluta de la noche.

El doctor Luzán corrió a la alcoba del enfermo, y retrocedió sobresaltado.

El enfermo y su esposa yacían exánimes, estrechándose en un abrazo definitivo. Sobre la mesita de luz veíase la jeringa y las ampollas de morfina que les había unido en aquel sueño de inefable dulzura.

Y un eco repetía estremeciendo la casa:

—¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Mi hija!

EL ZARPAZO

PIEZA EN UN ACTO

Personajes: Evelinda, Lisarda, Eduvigis, Rosario, Petrona, Cipriano Luna, Ño Casiano, Zoilo, Zenón, Vizcacha, Mozas y Paisanos.

Un rellano en las sierras de Córdoba. Lo limita uno de los altísimos y escarpados paredones de la montaña, en cuya profundidad se desliza el río. Allá, al fondo del paisaje abrupto y un poco a la izquierda de quien mira, alcanza a verse la compuerta de un dique y las aguas que detiene. Esta obra de hidráulica sorprende en aquella soledad agreste y bravía. En primer término, también a la izquierda del observador, se percibe, sombreada por un algarrobo, parte de una vivienda, mitad rancho, mitad cueva, labrada en la cavidad propicia de la montaña. Es ésta la choza de Zenón Montoya y de su

hija Evelinda, heroína del drama que va a desarrollarse.

Rosario y Eduvigis, dos chinitas serranas en traje de fiesta, miran muy entretenidas el cuadro de baile que se desarrolla ante ellas y que el espectador no ve. Lisarda, en primer término, a la derecha, sentada y ajena a cuanto ocurre en torno suyo. Su indumentaria pregona que no ha venido atraída por la fiesta. Oyese una música ejecutada por las guitarras. Cesan éstas de tocar, y una voz recia, que quiere ser persuasiva, dice:

"Quiérame, flor de mi vida,
Ya que es gusto de quien manda;
Y no me diga que no
Porque se enoja su tata" (En coro, y con gran algazara, responden:)

¡Mentira! ¡Mentira!
¡Qué se va a enojar el viejo!
¡Jui, con el embuste! (Vuelven a oirse las guitarras, y tras breves pases, cesan de nuevo. Una voz femenina responde:)

"Yo bien quisiera quererlo,
Pero el querer no se manda,
Por eso digo que no
Aunque se enoje mi tata" (Acogen la estrofa con risas y palmoteos estrepitosos. alguién dice:)

¡Lindo!

¡Tomá por chambón!

¡Jui, ja, ja! (Rosario y Eduvigis participan de la jarana con vivo entusiasmo. En este preciso momento sale Evelinda del rancho, al tiempo que llega don Zenón, su padre, por la derecha. Al reparar éste en las empanadas que su hija lleva en un plato, la interroga:)

Zenón — ¿Y eso, m'hija?

Evelinda — Unas empanadas pa osequiar a estas visitas.

Zenón — ¿Y pa remate de una linda fiesta, no?

Evelinda — (A Rosario y Eduvigis.) Tomen.

Eduvigis — ¿Vos las hai hecho?

Zenón — ¿Y quién, si no? Veian la pregunta.

Evelinda — (A Lisarda.) Tomá, Lisarda.

Lisarda — No quero.

Evelinda — Tomá y no seais chúcara.

Lisarda — Hie dicho que no quero.

Evelinda — Bueno. ¡Usté quere, tata!

Zenón — No, m'hija. Andá y ofrecele a mi comadre.

Evelinda — Eso iba hacer. (Váse por la

derecha, al tiempo en que viene ño Casiano y Zoilo.)

Ño Casiano — (Al verla alejarse.) Altiva y donosa como flor del aire. Ya puede estar satisfecho, mi compadre.

Zenón — Es mi orguyo, ¿pa qué negarlo? Eia ha sio mi consuelo cuando murió la finada.

Ño Casiano — Tan modosita , y al mesmo tiempo tan mujer pa ponerlo a raya a uno.

Zenón — Tiene a quien salir.

Ño Casiano — ¡Hijo 'e tigre overo había 'e ser! Fijesé, mi compadre, la cara de Zoilo. Se le cae la baba.

Zenón — No sé por qué será.

Ño Casiano — ¡Y se ha puesto colorao!

Zoilo — (Alejándose.) No le haga juicio, don Zenón.

Ño Casiano —Las veces que la mozada le ha dicho "truco" a la Evelinda, y eia "no quero". (Aludiéndolo a Zoilo.) Pero agora parece que no es ansina, ¿eh?

Zenón — Puede.

Ño Casiano — ¿Y usté qué dice, mi compadre?

Zenón — Yo, ño Casiano, lo que diga la Evelinda.

Ño Casiano — El mozo es de ley.

Zenón — Así parece. (Fuera óyese un confuso murmullo de voces y cantos. Vuelve Evelinda, riendo, como si huyera con alborozo.)

Evelinda — Retozando está la mozada. ¡Y es una de requiebros!

Zenón — Muy animada está, sí. ¡Fiesta linda!

Ño Casiano — La de mañana ha'e ser de mi flor.

Zenón — La de mañana es de tuito el pueblo. Esta no, ésta es pa nosotros, los que himos trabajao pa hacer el puente. Por eso el ingeniero ha querío osequiarnos con los cabritos y el vino de este almuerzo.

Zoilo — Y hasta nos retrató a tuitos juntos, y no quiso que en el retrato saliera el que no había trabajao en el puente.

Ño Casiano — Por eso mesmo me apartó a mí.

Zenón — No jué desaire.

Evelinda — Me estoy muriendo pa que iegue el día'e mañana.

Ño Casiano — La Evelinda y yo tenimos el mismo antojo: ver cuando abran esa tranquera. ¡Jué pucha! ¡Ansina va a ser la correntada !!! No quedría que me agarrase a

mí ayá abajo, entre los paredones'e la montaña.

Zenón — Fiera sería la cosa. Ya avisaron a los ranchos bajos que naide se yegue al río ni suelte hacienda.

Evelinda — ¿Diga, tata, cuando suelten l'agua será más juerte que una creciente grande?

Zenón — Diz que cuando la suelten de repente será juertaza.

Ño Casiano — Saliéndome estoy'e la vaina pa verlo.

Zenón — Y eso que usté no vía con güenos ojos l'obra 'el puente.

Ño Casiano — Claro que no.

Zenón — Cosa mala no ha 'e ser cuando el mesmo cura la va a bendecir mañana.

Evelinda — Es raro que usted no se alegre, padrino. Mire que antes, cada vez que el río crecía, quedaba incomunicada la gente'e la otra banda. Y era cosa de estar vadeando el río a cabaio, cuando se podía.

Ño Casiano — Y ahí me yamaban a mi juego, pues. Buenos pesos me sacaba yo con la gente forastera. Era una de mandaos que no acababa nunca. Pero agora se me acabó la cosecha. Si hasta los utomóviles pasan a la disparada por el puente.

Zenón — Esa es la ventaja.

Ño Casiano — Será pa los otros; lo que es pa mí, no le veo la gracia.

Zenón — Ya no hay que hacerle.

Ño Casiano — Así es, no más. Usté es otra cosa, compadre. Y se compriende que esté satisfecho. L'ingeniero li ha dao pruebas de aprecio.

Zenón — Es verdad.

Ño Casiano — No sólo lo hai hecho capataz de la pionada, sino que también le ha confiao la manija del portón que sujeta l'agua. Y la cosa es de cuidao.

Zenón — Porque sé corresponder.

Ño Casiano — Con cuatro vueltas de manija, se echaba a rodar los cimientos y se iba al mesmo diablo tuito el trabajo.

Vizcacha — (Entrando.) ¡La correntada, jui, jui!

Ño Casiano — ¿Cuála, chei?

Vizcacha — La correntada e los convidaos que arrasaron con tuitas las empanadas.

Evelinda — ¡Qué susto! Yo creiba que habían largao l'agua ésa.

Vizcacha — Ojalá pidieran agua. Están quiriendo empanadas.

Evelinda — Yevále. Agarrá de ahí. (Entra al rancho)

Ño Casiano — ¿Vamos a echar un traguito, Zoilo?

Zoilo — Vamos.

Ño Casiano — ¿Y usté, compadre?

Zenón — Como guste, ño Casiano. (Vanse por derecha.)

Eduvigis—Yo nunca vide tant'agua acorralada.

Rosario — Yo vide, pero no así rejuntada.

Eduvigis — Eso digo yo. Yo también sé que la creciente trae muy mucha barranca abajo. Pero yo digo así, quieta, como majada en potrero chico.

Evelinda — Cuando vide que ponían esa tranquera, no me pensé que juese pa sujetar tant'agua.

Rosario — Yo no puedo mirarla fijamente; me da susto.

Evelinda — Y cuando se ven las nubes metidas adentro 'e l'agua, más miedo da entuavía.

Eduvigis — Es cierto; parece más hondo el río.

Evelinda — Parece como otro cielo volcao en l'agua.

Rosario — ¡Miren que se le ocurren cosas a los puebleros!

Evelinda — Yo me asusté muy mucho

cuando vide qu'iba subiendo y subiendo hasta arriba. De balde me aseguraba tata que no podía volcarse pa este lao'el rancho.

Eduvigis — ¿Y es cierto que con sólo dar vuelta a una manija se abre paso a l'agua?

Evelinda — Cierto es. (Lisarda se incorpora bruscamente e impone silencio, tendiendo el oído hacia la derecha).

Lisarda — ¡Cayáte!

Evelinda — ¿Qué hay?

Lisarda — ¡Cayáte digo! (Una pausa. Todos escuchan. Lisarda se vuelve a sentar en su sitio).

(Sale Vizcacha con otra remesa de empanadas).

Rosario — ¡Vaya po! ¿Ya te estás asustando 'e las vizcachas?

Vizcacha — ¡Oh! Ya quisiera escarbar en mi cueva. (Desapareciendo).

Lisarda — No me ensuceio por un bicho.

Vizcacha — ¡Atajen, que muerde! ¡Jui, jui, jui! (Se va).

Evelinda — Y ¿pa qué tanto "cayáte, cayáte"?

Lisarda — (Entre dientes.) Nada.

Rosario — Es claro que nada, pos. (A Evelinda.) Esta ve a Cipriano por tuitos laos.

Evelinda — (impresionada). ¿Cipriano Luna?

Rosario — El mesmo. Pero no creo que rumbee pa'ca.

Lisarda — (Incorporándose de nuevo, airada.) ¿Y vos qué sabís?

Rosario — ¿Oh, y que no hais oído?

Lisarda — Pos yo digo que viene, y a malhaya le saquen los ojos los caranchos.

Rosario — Pero vos entuavía lo estás quiriendo.

Lisarda — ¿Yo? Dios permita que lo devoren los pumas en la quebrada 'e las ánimas.

Rosario — ¿Y entonces pa qué lo esperás y querís verlo? Oigan cuento.

Lisarda — Porque me ha embrujao y quero que me saqu'el daño y me libre, el mal que yevo encima. ¡Ah, y el Mandinga me juye! Días pasaos juí a su rancho, y me soltó los perros. Uno, el bravo, me tiró al suelo y me mordió. Y el desalmao se reía a más no poder, y lo asusaba gritándole: ¡Chúmbale a la loca!

Evelinda — ¿Eso hai hiecho con vos Cipriano Luna?

Lisarda — Eso.

Eduvigis — Porque vos lo perseguís, y él no quere.

Evelinda — ¡Cayáte!

Lisarda — Lo persigo porque no quero morirme rabiosa. Yo no puedo con mis penas. Vivo como transtornada, como cuando tuve aquel golpe de sol tan juerte que me dejó mesmamente como loca. Pero agora es pior porque es en todo el cuerpo. La sangre se pone como fuego. Y siempre tengo mi ideia fija en Cipriano. Y más lo odio y más pienso en él, y siempre está a mi lao aunque esté ausente. Es el daño, es el beleño del embrujamiento, y yo ya no puedo con estas penas que son muchas, y no me causan la muerte.

Eduvigis — Por zonza te estás secando como cuero al sol. Si todas las que ha querío el mandinga ese iban a ponerse ansina como vos.

Lisarda -- Es que a mí no mi ha voltiao.

Eduvigis — Oh, y a mí tampoco.

Lisarda — ¡A vos sí!

Rosario — (A Eduvigis.) No le hagai juicio.

Lisarda — (A Rosario.) ¡Y a vos tamién!

Rosario — ¿Y qué?

Lisarda — Pero a mí no me agarró a la

fuerza en un pajonal o entre las piegras.

Rosario — No, a vos te agarró con los perros.

Eduvigis — ¡Y volvé pa otra vuelta!

Lisarda — (Echándose sobre ella.) ¡Ah, descastada! Yo te ví arrancar la lengua.

Evelinda — (interponiéndose). ¡Lisarda!

Rosario — Dejála, nomás.

Lisarda — ¡Mala penca!

Eduvigis — Ya está zonsiando de sobra esa comadreja sin cueva.

Evelinda — Cayáte, vos, y no alborotes.

Lisarda — Ya te hei de alcanzar, no tengás miedo.

Evelinda — Vení, Lisarda; quedáte a mi lao. Ya sabís que yo te quero. Vayan pa ande la reunión, ustedes.

Eduvigis — Sí, y que se sosiegue esa.

Rosario — Vamos, sí. (Eduvigis y Rosario se alejan por la derecha).

Lisarda — Deseando estaba que se jueran, Evelinda. Pa prevenirte.

Evelinda — ¿De qué?

Lisarda — Ya te ponís pálida. Vos sabís lo que voy a decirte.

Evelinda — Hablá.

Lisarda — Cipriano Luna está queriendo perderte.

Evelinda — ¿Quién te dijo?

Lisarda — Yo lo sé, porque yo lo vide. Ayer no más, te estaba aguaitando desde la cañada, pa ver si andabas sola. Ya sabís lo que eso quere decir. Es como gato montés pa echarse encima de la presa. No lo asusta nada al muy desalmao. A naide le tiene ley. Nunca se ha prendao de ninguna. No puede querer. Su corazón está seco lo mesmo que raís juera'e tierra. (Evelinda parece no escucharla, sobrecogida por las primeras palabras de Lisarda.) ¡Evelinda!

Evelinda — Cipriano Luna...

Lisarda — ¿Te has quedao como pasmada?

Evelinda — Agora comprendo.

Lisarda — ¿Qué?

Evelinda — Porque me dió miedo su mirada. Mira y es como si los ojos se clavaran en una.

Lisarda — Eso mesmo. Es como serpiente pa quitarle la voluntad a una.

Evelinda — ¿Y decís que hoy va a venir?

Lisarda — Estoy segura. Ansina es cuando se encapricha. No para hasta salirse con la suya. Nunca vide entraña más negra. ¿Y agora que lo sabís, qué vas hacer?

Evelinda — ¿Qué ví hacer?

Zoilo — (Viene por la derecha.) Evelin-

da. ¿Quere que yo le arree las cabras y se las dientre al corral?

Evelinda — Pa qué se va a incomodar, Zoilo.

Zoilo — Es mi gusto. Con su tata himos estao curando a la baya. Tenía pizote. Pero se pondrá buena. (Aparece Ño Casiano, por la derecha.)

Ño Casiano — ¡Comedido, el mozo! Así me gusta.

Zoilo — (A Evelinda.) ¿Voy yendo, entonces? Ya sabe que a la oración el ingeniero nos reune a tuitos los que himos trabajao en el puente.

Ño Casiano — ¡Lindo no más! (A Evelinda.) Y decíle que sí, muchacha. No desaires el comedimiento. Agora, que no sé si le interesan las cabras o la pastora. ¿A vos qué te parece, Lisarda? ¿Oh, y se ha quedao muda? Y vos también estás chusiao. ¿Qué es esto?

Lisarda — Yo se lo ví a decir.

Evelinda — ¡No, Lisarda!

Lisarda — ¿No? ¿Querís que ese maldito te volteie pa arrastrarte como a otras?

Zoilo — ¿Qué decís?

Ño Casiano — A ver, ¿qué es lo que estás diciendo?

Lisarda — Que Cipriano Luna persigue a la Evelinda.

Ño Casiano — ¿Pero vos no le hacci juicio, verdad?

Evelinda — ¿Yo?

Ño Casiano — Contestá. ¿Vos le hacci juicio?

Evelinda — ¡Dios me libre y me guarde!

Ño Casiano — Así me gusta.

Zoilo — ¿Y cómo sabís vos que la persigue?

Ño Casiano — Andá vos y no le digás nada al padre de la Evelinda. (Vase Zoilo por la derecha.) A ver, Lisarda, contestame.

Lisarda — ¿Qué?

Ño Casiano — ¿No es el despecho lo que te hace hablar así de Cipriano Luna?

Lisarda — No, y usté lo sabe.

Ño Casiano — ¿Cómo lo sé yo?

Lisarda — O, ¿y que no es usté quien ha rastriao ayer las pisadas del mala-cara de Cipriano en el bajo'e la cañada?

Ño Casiano — Sí, yo mesmo.

Lisarda —Por eso digo.

Ño Casiano — ¿Y vos cómo has sabido que el mandinga ese la persigue a la Evelinda?

Lisarda — Porque me lo hai maliciao al

ver como la miraba. Yo también sé rastriar.

Ño Casiano — Ta güeno.

Evelinda — Oiga, ño Casiano; yo no quero que Zoilo se tope con Cipriano Luna.

Ño Casiano — ¿No? ¿Por qué?

Evelinda — Porque... no quero que se comprometa.

Ño Casiano — ¡Lindo, no más!

Evelinda — Usté ya se malicea otra cosa...

Ño Casiano — Decí cual.

Evelinda — ¿O, y pa qué?

Ño Casiano — A ver, Lisarda, vos que también sabís rastriar. ¿Qué te parece?

Lisarda — Que Zoilo está prendao de la Evelinda, y que la quere pa quererla, como Dios manda. Y ella le tiene ley, aunque no lo diga. (Mutis derecha).

Ño Casiano — ¡Lindo, no más!

Evelinda — Zoilo nunca se ha fijao en mí.

Ño Casiano — Será que vos no lo animás...

Evelinda — ¿Y cómo, si no me dice nada?

Ño Casiano — Ha'e ser que piensa en otra, ¿no?

Evelinda — Que piense... Pa mí es igual. (Y se entra al rancho).

Ño Casiano — (A Zoilo, que viene por la derecha.) Decíme vos: ¿cuándo le vas a de-

cir a la Evelinda que la querís, pero sin rodeios, derecho viejo?

Zoilo — No me animo...

Ño Casiano — ¿Pretendés entonces que eia te lo diga a vos?

Zoilo — Tanto como eso, no.

Ño Casiano — Lo que vos andás buscando es que otro se adelante y te gane el tirón.

Zoilo — Ni me lo diga, ño Casiano.

Ño Casiano — Hablale entonces de una vez, y no seias lerdo.

Zoilo — Es que me da más miedo que cruzar la quebrada 'e las ánimas de noche.

Ño Casiano — ¡Veian mozo! ¿Y de qué te da miedo?

Zoilo — Será que cuando me mira se pone colorada y baja los ojos, y la quero hablar y tartamudeio, y siento como que se me afluejan las piernas... ¡qué se ió!

Ño Casiano — ¿Y como no se te afluejan las piernas cuando salís a gatiar de noche por el barrio 'e la hilacha.

Zoilo — Eso es otro cuento.

Ño Casiano — Sí, ¿no? (Evelinda sale del rancho.) Evelinda, vení pa'cá.

Evelinda — ¿Qué quere?

Ño Casiano — A ver, mirálo a Zoilo.

Zoilo — (Bajo, temeroso.) ¡No me ponga

en apuros, ño Casiano! (Vuelve la cara avergonzado).

Evelinda — ¿Y pa qué?

Ño Casiano — (A Zoilo.) No des vuelta la cara, vos. (A Evelinda.) Mirálo a Zoilo. (Evelinda lo mira a Zoilo. Luego baja los ojos ruborizada y vuelve la cabeza).

Zoilo — (Medio tartamudeando.) Se... me aflujean... las piernas. (Se apoya en ño Casiano, que lo rechaza).

Ño Casiano — Veian esta yunta 'e baguales. ¡Si me dan ganas de emprenderla a lonjazo limpio!

Evelinda — Pero si io no digo nada, padrino.

Zoilo — Ni io tampoco, padrino.

Ño Casiano — ¡Ni su madrina tampoco, par de pavos! (Evelinda y Zoilo se miran, y vuelven rápido la cabeza).

Ño Casiano — (A Evelinda.) Decí vos: ¿te querés casar con Zoilo?

Evelinda — Yo no sé... lo que tata diga.

Ño Casiano — ¿Y vos querís a la Evelinda?

Zoilo — Yo no sé; lo que diga mama.

Ño Casiano — (Tirándole un lonjazo.) ¡Te ví a dar por zonzo! (Hace una transición brusca, y dirigiéndose a Evelinda, le dice

muy serio.) Tenís razón en no quererlo, por flojo. A éste cualquiera se lo ieva por delante.

Evelinda — Tanto como eso no.

Ño Casiano — ¿No? Estoy seguro que si le cruzan la cara de un chirlo, se queda con la afrenta sin resoyar.

Zoilo — (Demudado, reacciona violento.) ¡Miente quien lo diga, ño Casiano! No ha nacío el macho que me moje la oreja. ¡Miente, hie dicho!

Ño Casiano — (A Zoilo, indicando a Evelinda). Y vos también tenís razón en no quererla a eya, por ladina y amiga de que sean muchos los que le canten serenatas.

Zoilo — ¡Eso no es cierto!

Evelinda — (Profundamente dolida.) No, padrino: naide puede jactarse de haber merecido ni esto de mi cariño. (Hace sonar la uña del pulgar en los dientes).

Ño Casiano — ¿Qué no? (A Zoilo). Averiguálo, y verás. (Medio mutís. Zoilo hace como para seguirle.)

Zoilo — Lo que usté hace es cobarde. Ño Casiano.

Evelinda — ¡No, Zoilo! (Le detiene, y queda como abrazada a él. Este se estremece al sentirla tan cerca de su pecho y, sin dar-

se cuenta, casi a pesar suyo, la estrecha en sus brazos y la besa apasionadamente. Ño Casiano lanza una carcajada de satisfacción, y viene hacia ellos. Evelinda y Zoilo se sueltan, aturdidos por la emoción y la sorpresa.)

Ño Casiano — ¿Por qué no le preguntan agora a tata y a mama qué piensan de eso?

Evelinda — Jué sin querer, padrino...

Zoilo — Perdone, Ño Casiano; pero usté mi hai hecho sufrir...

Ño Casiano — Güeno, ¿y agora no querís dentrarle las cabras al corral?

Zoilo — Y cómo no. ¿Voy iendo?

Evelinda — Vamos juntos si quere...

Ño Casiano — ¡No m'hijita! Vos te quedás aquí. (Casi para sí mismo.) No sea que el yesquero prienda fuego al pajonal...

Zoilo — Hasta más luego, Evelinda...

Ño Casiano — Y a mí que me salude el padre cura, ¿no es eso?

Zoilo — Y que le eche la bendición por güeno. (Vase Zoilo por la derecha, primera.)

Evelinda — Cómo lo quero, padrino.

Ño Casiano — ¿A quién?

Evelinda — A... a usté.

Ño Casiano — ¿Y recién te das cuenta,

embustera? Me querís a mí, pero pensás en Zoilo, ¿no?

Lisarda — (Viene agitadísima, por la derecha.) ¿Hais visto cómo ha venido?

Ño Casiano — ¿Quién?

Lisarda — ¿Quién había 'e ser, sino él?

Evelinda — (Vivamente impresionada.) ¿Cipriano Luna?

Lisarda — El mesmo.

Ño Casiano — ¿Güeno, y que?

Evelinda — ¡Tengo miedo!

Lisarda — Y tenís razón. Es como tigre cebao. Naide lo ataja.

Ño Casiano — ¿No? Vamos a verlo. A otros más redomones hie amansao.

Evelinda — Avísele a tata, Ño Casiano.

Ño Casiano — Entrate al rancho vos, y dejame a mí.

Evelinda — Pero no vaia a peliar, Ño Casiano.

Ño Casiano — Dejame a mí, te digo. (Evelinda éntrase a su rancho.)

Ño Casiano — Si viene por acá el trompeta ese, no le digás que ia le conocemos las mañas. ¿Hais oído ?

Lisarda — Hie oido. (Vase Ño Casiano por la izquierda, segundo término. Lisarda se retrae, por la derecha, primer término,

quedando oculta. Vienen por el foro, derecha, Cipriano y Vizcacha.)

Cipriano — ¿Ande hais dicho que está la Evelinda?

Vizcacha — Aquí mesmo la vide hace un rato, patroncito...

Cipriano — (Amenazándolo con el rebenque) Te vi a cruzar la cara de un lonjazo por inútil.

Vizcacha — Aquí estaba, patroncito.

Cipriano — ¿Y por qué no cumpliste mi encargo, entonces?

Vizcacha — Porque no pude piarla sola a la Evelinda. Ño Casiano estaba con eia. Io me maliceo que a mí me desconfian.

Cipriano — ¿Y pa eso te he mandao bombiar, pa que me resultaras gaína?

Vizcacha — Si no me dejaban arrimarme.

Cipriano — ¡Porque se te ve en la pinta que sos flojo!

Vizcacha — Es que cuando uno anda en la mala tuitos los abrojos se le prienden.

Cipriano — Eso a 'e ser, no más. (Y le da con el rebenque. Aparece Lisarda, profundamente turbada).

Lisarda — ¡Cipriano!

Cipriano — (Con los dientes apretados, a Vizcacha.) ¿Y a ésta no la habías visto?

Vizcacha — (Retrocediendo temeroso.) Oh, ¿y quién hace juicio de ésta?

Cipriano — ¡Sotreta! (Le amaga un rebencazo.)

Lisarda — Tenimos que hablar.

Cipriano — ¿Querís que otra vez te suelte los perros?

Lisarda — Quero que me saques el daño porque me tenís embrujada.

Cipriano —¿Io?

Lisarda — Vos. Ña Tránsito me lo dijo. Y dice que vos sólo me podís quitar el beleño que me muerde aquí dentro del pecho.

Cipriano — (Bajo, a Vizcacha). Aguaitá, si viene alguno.

Lisarda — Espero el contesto.

Cipriano — (Viene hacia ella, reprimiéndose). Mirá Lisarda: vos te mandás mudar agora mesmo de aquí, o io te saco a lonjazos limpios.

Lisarda — Aunque me acribiiaras a golpes no me iría. Ya no te vas a librar nunca de que io te persiga ande quiera que vaias, pa espiarte y descubrir tus intenciones. Como agora. Io sé a qué has venío, porque te seguí rastreando tu güeya.

Cipriano — ¡Ah, perra!

Lisarda — Rabea, eso quero io. A la Eve-

linda no la vas a sorprender sola. Io e de estar a su lao, pa clavarte un cuchiio en las entrañas, por descastao.

Cipriano — Io me voy agora. Seguíme si sos capaz, seguíme y hago que te arrastren mis perros por un despeñadero y te hago rodar como una piegra desprendida hasta el fondo mesmo del abismo.

Lisarda — Pa vivir embrujada, mejor que me devoren los pumas en el fondo del despeñadero (Una pausa.) Pero decíme Cipriano: ¿por qué lo preferís todo antes que sacarme el beleño del embrujamiento? ¿Por qué? Io no fuí mala con vos. Y eso que me engañaste. A mí me hais hablao de cariño, y yo te quise pa que jueses mi hombre, pa siempre. Y después te reíste de mí. Pero no le hace. Yo todo lo perdono con tal de que me saques el daño.

Cipriano — (Como quien toma una resolución súbita.) Andate al rancho más luego.

Lisarda — ¿Y me vas a sacar el embrujamiento?

Cipriano — Sí, andate al rancho y esperame.

Lisarda — ¿No me vas a tender una celada?

Cipriano — No.

Lisarda — Jurálo.

Cipriano — Güeno.

Lisarda — Jurálo por las ánimas.

Cipriano — Por las ánimas lo juro...

Lisarda — ¡Bendito seia Dios, y bendita la Vírgen que ha permitido el milagro de ablandarte el corazón! (Llora, ríe, exaltada por una alegría salvaje.)

Cipriano — Agora andate y no me estorbés aquí.

Lisarda — No te vas a meter con la Evelinda. Mirá que por acá se lo malicean.

Cipriano — ¿Ande está la Evelinda?

Lisarda — Ahí está en el rancho.

Cipriano — ¿Ahí? Andate, entonces.

Lisarda — Pero no olvidés que hais jurao. (Ante la mirada de Cipriano, vase por la primera derecha, al tiempo que viene Petrona.)

Cipriano — (Al verla, entre dientes). ¡Maldita zorra!

Petrona — ¿Usté no está en la reunión?...

Cipriano — Y asigún veo usté tampoco.

Petrona — Ayer anochecío juí a su rancho. (Baja los ojos, insinuante.)

Cipriano — ¿Y pa qué?...

Petrona — (Haciendo el mismo juego.)

Como dicen que usté es malo con las mujeres .

Cipriano — Habladurías no más.

Petrona — Y lo de la Lisarda, y la Eduvigis, y la Micaela, y la Rosario, ¿también son habladurías?...

Cipriano — También. Yo no soy lo que dicen.

Petrona — Así me va pareciendo. (Provocativa). ¿A qué no me volteia a mí?...

Cipriano — (Guiñando un ojo para sí.) ¡Ahi no más me pica! Pero ha errao la güeya... ¿No ve que aquí no hay cencerro?

Petrona — Maula me había resultao el temío.

Cipriano — ¿No supo ser usté novia 'e Cirilo, y de Martiniano, y de Rudesindo?

Petrona — ¿Y d'iahi?

Cipriano — Que a mí no me gustan las sobras.

Petrona — (Alejándose ofendida.) ¡Gaucho presumido!

Cipriano — ¡Pa los perros!

Petrona — ¡Amalhaya y se prienda de un escuerzo!

Cipriano — ¡Cha! ¡Cha! ¡Torito! Jui! ja! ja! (Petrona se va por la derecha, segundo

término. Cipriano mira cauteloso a todos lados. Luego se aproxima a la puerta del rancho, y llama en voz baja.) Evelinda, Evelinda. (Ño Casiano asoma sin ser visto por Cipriano Luna. Hay una pausa. Vizcacha aparece por segunda derecha, y al ver a Ño Casiano, grita:)

Vizcacha — ¡Guarda! (Y huye. Cipriano se vuelve rápido, y se encuentra cara a cara con Ño Casiano. Un silencio.)

Ño Casiano — Ta güeno (Pausa. — Los dos hombres se miran como desafiándose.)

Cipriano — (Sonríe provocativo.) Güenas tardes, ño Casiano...

Ño Casiano — Güenas o malas...

Cipriano — Yo dije: güenas. Asigún parece le extraña verme po estos laos...

Ño Casiano — Un poco.

Cipriano — ¿ Ypor qué?

Ño Casiano — Porque se me hace que viene como extraviao.

Cipriano — ¿Sí?

Ño Casiano — Y además, también me parece que iega a destiempo.

Cipriano — ¿A ver cómo se explica Ño Casiano esa adivinanza?

Ño Casiano — Es muy sencilla: el puma y

el zorro no salen del monte ni asoman de día sino cuando vichan una presa.

Cipriano — Siga.

Ño Casiano — Y agora no es de noche... Nada más.

Cipriano — ¿Y eso es pa asustar a los maulas?

Ño Casiano — Y para prevenir a los guapos.

Cipriano — Ta güeno.

Ño Casiano — (Con voz sorda, como de quien se domina apenas:) Yo también hie sio mozo como el más pintao.

Cipriano — No parece.

Ño Casiano — Pero de mejor laia. Hie tenío mis cosas como todo varón, porque pa eso tengo bien sujetos los calzones. Pero a las mozas las hie querío cuandos ellas me quisieron quererme. Nunca a sío a la fuerza i de a trición, como fiera o ave de rapiña.

Cipriano — Eso va en gustos...

Ño Casiano — O en buena o mala entraña.

Cipriano — Puede.

Ño Casiano — Pero lo que es agora ha errao la güeya.

Cipriano — ¿Y usté me la va a enseñar?

Ño Casiano — Io mesmo.

Cipriano — ¿Y tiene con que?

Ño Casiano — (Dominando un impulso.) Me suebra.

Cipriano — Ta güeno.

Ño Casiano — Ya sé que es medio alzao y tajiador, pero a mí con la uña y dormío ha'e ser. Yo no le temo a la picadura traicionera de la víbora yarará.

Cipriano — Muy mudao anda el tiempo, ño Casiano: ayer mesmo me sabía yamar su "patroncito".

Ño Casiano — Porque no lo creiba tan descastao.

Cipriano — ¿Y por qué sopla hoy un ventarrón tan juerte, vamos a ver?

Ño Casiano — Porque lo hie visto rondar este rancho lo mesmo que zorro hambriento, y eso no a'e ser.

Cipriano — Pa mí que ha soñao.

Ño Casiano — Hie soñao, ¿no? ¿Quere que le muestre las pisadas 'el malacara en el bajo 'e la cañada? ¿O es que agora me va a enseñar a rastriar?

Cipriano — ¿Y eso qué tiene que ver?

Ño Casiano — Nada. Pero a la Evelinda no es usté quien la volteia.

Cipriano — Asigún.... si eia no quere..

Ño Casiano — No quere. Como tampoco otras han querío, y usté las agarró como bestia enfurecida. Y endespués, pa que lo sepa: la Evelinda está por tener dueño.

Cipriano — ¡No diga! ¿Y quién es el suertudo ese?

Ño Casiano — Mi ahijao Zoilo, mozo de ley si los hay.

Cipriano — Ta güeno.

Ño Casiano — Eso mesmo digo: ta güeno. Conque a relinchar a otro lao.

Cipriano — Así será.

Ño Casiano — Así.

Cipriano — ¿Pero sabe una cosa, viejo? Me da pena ver pa lo que usté a quedao. Porque es triste, no me diga.

Ño Casiano — ¿Pa lo que hie quedao?...

Cipriano — Pa cuidar faldas ajenas, y eso no es de macho.

Ño Casiano — (Saca el cuchillo y acomete rápido.) ¡Ah gaucho alzao! Yo te vi a dar por mal hombre.

Cipriano — (Dando un salto atrás, ágil como gato montés). ¡Vale trago la parada! (Y ríe como quien no toma a lo serio el peligro de la acometida).

Ño Casiano — ¡Cuatrero e porra!

Cipriano — (Revolotea el poncho, y salta

de un lado al otro para esquivar las puñaladas que le tira a fondo Ño Casiano.) ¡Jui, ja, ja!

Evelinda — (Sale del rancho, y grita azorada:) ¡Ño Casiano! (Se dirige hacia el foro, derecha, llamando con voz alterada:) ¡Tata, tata!, Zoilo, ¡Muchachos!... ¡Tata!...

Cipriano — (Mientras ño Casiano sigue acometiéndolo). La Evelinda ha 'e ser mía, sotreta. ¡Jui! (Y da un brinco para evitar el golpe tirado por ño Casiano). Y la hie de alzar en el malacara en tu propia jeta. Zoilo es muy poco hombre pa ponerle su marca.

Ño Casiano — ¡Hijo e mala penca! (Y le acomete).

Cipriano — ¡Jui, ja ja! (Esquivándole. Viene la mozada por la derecha, y Evelinda, Zoilo y Ño Zenón).

Uno — ¿Y por qué se han trenzao?

Cipriano — Ño Casiano que se le prendió a la damajuana y se ha pasao a la otra alforja... pa sentar fama 'e guapo.

Ño Casiano — ¡Atajáte esa, trompeta! (Le tira una puñalada y le alcanza. Ño Casiano retrocede. Momentos de expectación. Cipriano arrolla la lonja de su rebenque en la diestra.)

Cipriano — Agora vas a ver.

Evelinda — (Interponiéndose, con voz ahogada:) ¡No, no!, Cipriano...

Cipriano — (La mira, y tras de una pausa, sonriente:) Es verdad... ¿Pa qué? Está muy vichoco ño Casiano. (Luego, hosco, mira, con altivez en torno suyo, y dice, como buscando un rival de su talla:) Pero si otro quere copar la banca...

Zoilo — (Adelantándose.) ¡Cipriano!

Cipriano — (Provocativo.) ¿Qué?

Zoilo — (Sosteniendo la mirada fija en los ojos de Cipriano, y en voz muy baja:) Más luego, solos, los dos, a la güelta el río. (Una pausa).

Cipriano — ¿Detrás'e los álamos?

Zoilo — Ahí mesmo.

Cipriano — Ta güeno.

Ño Casiano — ¡Conmigo ha'e ser, hijo 'e madre baguala!

Zoilo — (Le detiene.) No, padrino. Este asunto ia a terminao. (Por la derecha viene un muchachón jadeante, y con voz alterada dice):

Muchacho — ¡Guarda! ¡Un toro bravo viene juyendo pa ca. Ia ha corneao un cabaio.

Zenón — ¿Y viene, decís?

Muchacho — ¡Veian!

Uno — Que no enderece al palenque, porque nos quedamos sin cabaios.

Otro — Y sin peiejo el que se descuide.

Muchacho — ¡Pero veia, veia como viene enfurecio!

Cipriano — ¿Y aquí no hay quién se anime a enlazarlo pa hacerle dar el lomo contra el suelo?

Ño Casiano — Animáte vos, trompeta, a ver si es lo mesmo voltiar un toro alzao que una chinita. (Una algazara responde a esta exhortación de Ño Casiano.)

Uno — ¡Oigánle!

Otro — ¡Lindo, Ño Casiano!

Muchacho — ¡Está corneando una mula! ¡Veian, bárbara cosa! (Unos corren a mirar, otros se retraen temerosos.)

Otro — Yo me trepo a este algarrobo si viene pa este lao. A mí no me gustan bromas.

Ño Casiano — Ahí lo tiene; ¿Qué hace que no le sale al encuentro?

Cipriano — (A Zoilo provocativo:) ¿Y no lo tienta la patriada?

Zoilo — Lo que usté haga, yo también soy capaz de hacerlo.

Cipriano — ¿Usté? ¿Usté es capaz de montar a ese toro con la cara pa atrás?

Zoilo — ¿Y usté?

Cipriano — ¿Yo? A ver, Vizcacha.

Vizcacha — ¿Qué, mi patroncito?

Cipriano — Traime el malacara. (A Zoilo.) No creo que tenga, usté agaias pa estos trances. Y si no, venga. (Vase. Zoilo hace como para seguirlo, pero Evelinda y Ño Zenón le detienen. Unos van detrás de Cipriano; otros permanecen en escena y miran hacia afuera, dispuestos a presenciar las incidencias de tamaño alarde.)

Ño Casiano — ¡Amalhaia i le saque a cornada limpia las entrañas!

Zenón — ¿Anda pretendiendo a la Evelinda, no?

Zoilo — No tenga cuidao.

Uno — (De los que siguen atentos las evoluciones de Cipriano Luna:) ¡Entrañudo el mozo!

Otro — ¡Machaso lindo, jué pucha!

Otro — ¡Santo Cristo! (Un clamor parte de los mirones que están dentro y fuera de la escena.)

Ño Casiano — ¿Qué es eso?

Uno — (Sin dejar de mirar hacia afuera, con voz alterada por la emoción:) El toro arremetió, pero Cipriano tendió a un lao el Malacara, esquivando la embestida. Y las

guampas del chorriao ese son como pa chifles. ¡Métale no más!

Otro — ¡Veian cosa! el toro está como loco de furor. Echa espumarajos por la boca. Agacha el testuz y escarba la tierra con las patas. ¡Ah!

Zenón — (Acudiendo) ¿Qué es eso, por Cristo padre? (Un grito de alarma parte de todos los pechos. Los mirones retroceden en masa hacia la escena, sin dejar de seguir las proezas de Cipriano Luna.)

Ño Casiano — No se asuste, amigo; si todavía está lejos de aquí.

Uno — ¡Agora! Agora revoleia el lazo. ¡Cha!, con todos los roios de la armada. ¡Lindo! (Responde un clamoreo ensordecedor.)

Ño Casiano — ¿Que jué?

Otro — Cerró el lazo en las patas delanteras y tumbó al toro. ¡Ah, mozo bravo!

Otro — I agora lo va a montar pa domarlo. ¡Veia! Y con la cara pa atrás. ¡Juí!

Otro — ¡Indio curtido! (Y entre el confuso vocerío de los mirones se perciben estas frases:)

Uno — ¡Eso es ser macho!

Otro — I juerte como una peña.

Otro — I malo y temible como temporal en un despeñadero.

Otro — (Dominándolo todo con su voz:) ¡Ia lo sueltan!

Otro — ¡I Cipriano se priende 'e la cola a manera de rendaje!

Otro — ¡Parece cosa el infierno! (Un gran clamoreo y todos retroceden hacia la escena. Los comentarios descriptivos que siguen los exclama cada cual con entusiasmo frenético, agitándose y saltando como si cada uno fuese el protagonista de la doma que se presencia.)

Uno — ¡Meta corcovo!

Otro — Cipriano está como clavao en el lomo del toro. ¡Cha! ¡Jui!

Otro — ¡Dale bufidos!

Otro — Si lo volteia lo hace picadiio.

Otro — No he visto nada como esto en mi vida.

Otro — Dale toro.

Otro — ¡Lindo!

Otro — ¡Zas! ¡Al suelo! (Un grito recorre el grupo de mirones.) ¡Se levanta! ¡Meta cornada !

Otro — ¡Dale corcovo! Veian la espuma'e la boca. El belfo le cuelga blanqueando.

Otro — Dale tumbos. ¡Cha, cha! Toro bravo!

Otro — ¡Jui! Los ojos están chispeando de rabia.

Otro — ¡la aflueja! ¡la aflueja!

Otro — I el jinete parece de algarrobo por lo juerte. ¡Ah, machaso lindo!

Otro — El toro ia se para.

Otro — ¡No! Blanquea los ojos. Duebla las patas. ¡Se acabó! ¡Ah, tigre! (Los mirones prorrumpen en gritos frenéticos; las mujeres agitan los pañuelos, y los sombreros y rebenques los hombres. Luego óyense estos comentarios:)

Uno — ¡Eso es tener agaias!

Otro — ¡Mozo lindo, canejo!

Otro — ¡Jué pucha con el jinetazo!

Otro — ¿A ver quién se le pone delante a Cipriano Luna?

Otro — Por eso tiene alborotadas a las poieras de tuita la pedanía (Viene Cipriano seguido de Vizcacha y rodeado de admiradores, que lo cumplimentan y agasajan).

Cipriano — Güeno, no es pa tanto la cosa.

Vizcacha — Pa usté que lucha cuerpo a cuerpo con los gatos monteses, puede que no lo sea.... Pero la hombría ha sío de mi

flor, patroncito, ¡que no me digan! (Todos aprueban con entusiasmo).

Cipriano — Se agradece el cumplido. (Luego, a Vizcacha, bajo:) Yo hago agora como que me voy, y escuendo el malacara en la cañada: vos te vas ayá y me esperás. ¿Oís?

Vizcacha — Sí, mi patroncito... (Vizcacha se escurre).

Cipriano — (A Evelinda, que se ha retraído y forma un grupo con Ño Casiano, Zenón y Zoilo:) Me voy agora pa no seguir estorbando. I disculpen, ¿no? Aunque el entusiasmo de la mozada quiera hacerme creer que pa algo he servío deteniendo al toro alzao. I güenas tardes...

Varios — (A la vez:) Güenas tardes.

Ño Casiano — (Entre dientes:) ¡I ojalá se pierda de vista!

Cipriano — (Bajo, a Zoilo:) Lo convenido, ¿no?

Zoilo — Io sólo tengo una palabra.

Cipriano — Así me gusta. (Vase por derecha.

Ño Casiano — Te desafió pa peliarlo, ¿verdad?

Zoilo — No, padrino.

Evelinda — Sí, ñó Casiano: esa ha 'e ser, esa ha'e ser.

Zoilo — No, no ha sio eso.

Zenón — Güeno, muchachos: ia es hora de dirnos al puente, como lo mandó l'ingeniero.

Zoilo — Es cierto, don Zenón.

Ño Casiano — (A Evelinda) — Lo que es a éste no lo dejo solo ni pa dir al sermón.

Evelinda — Sí, ño Casiano: Cipriano Luna es capaz de madrugarlo.

Ño Casiano — No tengas miedo; ió no soy manco.

Zenón — ¿Vamos iendo?

Zoilo — Vamos. (Todos se alejan por la derecha; y algunos comentan:)

Uno — ¡Fiesta más linda! ¿Eh?

Otro — Pero que había sido mozo entrañudo Cipriano Luna...

Zenón — I vos estáte sosegada, no más. Iá sabís que estando "Leal" a tu lao, no hay quien se te acerque.

Evelinda — Vaiasé tranquilo, tata.

Zenón — Hasta más luego, y Dios sea bendito, m'hija. (Se van todos. Evelinda los mira marcharse, y escucha como arrobada el canto de los que se alejan. Luego el coro se extingue a la distancia. Cae la tarde. El silencio es absoluto. Una pausa. Cipriano Luna asoma detrás del algarrobo, y se retrae con sigilo después de observar a Evelinda.

Esta se vuelve; mira en torno suyo, y con voz natural llama:)

Evelinda — "Leal". (Una pausa). "Leal" (Evelinda va a encaminarse hacia el rancho: y al llamar de nuevo a "Leal"... se queda atónita; ha visto a Cipriano Luna que asoma detrás del algarrobo. Un grito se ahoga en su garganta. Tiene un impulso; el de correr a refugiarse en su rancho, pero de un brinco, Cipriano le cierra el paso).

Cipriano — No se me asuste, prenda, "Leal" no ha'e venir... Pero naide la va a cuidar mejor que io... (Y mientras habla parece contraerse como una fiera pronta a dar el zarpazo de la acometida).

Evelinda — No. ¿Qué quere usté de mí?

Cipriano — Quererte, pa que seas mía.

Evelinda — ¡No! Cipriano: ¡no!

Cipriano — Sí; pa tenerte en mis brazos i cubrirte'e besos.

Evelinda — (Con voz sofocada) — "Leal" "¡Leal!"

Cipriano — De balde lo iamás. Tu perro con ser bravo y capaz de degoiarlo a uno, no ha podido resistir a la caricia que le hi hecho con éste. (Indica su facón).

Evelinda — ¿Lo ha muerto a "Leal"?

Cipriano — (Temible). ¡Cómo mataría

agora al que se me cruzara en el camino! Has de ser mía.

Evelinda — ¡No! Antes que se condene mi alma.

Cipriano — Naide me lo va a impedir. Mía hais de ser; mía porque te quero pa quererte.

Evelinda — ¡No!

Cipriano — Aunque no queras...

Evelinda — ¡No! (Huye despavorida).

Cipriano — (Corriendo tras ella). — ¡No te mi hais de juir! (Desaparece por la derecha).

Vizcacha — (Asoma de entre las piedras, y mira hacia donde desaparecieron Evelinda y su perseguidor) — Como venao es la Evelinda. ¡Jui, jui! pero te escaparás si tenís alas. (Va a salir por el foro, y ve llegar a Lisarda que viene por la izquierda:) ¡Lisarda! Oh. ¿Quién apaga este tizón agora? (A ella:) ¿Qué anda andando Lisarda?

Lisarda — (Desconfiada:) ¿Y vos qué andás andando?

Vizcacha — ¿Ió? Y ió ando acá... por usté, po.

Lisarda — ¿Por mí?

Vizcacha — Claro, oh po.

Vizcacha — ¿Y qué, me estás queriendo?

Vizcacha — ¿Ió de usté que vi'a querer? Pero por usté ando acá esperando a Cipriano que jué en busca suya.

Lisarda — ¿I pa qué lado se hai ido?

Vizcacha — Pal rancho oh, po. ¿No le hai dicho: andá pal rancho y esperáme?

Lisarda — Así dijo.

Vizcacha — I güeno, po. Pa ayá rumbió y me hai dejao aquí esperando.

Lisarda — ¿Estás siguro, Vizcacha?

Vizcacha — Oh no vi'a estar. I si no se va yendo ió vi'a cobrar lonja, y usté no larga el daño. Aproveche. Veía. (Mintiendo:) ¿No es aquél?

Lisarda — ¿Cuál?

Vizcacha — Ahí se perdió entre las piegras. Vaya a largar el beleño de una vez, po.

Lisarda — Sí, quero; gracias. (Vase).

Vizcacha — Ahí está. Veia qué cosa; cuando cuerpeio de lo lindo, no hayo testigos. Siquiera tuviese Cipriano po acá... ¿Cipriano?... ¡Qué va a andar Cipriano con la atropellada que llevaba en la carrera; (Hace mutis izquierda. Luego aparece Evelinda tambaleándose, y se deja caer sollozando junto a un matorral. Cipriano Luna viene, a su vez, y la mira sonriente. Una pausa).

Cipriano — ¿Por qué no ibas a quererme si yo te quiero a vos. (Evelinda sigue sin contestar: solloza ocultando la cabeza entre sus manos.) Güeno, mi prenda, me voy iendo agora... (Evelinda levanta los ojos y los fija en Cipriano). Así me gusta, que no me dejes dirme sin una miradita. Mirá que me hais hiecho penar. Pero iá no ha'e ser así. ¿Verdad?

Evelinda — No.

Cipriano (Abrazándola) — Así te quero mi prenda.

Evelinda — No vaias a tu rancho agora; salile al paso a tata, haciendoté el encontradizo, y decile que no lo quero a Zoilo. Decile que vos sos mi hombre porque ió he querío quererte.

Cipriano — Iá sabía ió que así tenía que ser, nomás. Dame un beso mi vida. (Evelinda le ofrece sus labios pálidos. Cipriano se detiene al ver a Lisarda, que aparece por la derecha:)

Lisarda — Me lo maliciaba... ¡Perjuro! Me hais hiecho dir a tu rancho pa sacarme de aquí i pa que no estorbara tus fechorías. La muy taimada nos engañó a tuitos haciéndose la zorra.

Cipriano — A ver loca 'el diablo si te

caiás la lengua. (La amenaza con el rebenque).

Evelinda — No. Cipriano: dejála.

Lisarda — ¡No me defiendas, voltiada!

Cipriano — ¡Caiate o te arranco la lengua!

Evelinda — Dejála. Andá y velo a tata, vos.

Cipriano — Y no le permitás safadurías a esta lechuza. (Y váse por la izquierda. Lisarda hace como para seguirle, pero Evelinda la detiene enérgica:)

Evelinda — ¡Quedáte, vos!

Lisarda — ¿Ió?

Evelinda — Quedáte, hie dicho.

Lisarda — ¿Pa qué? ¿Pa ver que agora vos también sos una arrastrada?

Evelinda — ¡Caiáte! (Va hacia el foro, y sigue con la mirada a Cipriano Luna, que allá abajo, se aleja internándose en los paredones del río. Saluda con la mano, como si respondiese a otro saludo).

Lisarda — Agora vos también te vas a consumir como ió. Y ojalá te degüeie Zoilo por traicionera. (Evelinda aparta los ojos del abismo por donde se aleja Cipriano, y los fija en Lsarda: su expresión es la de una alucinada. Luego corre al rancho, y sale poco

después con la manivela del dique. La aplica y hácela girar con ansia rabiosa. Las aguas se desbordan resonando con fragor en la hondonada. Allá, a lo lejos, ruge la voz de:)

Cipriano — ¡Ah, hija e perra!

Lisarda (Va, se asoma al abismo, y retrocede horrorizada:) ¡Evelinda! ¿Qué hais hiecho? ¿Qué hais hiecho?

Evelinda (Con voz descompuesta, como si hubiese enloquecido, mientras sigue dando vuelta la manivela y aumenta el fragor de las aguas desbordadas:) — ¡Por la Lisarda! ¡Por la Micaela! ¡Por la Rosario! ¡Por la Eduvigis! ¡Y por "Leal"!, maldito!. (Oyense gritos lejanos de personas que acuden; otros irrumpen en escena. Vienen Zenón, ño Casiano y Zoilo entre los primeros:)

Uno — ¡La corriente lo arrastra a Cipriano Luna con cabaio y todo!

Zenón — ¿Qué hais hiecho, m'hija?

Zoilo — ¿Qué ha pasao?

Evelinda (Corre hacia el padre, y dejándose caer a sus pies, exclama sollozando:) ¡Me he vengao, tata! ¡Me he vengao! ¡Me he vengao!...

(Telón)

INDICE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

FILOSOFIA Y CRITICA:

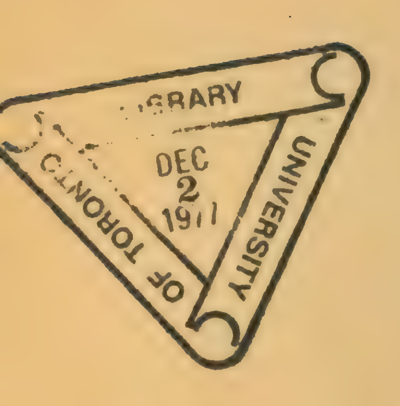
Ensayo sobre el positivismo en España (Agotado
A través de la España literaria, 2 tomos (3a. edición).
Como estrenan los autores. (2da. edición).
El Santo, el Filósofo y el Artista (en prensa la 2da. ed.)

NOVELA:

La Balada de los sueños (3a. edición).

TEATRO:

Más allá de la vida (11a. edición).
El Dominador (3a. edición).
Nirvana (3a. edición).
Almas que luchan (2a. edición).
La Ofrenda (2a. edición).
El Halcón (2a. edición).
Los Astros
...Y Dios dispone (2a. edición).
El secreto de los otros.
El sobrino de Malbrán (3a. edición. agotada).
El Tío Diego
Cartas de Amor (2a. edición).



..BRARY
DEC
2
1911
UNIVERSITY
OF TORONTO


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 14 03 01 009 4